
BIBLIOTECA POÉTICA
3 1761 06781974 8
VELARDE
OBRAS
POÉTICAS
Garnier Hermanos
Paris

1893

OBRAS POETICAS

I


NAVELLIER & L. MARIE. SC

OBRAS

POÉTICAS

DE

DON JOSÉ VELARDE

TOMO I.

Poesias liricas y Leyendas

PARIS

LIBRERIA DE GARNIER HERMANOS

6 — CALLE DES SAINTS PÈRES — 6

1889


LIBRARY
JUN 1 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

A

BALDOMERO CUENCA Y ARIAS

su amigo;

mejor dicho, su hermano

PEPE.

POESÍAS LÍRICAS



INTRODUCCIÓN

El Poeta á su Musa

I

No seas, no, la víbora maldita
Que muerde y deposita
Dentro del corazón letal veneno;
Ni la ebria bacante desgreñada
Que arrastra desbocada
Honor y vestiduras por el cieno.

II

No sirena que llame engañadora
Con cántiga sonora
Á las sirtes fatales de la duda;
Ni el pudor virginal mires esquiva,
Para ir provocativa
Buscando torpe meretriz desnuda.

III

No el oído del prócer empalagues,
Ni con bajeza halagues
Los instintos brutales de la plebe:
Cual la alondra remóntate á la altura,
Conservándote pura
Como en el monte altísimo la nieve.

IV

Tu plectro arranque vibración sonora:
Suspira, canta, llora
Con fe, con entusiasmo de profeta:
Entre el cielo y la tierra está la nube
Que espaciándose sube...
Y entre Dios y los hombres el poeta.

V

Fiera castiga hasta que sangre brote,
Con atlético azote
Á la musa del siglo envilecida,
Que al error y á la duda incienso quema
Y bárbara blasfema
Renegando de Dios y de la vida.

VI

Á la que llama á lo inmoral realismo,
Y canta el sensualismo

Que el corazón y la conciencia estraga:
Musa de la ignorante muchedumbre
    Que de la fe la lumbre,
Dejando helado el corazón, apaga:

VII

Que vive y se revuelca en lodo inmundo,
    Que el ¡ay! del moribundo
Exhala triste, que rezar no sabe:
Esa no es musa, que aunque ostente galas
    Y tenga también alas...
¡Alas tiene el murciélago y no es ave!

VIII

Al lúbrico cantar de esa ramera
    Opón tu voz severa,
Acallando sus gritos de venganza,
De duda, de rencor y de sarcasmo,
    Con himnos de entusiasmo
Al amor, á la fe y á la esperanza.

IX

Mina de la maldad el edificio
    Y caiga al precipicio,
Cual de los siglos lenta la carcoma
Va minando la torre en su cimiento,
    Que á un suspiro del viento
Tiembla, vacila, cede y se desploma.

X

Cuanto más combatidos, más constantes
Los poetas gigantes
Homeros y Petrarcas, entonaron
Cantos á la virtud, hija del cielo,
Y bienhechor consuelo
Sobre las almas tristes derramaron.

XI

Si muchedumbre estúpida en tumulto,
Grosero y torpe insulto
Lanza á la virgen celestial poesía
Y quema incienso ante el becerro de oro,
Prodiga tu tesoro
Y su poder cantando desafía.

XII

La ronca tempestad, la mar sonora,
La hinchada ave canora
Que abriga á sus polluelos en el nido,
La nube que ondulando se dilata,
El lago que retrata
El cielo á donde eleva su gemido;

XIII

Del mártir el callado sufrimiento,
Del héroe el ardimiento,

Del campesino hogar la dulce calma,
Los sueños, los placeres, los dolores
De los vivos amores
Á cuyo fuego se enardece el alma;

XIV

De la infancia inocente el alborozo,
El profundo sollozo
Que en el deshecho corazón no cabe,
La plegaria que va buscando el cielo
Con el ardiente anhelo
Que el calor de su nido busca el ave;

XV

Esas son tus riquezas, y con ellas
Podrás sembrar de estrellas
La noche de los tristes corazones:
Canta y que el aire en sus revueltos giros
Lleve besos, suspiros,
Himnos de amor y santas bendiciones.

XVI

Allí donde el dolor alce su imperio,
Ve envuelta en el misterio,
Impalpable, invisible, y llega en calma
Cual ráfaga de luz esplendorosa,
Cual nota cadenciosa,
Cual pura esencia al interior del alma.

XVII

A la madre á quien pérfida fortuna
Arrancó de la cuna
El fruto de su amor, que era su hechizo,
Hazle al cielo mirar, rasga la nube
Y muéstrale el querube
De ala de nácar y de blondo rizo.

XVIII

Al viejo que á la muerte se avecina
Y á la tierra se inclina
Cual si buscase en ella sepultura,
Dale la eternidad como esperanza,
Y dile que se alcanza
Allí la juventud que siempre dura.

XIX

Al pecho juvenil préstale amores,
Derrama frescas flores
Sobre la triste tumba solitaria,
Y ensalza de la virgen la pureza,
Tan bella en su grandeza
Como en labios del niño la plegaria.

XX

No te pido laurel para mi frente:
La alzaré noblemente,

Si mi obra tiene la virtud por buena,
Aunque deje tan sólo mi memoria
    La huella transitoria
Que el viento barre en movediza arena.

CONSEJOS

Á Carmen

I

No me taches de necio ó presumido
Si me ves, siendo joven, dar consejos;
Que los que sufren como yo he sufrido,
Antes de ser adultos ya son viejos.

Ni menos pienses que al hablar del mundo,
Lastime con sus males tu inocencia;
Pues sé que no hay delito más inmundo
Que manchar de una virgen la conciencia;

Dentro de poco tiempo, convertida
En hermosa mujer, de niña hermosa,
Entrarás en el campo de la vida,
Como el capullo que se trueca en rosa.

Hoy anhelas que llegue tal momento,
Mintiéndote ilusiones la esperanza;
Cuando llegue verás con sentimiento
Que ese sueño dorado no se alcanza:

Todos se duelen ¡ay! de lo presente,
Viendo la dicha al porvenir unida,
Y esperando un mañana que inclemente,
Mata las ilusiones con la vida.

Juzgando el mundo de delicias lleno,
— Yo quiero ser mujer — dices ahora,
Sin ver que esas delicias son veneno
Que te harán, siendo un ángel, pecadora.

¡Ser mujer! ¡Ay! no sabes lo que quieres,
Por la inocencia tu razón velada:
En el mundo en que sólo ves placeres,
Es, Carmen, ser mujer, ser desgraciada.

Su destino es amar, y el desengaño
Queda tan sólo al fin de los amores,
Cual quedan las espinas que hacen daño,
Al deshojarse las marchitas flores.

Si una falta comete, siempre el mundo,
Que se fija en el mal y el bien olvida,
Á la pobre mujer burla iracundo,
Gozándose en mirarla envilecida.

No ve que es culpa suya aquel delito,
Pues de mil seducciones la rodea,
La empuja, y al caer, da siempre el grito
De — « ¡Maldita mujer, maldita sea! »

Y á veces siendo pura, inmaculada,
La mancha con calumnia fementida,
Robándole la joya más preciada;
Pues la vida sin honra ya no es vida.

El hombre, siempre de malicia lleno,
Busca como el insecto una flor pura,
Liba en ella, le deja su veneno,
Y acaba con su vida ó su ventura.

Y el mundo entonces con horrible saña,
Con maldad que á los cielos estremece,
Llama *conquistador* al vil que engaña,
Y á la inocente víctima escarnece.

Ser mujer, es vivir en el martirio,
Sostener fiera lucha de titanes
Con una sociedad, que en su delirio,
Desprecia su virtud y sus afanes.

Ser mujer, es hallarse siempre expuesta
Á caer en el fondo de una sima;
¡La vida á veces no caer le cuesta!
¡Y en cayendo, no hay ya quien la redima!

No hay más felicidad que la inocencia,
Que te hace vivir hoy en dulce calma,
Sin recuerdos que agiten tu conciencia,
Sin más que sueños de oro allá en el alma.

Crisálida, no te hagas mariposa,
Permanece en tu asilo reservado.
No te trueques, capullo, en bella rosa,
No te deshoje el huracán airado.

II

Mas como al fin mujer pronto has de verte,
De practicar estos consejos cuida,
Porque sólo se vencen de esta suerte
Las fieras tempestades de la vida.

Huye de la ignorancia, que es el lazo
Donde queda prendida la inocencia;
Y entrando del estudio en el regazo,
Busca la luz, que es Dios, y á Dios, que es ciencia.

Nunca el trabajo te parezca frío,
Si vivir placentera te propones:
Que tras la ociosidad viene el hastío,
Y brotan del hastío las pasiones.

No tengas la humildad en menoscabo,
Que el alma vale más que la materia,
Y el rico en su riqueza es tan esclavo
Como esclavo es el pobre en su miseria.

Ni el sacrificio por el bien te asombre,
Ni un bien pequeño te parezca vano;
Espera mucho en Dios, poco en el hombre,
Y en el más infeliz mira á un hermano.

Entre el instinto y su febril violencia,
Y la razón y su frialdad notoria,
Ten por único juez á la conciencia,
Que da siempre á lo justo la victoria.

Como la vida sin amar no es vida,
En ti el amor asomará riente,
Como de grana y oro revestida
La deseada aurora por Oriente.

Pero no olvides que á la vista un velo
Cubre, cuando el amor el pecho inflama,
Y que aparece como luz del cielo,
La que es á veces del infierno llama.

Cuida de no entregar cándidamente,
El tesoro de amor de tu alma pura,
Que puede haber un hombre que, inclemente,
Te arrebate con él dicha y ventura.

Pero no hagas, en cambio, de manera
Que desprecies al verte bien amada;
Pues si desprecias al que bien te quiera,
Serás por el que quieras despreciada.

Como el primer amor es más profundo,
Procura que también sea el postrero;
Que amarga la conciencia en el segundo,
La memoria imborrable del primero.

Huye del coquetismo, que es temible
Por manchar la honradez más esplendente;
Pues todos tienen por mujer posible
Á la que á todos corresponde ó miente.

Que pierde la coqueta, en sus prolijos
Vanos amores de mentida gloria,
Hasta el amor sagrado hacia sus hijos,
Que después se avergüenzan de su historia.

Y las que así una vez han delinquido
De este fallo veraz nunca se eximen:
« Todo aquel que una falta ha cometido
Más cerca está de cometer un crimen. »

Si alguna vez para vivir honrada,
Necesitas matar el sentimiento,
Lo matas; que es mejor verse apenada,
Que herida por mortal remordimiento.

No te mueva á faltar, de un Dios fecundo,
El perdón que prodiga á manos llenas,
Que no siempre perdonan Él y el mundo,
Los errores de tantas Magdalenas.

Ten un amor tranquilo, dulce, blando;
No pasiones que estallen con estruendo;
Ama como la tórtola, arrullando,
Y no como el león, que ama rugiendo.

Enero, 1875.

DE CÓMO NACIÓ EL QUIJOTE

Al. Sr. D. L. Montoto

I

Era una prisión oscura
En bóveda terminada,
Bajo tierra socavada,
A guisa de sepultura :
Lúgubre cual la amargura,
Tan húmeda como el llanto,
Triste como el desencanto,
Como la barbarie fuerte,
Silenciosa cual la muerte
Y horrible como el espanto.

II

Luz tenue que vacilaba
Con sus trémulos fulgores,
Aquella mansión de horrores

Levemente iluminaba.
Un hombre allí dormitaba
Sobre desnudo tablado
Teniendo una mesa al lado,
Y en ella pluma, tintero,
El moribundo mechero
Y un papel emborronado.

III

Á impulso de hondo pesar,
El hombre á veces gemía;
Y el lecho entonces crujía,
Gimiendo del hombre al par :
Para su duelo aumentar,
La humedad se condensaba
En el techo, y goteaba :
Parecía que al exceso
De la desdicha del preso
Hasta la roca lloraba.

IV

Á veces interrumpía
Aquel constante clamor,
El ruïdo atronador
De alegre y cercana orgía.
¡Sólo un muro dividía
La buena y la mala suerte;
Pero muy fuerte, tan fuerte,
Como la losa que avara,
En el sepulcro separa
Á la vida de la muerte!

V

Creciendo en agitación,
El infeliz balbuceaba,
Y vibrando se apagaba
Lento el eco en la prisión.
Á tal llegó su pasión,
Su delirio y desconcierto,
Que, entre dormido y despierto,
De repente irguióse altivo
Con la voluntad de un vivo
Y la rigidez de un muerto.

VI

Su actitud causaba horror;
Sus ojos contelleaban
Y sus labios se agitaban
En convulsivo temblor:
Lívido era su color
Y respiraba con pena;
Azulada y gruesa vena
Dilatábase en su cuello,
Y erizaba su cabello
Como el león la melena.

VII

Con extraña entonación,
Su nombre dice aquel hombre,

Y á los ecos de su nombre
Se estremece la prisión.
La sonora vibración,
Que por lo gigante arredra,
Rebota en la tosca piedra,
Y con eco ronco y duro
Repiten bóveda y muro:
« ¡Miguel Cervantes Saavedra!... »

VIII

« Aqueste nombre — prosigue —
Es emblema del dolor;
No hay desventura mayor
Que la que á mí me persigue!
¡No hay bálsamo que mitigue
El pesar de mi alma herida;
La fortuna maldecida,
Negándome sus favores,
Eslabonó con dolores
La cadena de mi vida!

IX

» Á ser humilde criado
Arrastróme la pobreza,
Teniendo yo más grandeza
Que el más grande potentado:
Á bajar vime obligado
La altiva, orgullosa frente
Do el genio palpita ardiente,
Para comer con afán

El trozo amargo de pan
Que se le arroja á un sirviente.

X

» Soldado, luché con saña
Y un brazo perdí en Lepanto :
Más tarde derramé el llanto
Del cautivo en tierra extraña :
Libre, seguí de mi España
El victorioso pendón,
Y en tan gloriosa ocasión
Escribí *La Galatea,*
Dando más fuego á la idea
Con el fuego del cañón.

XI

» Después... después escribía
Para el sustento ganar,
Teniéndome que igualar
Al vulgo que me leía.
Nunca en mis obras podía
Libre el ingenio lucir.
¿Lo que puedo yo decir,
Lo puede el vulgo entender?
¡Escribir para comer
Es no comer, ni escribir! »

XII

Dijo : lágrima candente
Por su mejilla rodó,

Y en la mano reclinó
La sudosa y ancha frente.
Todo en silencio imponente
Quedóse; sólo se oía
El tablado que crujía,
El techo que goteaba,
Y del hombre que lloraba
El corazón que latía.

XIII

Y prosiguió : « Ya que el mundo
Me desprecia y martiriza,
Le obligaré á entrar en liza
Con mi talento fecundo.
Que su ira y rencor profundo
La sociedad en mí agote;
Un libro será el azote
De esa ciega sociedad.
¡Yo derribaré una edad
Con un poema, *El Quijote!*

XIV

» Yo la hundiré. ¿Qué no puede
Fundado en el bien el genio?
Sale del mundo al proscenio
Y todo á su paso cede.
Luz á la sombra sucede,
La maldad en vano ruje,
El hondo cimiento cruje
Del error, y viene á tierra

Cual se derrumba la sierra
Del terremoto al empuje.

XV

» Y pues causa al hombre espanto
La verdad seca y concisa,
Se la enseñaré con risa,
Aunque la escriba con llanto.
Daré del chiste el encanto
Á la pena que me abruma;
Así el sol dora la bruma,
Y el mar oculta el tormento
Con que le castiga el viento,
Alzando risueña espuma. »

XVI

— Dijo — marchó de repente
Hacia la mesa, llorando,
Y pluma y papel hallando,
Después de azotar su frente,
Escribió rápidamente
Con letra corrida y ancha :
« *En un lugar de la Mancha,*
De cuyo nombre no quiero... »
Y prosiguió tan ligero
Como rueda la avalancha.

XVII

Algún tiempo era pasado,
La escasa luz se extinguía,

Y aun aquel hombre escribía
Por su genio iluminado.
Da en tierra, al fin desplomado
Cual muro que se derrumba...
Apenas el eco zumba,
La luz muere, y la prisión,
Más que de el hombre mansion,
Parece una horrible tumba.

Abril, 1875.

Á MI PADRE

Tu nombre ¡oh Padre! sírvame de egida:
Otro no acierta á pronunciar mi lengua
En los recios combates de la vida.

No pido al grande, de mi honor en mengua
Arrimo que en la lucha me sustente...
Valor prestado es un valor que amengua:

Me agravia la merced, y solamente
Tu paternal consejo humilde acato,
Y ante Dios y ante ti bajo la frente.

No taches, no, mi orgullo de insensato:
Del grande el triste don sólo se paga
Humillándose vil, ó siendo ingrato.

Deja, sí, que en tu gloria satisfaga
El cariño filial, eterna hoguera
Que ni aun el soplo de la muerte apaga;

Y que ponga en mi libro por bandera
Tu nombre, que respeto, que bendigo,
Que endulzará mis labios cuando muera.

Para mí tu eres todo: padre, amigo,
Ejemplo de honradez, fe, sentimiento...
Y en estando sin ti no estoy conmigo.

Eco fiel es mi aliento de tu aliento,
Del tuyo al par mi corazón palpita
Y pienso con tu mismo pensamiento.

Por ti el amor al bien mi pecho agita,
Y ansioso de verdad, de luz, de ciencia,
Mi espíritu hacia Dios se precipita.

Por ti llevo el dolor de la existencia
Con fe segura, con tranquila calma
Y la paz en el rostro y la conciencia;

Y despreciando la terrestre palma,
Sólo aparto la vista de la altura
Para fijarla en ti. ¡Padre del alma!

Tu pura ciencia y tu virtud más pura,
Arrullando mi infancia seductora
Con el eco que presta la ternura,

Despertaron mi mente soñadora,
Como despierta al pájaro en el nido
El rumor de la brisa de la aurora:

Y en mi tierno cerebro adormecido
Fué brotando confuso el pensamiento,
Como el recuerdo brota del olvido.

Disipando las nubes con tu aliento,
Horizontes abriste sin medida
Al afán de mi espíritu violento;

Y con ternura, que mi amor no olvida,
Me enseñaste á pensar, á ser honrado,
Á amar á Dios y á soportar la vida.

Así que al escribirte, entusiasmado,
No sé dar á mis frases otro aliño
Que repetir tu nombre idolatrado.

Me pasa á mí lo que le pasa al niño
Que un solo nombre sabe y balbucea
Y tenaz lo repite en su cariño.

Niño grande, no tengo más idea,
Ni más frase en mis labios que tu nombre,
Y sólo el repetirlo me recrea.

Quiero unir, y mi empeño ne te asombre,
El corazón del niño y su inocencia,
Al pensamiento lúcido del hombre,

Y el horizonte hacer de mi existencia,
Juntando al oceano de mi mente
El cielo todo azul de mi conciencia;

Ser poeta después, y al elocuente
Canto, que el genio al inspirarse lanza,
Hacer sentir lo que mi pecho siente,

Despertar la dulcísima esperanza,
Y abrasando en la fe los corazones,
Ir más allá de donde el hombre alcanza;

Trocar en realidad las ilusiones,
Que lucen como el rayo un solo instante
Y se pierden en lóbregas regiones,

Y al hombre que camina vacilante:
« Marcha, marcha hacia Dios sin retroceso, »
Gritarle y conducirle hacia adelante.

Mas ¡ah! con cuánta pena lo confieso,
Para empresa tan grande me hallo solo,
Solo y sin fuerzas para tanto peso.

En vano en aras de mi afán me inmolo,
Canto, y muere la voz en mi garganta;
Mientras que atruena y va de polo á polo,

Y un huracán de vítores levanta
El consternado acento del poeta,
Que gime, y llora, y duda cuando canta.

¡Ah! Si al dolor la vida está sujeta,
¿Qué virtud de grandeza más notoria
Que el oponerle un corazón de atleta

Que combata en la lid, venza con gloria,
Y en vez del lloro inútil del vencido,
Eleve al cielo canto de victoria?

Hoy el canto parece un alarido,
Y el poeta maldito Prometeo
Por fiero buitre el corazón roído.

Llora, suplica, tiembla como el reo,
Ruge al dudar, maldice, desespera,
Y ya sin voluntad y sin deseo,

Sin luz que le ilumine en su carrera,
Sin entusiasmo que su pecho inflame,
Deshonra, al deshonrarse, su bandera.

¡Padre del alma! (deja que te llame
Con este nombre, que me da consuelo,
Yo que á tus plantas mi perdón reclame).

Yo también delinquí, mi noble anhelo,
Vencido en los instantes de amargura,
Tuvo mil veces que abatir el vuelo.

Perdóneme tu ciencia y tu ternura:
Si el hombre tiene alientos de gigante,
Al fin es una débil criatura.

Nada en la tierra es fijo ni constante:
Siguen las tempestades á las calmas,
Como el olvido á la protesta amante:

No hay luz perenne, ni inmarchitas palmas
Hasta el sol, que da vida á tantos mundos,
Sufre eclipses también como las almas.

Arranques de maldad, bienes fecundos,
Esperanzas, funestas decepciones,
Momentos de placer, llantos profundos.

Forman en alternados eslabones,
De la vida del hombre la cadena
De virtudes y pérfidas pasiones.

No temo que me impongas grave pena:
Es para ti ser juez, ser bondadoso,
Y la bondad perdona y no condena.

El que sabe lo rudo y escabroso
Que es el sendero de la vida humana,
Para el caído es siempre generoso;

Que hasta el que más de su virtud se ufana,
Si ayer pudo evitar una caída,
Al fin caído se verá mañana.

¡Es tan terrible del dolor la herida!
¡Es tan fuerte y tan ciego el sentimiento...
El sentimiento, Padre, que es mi vida!

Que ante su empuje indómito y violento,
Cede la voluntad inobediente,
Y se oscurece el claro pensamiento.

Siempre el hombre al efecto, al accidente,
Al hecho material les rinde culto:
La causa ne la ve ni la presiente.

Y yo, que nunca lo que siento oculto,
Dudo, lloro y maldigo en ocasiones,
Y á mi razón y á mi conciencia insulto.

¡Más dichosos aquellos corazones,
Que alcanzan, aunque heridos, la victoria
En su lucha cruel con las pasiones!

Ser herido y vencer, esa es mi historia:
Senténciame; la pena no me irrita,
Ni me envanece el lauro de la gloria.

Aquí en mi libro la hallarás escrita,
Unas veces con sangre, otras con llanto,
Otras con luz de inspiración bendita.

Al entusiasta, arrebatado canto
Que ensalce la virtud y el heroísmo,
Verás, con desconsuelo ó con espanto,

Seguir otro de amargo escepticismo,
Como sobre la tierra á ver se alcanza
La cumbre al lado del profundo abismo.

Al ronco son de guerra ó de venganza,
Suspiros seguirán consoladores,
Que el corazón enamorado lanza;

Y del loco placer á los clamores,
Los gemidos del alma que se anega
En desatada lluvia de dolores.

El adiós del que parte, el del que llega,
El llanto, la sonora carcajada,
El tembloroso acento del que ruega,

La réplica por la ira entrecortada,
El brindis del festín; cuantos sonidos
Lanza la muchedumbre alborotada,

Hallarás en mis cantos esparcidos
En revuelta y monstruosa algarabía,
Cual vienen á azotar nuestros oídos.

Mas si en tal confusión y gritería,
Percibes una voz dulce, inefable,
Esa es la voz de la esperanza mia.

Si otra escuchas serena, inalterable,
De mi fe brota, de mi fe potente,
Como el destino mismo incontrastable.

Yo creo en ese Dios, grande, omnisciente,
Que no define la razón humana,
Y que en el alma palpitar se siente;

En la santa virtud que de Él emana,
Y mantiene del hombre en la conciencia
El puro rosicler de la mañana:

En la verdad que brota de la ciencia
Y en la absoluta que á los cielos guía;
En el amor que endulza la existencia,

Y en ti, mi bien, mi orgullo, mi alegría,
Dulce consuelo que mis penas calma,
Perpetua luz de la existencia mía,
¡Padre del corazón! ¡Padre del alma!

Enero, 1876.

Á MI MADRE

Al recordarte, madre, aunque maltrecho
Está mi corazón, vivo golpea
La quebrantada cárcel de mi pecho;

Mi labio bendiciones balbucea,
Y truécase en suspiro, en leve brisa,
El grito de furor que en mí bravea.

¡Cuán triste llego á ti! ¿Ves mi sonrisa?
Es del dolor la amarga crispatura,
¡Ay! del dolor que hoy llevo por divisa.

En ti busca consuelo mi amargura;
El hombre es sordo á la desdicha ajena;
Tú, fuente inagotable de dulzura.

¿Quieres, madre, saber cuál es mi pena?
Mi pena es el vivir. ¡Ay! que la vida
Al tormento del mundo me condena.

Tengo en el corazón tan mala herida,
Que cuanto más la curo más se encona.
¡Ay, déjame llorar, madre querida!

¡Sólo el llanto consuelo proporciona›
¡Las lágrimas del triste son las perlas
Que engarza el Hacedor á su corona!

No sufras, pues, en mi semblante al verlas:
Cual sombras de dolor en mi alegría,
Hallo placer á veces en verterlas.

La existencia, que es sólo una agonía
Prolongada y cruel, yo la bendigo,
Porque tú me la has dado, madre mía!

Y por hallar en tu regazo abrigo,
Por imprimir mis labios en tu frente,
Decirte ¡madre! y sonreir contigo;

Por verte, por oirte solamente,
Cien mil veces nacer apeteciera,
Al dolor de la vida indiferente.

¿Dónde dicha más grande y verdadera,
Placer más hondo ni gloriosa palma,
Que en un beso en que va la vida entera

Y al espíritu lleva paz y calma,
Confundir de la madre el — ¡hijo mio! —
Con la tierna expresión — ¡madre del alma! —

¡Ah! cuando pienso que el destino impío,
Ese dulce placer á un hombre niega,
Siento, entre accesos de calor y frío,

Un vértigo en la mente que me ciega,
Y en el pecho la angustia pesarosa
Del que quiere llegar y nunca llega.

¿Qué es el hombre sin madre cariñosa?
Pájaro triste que perdió su nido
Y en su azorado vuelo no reposa,

Hasta que ya, de revolar rendido,
Plega sus alas y se viene á tierra
De la muerte en los brazos recogido.

¡Huérfano triste! Con su sino en guerra,
Va mendigando amor y no lo halla;
De su espantosa soledad se aterra;

Y al gritar « ¡madre! ¡madre! »... todo calla,
Menos los angustiosos estertores
De su oprimido corazón que estalla.

Pone la muerte fin á sus dolores...
¿Y quién llora en su tumba? Sólo el cielo,
Dulce rocío que se trueca en flores.

¡Cuán feliz soy en cambio en mi desvelo!
Si el grave peso del dolor me abruma,
Llevo á tí la memoria y me consuelo.

Á tu vista, disípase la bruma
Y puéblase de flores la enramada,
Bebe el aire tu aliento y se perfuma;

Te escucha el ave y canta alborozada,
Te mira el sol y de esplendor se viste,
Y la estrella palpita á tu mirada.

Y es que hallo hermoso y grande cuanto existe
Si lo miro en tus ojos, y en tu ausencia
El mundo es para mí desierto triste.

¡Si vieras con qué dulce complacencia
Entretengo en la mente la memoria
De mis pasados años de inocencia,

Cuando sólo mirarte era mi gloria,
Cobijarme en tu seno mi ventura,
Y conseguir tus besos mi victoria!

Á veces, me parece que aún murmura
Tu boca una oración junto á mi oído,
Llena de fe, de encanto y de ternura;

Y que en tu seno santo recogido,
Y por sonoros besos arrullado,
Soñando con tu amor me hallo dormido.

¿Te acuerdas? Tú feliz y yo á tu lado,
Sin miedo al porvenir que hoy me da miedo,
Libre de la memoria del pasado,

Que de la mente desterrar no puedo,
Y de este ciego ambicionar vehemente
Al que quisiera resistir y cedo,

Mi vida, entonces, plácida y riente
Se deslizaba cual gallarda nave
Por un dormido lago transparente.

Con la inocencia del que nada sabe,
Creía al escuchar de un ave el canto
Que sólo para mí cantaba el ave.

Si teñidas de grana y amaranto
Las nubes se extendían por la esfera
Ó derramaban su fecundo llanto;

Si al beso de la brisa lisonjera,
En flores los capullos se trocaban
Saturando de aromas la pradera;

Si las olas del mar roncas bramaban
Y al dar en los peñascos con estruendo
Deshechas en espuma se irisaban;

Y el sol, tras la montaña apareciendo,
Calor, y vida, y formas, y colores
Iba sobre los seres esparciendo;

Juntando á los del mundo mis clamores
« Para mí se han creado — me decía —
» Aves, aromas, luz, nubes y flores; »

¡Ay! que inocente y cándido, creía
Que el mundo era tan sólo un panorama
Que á mi encantada vista se ofrecía.

Una voz que sonidos no derrama
Y distinta en el alma se percibe,
Gritaba en mi interior, diciendo « ama; »

Cual hoy la escucho que me dice « escribe; »
Y volvía á gritar « ama y espera, »
Añadiendo después « espera y vive. »

Y esperanza y amor, la vida entera
Cifré en ti con pasión inextinguible
Que no puede morir, aunque yo muera,

Y que dulce, serena y apacible
Brotó en mi corazón, cuando en la cuna
Me arrullaba tu canto indefinible.

Hoy, el sueño de ayer es mi fortuna;
Así cuando en la mente combatida
Lo oscurece una sombra inoportuna,

Siento, al ver mi ilusión desvanecida,
El angustioso afán del moribundo
Que vivir quiere y se le va la vida.

¿Cómo decirte ahora el mal profundo
Que mi pecho desgarra, y el sendero
Por donde van mis pasos en el mundo?

De tal empresa, madre, desespero;
Porque al hablar de ti lo olvido todo,
Y sólo sé decirte que te quiero.

Á pintarte mi afán no me acomodo;
¿Quién — di — si con el cielo está soñando
Baja á la tierra á remover el lodo?

¡Ay, déjame soñar! El soplo blando
Del aura, que suspira dulcemente,
Tu nombre está á mi oído murmurando,

Y en el cristal de la serena fuente,
Hallo en mi venturoso devaneo
Retratada tu imagen sonriente.

Que es tan grande el poder de mi deseo,
Que á donde quiera que los pasos guío,
Tu nombre escucho ó tu semblante veo.

Yo no sé si es verdad ó desvarío;
Pero cuando en las noches de desvelo,
Ya fatigado el pensamiento mío,

Como buscando luz, miro hacia el cielo,
Te diviso en la sombra impenetrable,
Mi espíritu va á ti con loco anhelo,

Y cayendo en arrobo inexplicable,
Me parece que escucho en lo infinito
De tu acento la música inefable.

¡Madre del alma, adiós! Besa este escrito
Reflejo apenas de mi amor profundo,
Que besándolo tú, será bendito,
Y de blasón me servirá en el mundo.

Febrero, 1876.

EPÍSTOLA NECROLÓGICA

DIRIGIDA AL

SR. D. GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE

CON MOTIVO DE LA MUERTE DEL

SR. D. JOSÉ FERNÁNDEZ-ESPINO

El mismo soplo que apagó su vida
Encendió la que existe tras la muerte.
¿Á qué llorar, Gonzalo, su partida,

Si despojado ya del polvo inerte,
Que en el mundo al espíritu encadena,
Goza del justo la envidiable suerte;

En tanto que la vida nos condena
De las pasiones al combate rudo,
Á trabajo cruel y amarga pena?

Llore aquel triste que, de fe desnudo,
Á comprender un más allá no alcanza,
Después de roto de la vida el nudo;

No el que alienta en su pecho la esperanza
De que, al ir á la muerte caminando,
Va hacia lo eterno y hacia Dios avanza.

Mas te estoy neciamente aconsejando :
Sé que no ha muerto, que á vivir empieza,
Que no debo llorar, y estoy llorando!

Tal es del ser humano la flaqueza;
Luchan en él razón y sentimiento,
Y vence el corazón á la cabeza.

¿Qué me importa que aun viva, si no siento
De su voz las caricias en mi oído,
Ni reverbera en mí su pensamiento,

Y sólo restan, de su ser querido,
Cenizas que mañana serán nada,
Y un nombre que camina hacia el olvido?

Y grítame la fe con voz airada :
« Calla, infeliz, y tiende á lo infinito
De tus nublados ojos la mirada;

« Allí con soles el Señor ha escrito :
— Sólo cambia la forma, todo es vida; —
Y tan sólo dudarlo es un delito.

» ¿Qué parte de su ser está perdida?
Ninguna : la materia deleznable,
Que ya juzgas en nada convertida,

» Vaga á tu alrededor, tenue, impalpable,
Y en su eterno bullir se transfigura,
Conservando su esencia inalterable.

» Gira de ser á ser á la ventura;
De la tierra á la flor, la arrastra el viento,
Truena en las nubes, en el sol fulgura,

» Y al hallarte, en su raudo movimiento,
Quizás da brío á tu cansada mente,
Llanto á tus ojos y á tu vida aliento.

» Y, si hasta el mismo polvo es persistente
Y sus débiles átomos fecundos,
¿Podrá morir el alma inteligente?

» Surcando va los ámbitos profundos
De la inmensa creación, á Dios subiendo
Por la infinita escala de los mundos.

» ¡Su muerte lloras con afán tremendo!
Mas al llorarlo con angustia tanta,
¿No está en el fondo de tu ser viviendo?

» Y hasta en tu lira, cuando triste canta
Y el lenguaje del genio balbucea,
¿La voz del profesor no se levanta?

» ¿Qué sonido dará que eco no sea
Del que prestó á tu mente fantasía,
Fuego á tu corazón, luz á tu idea?

» Y aunque llegase, al fin, el triste día,
Que su nombre cayese en el olvido,
¿El fruto de su ingenio moriría?

» Cuanto la humanidad ha producido
Es eterno también : la voz primera,
Que lanzó el primer ser, no se ha perdido;

» Retumba aún en la celeste esfera,
Con las voces mezclada y confundida
Que dió después la humanidad entera.

» Gota á gota la fuente toma vida,
Forma el arroyo, se convierte en río
Y los mares ensancha engrandecida.

» ¿Quién dirá al resistir con débil brío,
Esas olas de empuje soberano,
Que fueron leves gotas de rocío?

» Pues gota á gota el pensamiento humano,
Fuente, y arroyo, y río que alborota,
Forma, al fin, de la ciencia el oceano.

» ¿Y el hombre acaso, en su ceguera, nota,
Que ese mar que hacia Dios se precipita,
Se ha formado también gota por gota?

» ¡Que ha muerto dices! No: do quier se agita;
Eternos son su nombre y su memoria,
Vive en el todo y en tu ser palpita.

» Aquí, el ejemplo de su noble historia
Y el fruto de su ingenio permanecen;
Su espíritu está en Dios, lleno de gloria! »

¿Oyes, Gonzalo? Pues mi pena acrecen
De la fe y la razón las voces santas
Y mi abatido espíritu estremecen.

¿De mi punible ceguedad te espantas?
¡Las voces con que grita el sentimiento
Son tan irresistibles y son tantas!

Do quiera escucho funeral lamento;
El arroyo, la fuente bullidora,
Las secas hojas que arrebata el viento,

El ronco mar, el ave arrulladora,
Dan cánticos de pena y de amargura;
Todo reza, suspira, gime y llora.

Ya murió el justo, la virtud murmura,
El sabio sucumbió grita la ciencia,
Gime el arte en su triste sepultura,

Enmudecen poesía y elocuencia,
Y encuentro en todo soledad y calma,
Esa calma terrible de la ausencia.

Y apenas veo, en mi dolor, la palma
Que alcanzó su saber. ¡La luz no existe
Cuando se llevan sombras en el alma!

Cuanto miran mis ojos luto viste,
La risa del placer la juzgo llanto
Y el suspiro de amor gemido triste...

¿Qué hacer sino dar rienda á mi quebranto,
Si en vano la razón vencerlo trata,
Y nada me consuela, y sufro tanto?

El raudal de tus lágrimas desata
Y, como yo, tu duelo satisface;
Que tan vivo dolor, sólo no mata
Cuando en llanto y suspiros se deshace.

Mayo, 1875.

LA FE

AL CANTOR DE LA DUDA

EL EMINENTE POETA

D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

I

La musa del dolor llora, suspira,
Toma del niño el tembloroso acento;
Mas no arranca á las cuerdas de la lira
La voz tonante que estremece el viento
Y en tus sublimes cánticos se admira.
Si cantaste la duda consternado,
Del vate la misión dando al olvido,
Es que, más bien que ciego, deslumbrado,
No sordo á la razón, sino aturdido
El pensamiento tuyo deliraba
Por la fiebre del genio enloquecido.

II

— « La fe agoniza, la virtud acaba,
El valor en los pechos languidece,

Se oculta la verdad tras el sofisma,
La esperanza al nacer se desvanece
Y Apolo mudo en su dolor se abisma.
Presa de un infernal desasosiego,
La multitud se entrega á las pasiones
Atropellando, en su apetito ciego,
Derecho, libertad y religiones.
Ritos, tronos, altares, leyes, hechos,
Van en vertiginoso torbellino
Rodando aglomerados y deshechos
Al rudo empuje de fatal destino.
Sucede á la razón la ardiente tea
Y en cabañas, y en tronos, y en altares,
Con roja luz vivísima flamea;
Con el ronco bramido de los mares
Todo en profundo abismo se derrumba,
Y es ya la tierra solitaria tumba
Formada por escombros seculares. » —

III

Dices en triste soledad sumido,
Como el ave nocturna y agorera
Que en la musgosa ruina forma el nido
Y la honda calma de la noche altera
Con el canto imponente y dolorido
Que angustia, atemoriza ó desespera.
Apartando la vista del oriente,
Donde la luz del porvenir fulgura,
Lo mismo que en la aurora, sonriente,
Alzas de la espantable sepultura

El hórrido esqueleto del pasado,
Y envolviendo en lujosa vestidura
Su cuerpo por los siglos descarnado,
Gritas á la ignorante muchedumbre :
« Si no quieres vivir desconsolada,
Abraza con amor estos despojos;
No hay más luz que en la tierra nos alumbre
Que la que brota triste, amortiguada,
De las cuencas vacías de estos ojos.
Yo arrastro de la vida el peso grave
En el desierto mundanal perdido,
— Añades con pesar : — *yo soy un ave*
Que llegó sola y sin amor al nido. »

IV

Da treguas al amargo desaliento
Para llegar al bien, siempre infecundo,
Y en alas de tu osado pensamiento
Ven y recorre la extensión del mundo.
Rugiendo el mar y levantando bruma,
Azota los peñascos con rudeza,
Ó callado en la orilla deja impreso,
Con algas, conchas y rizada espuma,
En curva desigual, su dulce beso.
Los flotantes jirones de las nubes,
Por rumorosos vientos impelidos,
En el vasto horizonte se amontonan,
Y por el sol, de púrpura teñidos,
Las azuladas cúspides coronan.
Atronando el torrente se despeña,

Contiénese en el llano, y con voz grata
Murmura entre las guijas y la breña
Deshecho en hilos de luciente plata.
Su roja cabellera el sol extiende,
Y huye la sombra, brillan los colores
Y el átomo en la atmósfera se enciende.
De las ondas, las fuentes y las flores
Se mecen en la brisa, perfumados
Y en melódico ritmo encadenados,
Besos, notas, suspiros y rumores.
Todo es belleza, luz, arte, poesía,
Y sin cesar al cielo se levanta,
En torrentes de mágica armonía
El himno inmenso que la vida canta.

V

¿Aun dudas y ves sólo en tu camino
Miseria, luto y sangre, llanto y guerra?
Adelante, incansable peregrino,
Y verás que del hombre es el destino
Ir sembrando milagros por la tierra.
Que si es polvo su cuerpo, y está escrito
Que polvo vuelva á ser mísero y vano,
No es polvo el pensamiento soberano
Que mira, alcanza y mide lo infinito.
Ese soplo de Dios, llama creadora,
Mueve y dirige la potente mano
Que tantas maravillas elabora,
Arranca el velo al misterioso arcano,
Que ocultas las verdades atesora;

Á las leyes del cálculo sujeta
El vuelo arrebatado del cometa,
Que arrastra en pos de sí flecos de oro
Y rápido en lo inmenso se sepulta;
Cuenta, como el avaro, su tesoro,
Los soles de la oscura nebulosa
Que la distancia á la mirada oculta;
De los astros asiste al nacimiento;
Contempla su ruina desastrosa,
Y cual Titán de poderoso aliento,
En lucha desigual con la tormenta
Cuando amenaza con el rayo al mundo,
Se lo arranca, lo sume en el profundo
Y ante Dios victorioso se presenta.

VI

El hombre que tú juzgas miserable,
Se halló, al nacer, sin pan y sin abrigo,
Á todos los dolores vulnerable,
De la naturaleza vil mendigo,
Á la ciega ignorancia encadenado
Y envuelto en un problema indescifrable.
Y confuso, abatido, atormentado,
Cuando morir dejábase impotente,
Mira á los cielos, y al alzar la frente
Y retratarse el sol en su pupila,
Despierta en él adormecida idea,
Y como el Hacedor gritando « *Sea* »,
Corre animoso á socavar la gruta,
Hace el fuego brotar, la piedra afila,

Sujeta á su poder la fiera hirsuta,
Cubre su cuerpo tosco, el barro amasa,
Apacienta el rebaño, ara la tierra,
Y en necesaria y fratricida guerra,
La patria funda al defender la casa.
¿Y aun no calla tu voz doliente y grave?
Desconoces el bien que has recibido:
Mira á tu alrededor: ¡Tú eres un ave
Que halló formado y con calor el nido!

VII

Has llegado á la vida, cuando el hombre
El imperio del mal tiene vencido,
Y tomas posesión del gran legado
Que él á fuerza de tiempo y de constancia
Para hacerte feliz ha atesorado.
Permite, gran poeta, que me asombre
De tu dolor que todo lo ennegrece,
Del amargo y profundo desaliento
Que desvía del bien tu sentimiento
Y tu razón clarísima oscurece.
Si aun consideras mísera y liviana
La ciencia augusta que la especie humana
Acumuló en los siglos y hoy te ofrece,
¿No te hará bendecir la inteligencia
La humeante y audaz locomotora,
Que al rodar velocísima parece
Aborto colosal de la demencia,
Delirio de la mente soñadora?
¿Qué gigante poder, qué férrea mano

La arrastra retemblando por el llano,
La hace subir el empinado monte
Y trasponer veloz el horizonte?
Un vapor impalpabe, un humo vano
Que en cilindros de hierro el hombre encierra,
Y le obliga á llevarlo por la tierra
Y el impulso á vencer del Oceano.

VIII

El hombre es un gigante poderoso;
Él horada los montes, profundiza
Las entrañas ocultas del planeta,
Diques opone al mar y le sujeta,
Saca de madre el río caudaloso
Y por un nuevo cauce le desliza,
Acerca las orillas con los puentes,
Monta el globo y penetra en el vacío
Y llega á tal su inmenso poderío,
Que separa los viejos continentes.
Él alza las soberbias catedrales
En donde busca el pecador contrito
Alivio á su dolor, fin á sus males,
Ante la imagen de Jesús bendito.
Él se agita en la fábrica estruendosa
Que á Dios eleva su clamor inmenso,
Envuelto en la humareda nebulosa
Que del noble trabajo es el incienso;
Y mejorando siempre su destino
Ata los pueblos en estrecho abrazo

Con el lazo de hierro del camino
Y de la idea el impalpable lazo.

IX

Si ayer esclavo vil ó siervo era,
Hoy la cabeza del tirano aplasta
Y libertad y honra recupera;
Rinde culto á la fe, no al fanatismo,
Redime á la mujer, que antes viviera
Á esclavitud inicua condenada,
Tiene clara conciencia de sí mismo,
Enfrena su pasión desordenada,
Con el estudio sus instintos doma,
Y en Dios ve amor, no furia desatada.
No del mundo moral que se desquicia
Son los restos que ves en tu camino.
La mano del derecho y la justicia
Que arrasó el Asia y abrasó à Sodoma,
Cumpliendo con las leyes del destino
El edificio del error desploma.

X

No te abandone el varonil denuedo;
Se despojan del mal las sociedades
Como el cielo, sufriendo tempestades
Que sólo al débil ser infunden miedo.
Hallándose tal ley establecida

Desde que Dios con sólo una mirada
Sacó de la pereza de la nada
La agitación inmensa de la vida.
  Huye la soledad, huye el quietismo
En que el alma se enerva y languidece.
Sin lucha no hay virtud : lucha y ofrece
Á Dios el vencimiento de ti mismo.
Si en otro tiempo el alma dolorida,
Muerta su fe, viviente su egoísmo,
Se encerraba en el claustro silencioso
Robando á las demás, como el suicida
El concurso preciado de su vida
Para yacer en criminal reposo,
Hoy que comprende su misión sublime
Ve en el claustro, que viejo se derrumba,
No lugar de descanso, sino tumba,
Y vive, y lucha, y vence y se redime.
Que no se acerca á Dios quien duda, gime,
Se resigna al dolor, débil se abate,
Y sumido cobarde en la indolencia
Se entrega al mal sin empeñar combate;
Sino aquel que arrogante y animoso,
Si vencido una vez, jamás domado,
Fiero batalla por su bien ansioso
Sin desmayar su fe ni su esperanza;
Porque luchando así, siempre el soldado
Ó vivo ó muerto la victoria alcanza.

XI

Y en lugar de morir triste, abatido,
En el silencio y en la sombra oculto,
Por extrañas visiones perseguido,
Y al miedo y al dolor rindiendo culto,
Como el mártir morir, como el valiente
Que sin hacer á su misión agravios
Muere mirando al cielo frente á frente,
Blandiendo altivo victoriosa palma,
El himno de la fe puesto en los labios
Y la esperanza en Dios viva en el alma.

Julio, 1876.

ANTE UN CRUCIFIJO

Á MI QUERIDO AMIGO

JULIÁN FUENTES

I

INCIENSO, luz, armonía
Llevar quiero á tus altares,
¡Oh Dios! que enfrenas los mares
Y enciendes de un beso el día:
Así que mi alma te envía
Al altar del firmamento,
Como armonía un acento
Lleno de santo fervor,
Como perfume el amor,
Como luz el pensamiento.

II

Cuando ante ti reverente
Á orar me postro de hinojos,

Asoma el llanto á mis ojos
Y lo infinito á mi mente :
Y siento sobre mi frente,
Nublada por el desvelo,
Bajar en callado vuelo
El hilo de luz fecundo
Por donde vienen al mundo
Las bendiciones del cielo.

III

No pretendo comprenderte,
Ni llegar á definirte,
Tan sólo aspiro á sentirte,
Á admirarte y á quererte.
Quien vaya á ti de otra suerte
Luchará con la impotencia :
Te busca la inteligencia
De los astros en el fondo,
Y tú habitas lo más hondo
Y oculto de la conciencia.

IV

Sin ternura y sin amor
La mente desatentada
Te busca en lo que anonada,
En lo que infunde terror :
En el rayo asolador,
En la batalla cruenta,

En el volcán que revienta,
En el aquilón que brama,
En el torrente, en la llama,
En la noche, en la tormenta.

V

Y el corazón te va á hallar
A donde ve sonreir,
Y hay que amar, y bendecir
Y lágrimas que enjugar :
Y te mira palpitar,
Prestando vida y calor,
En cuanto respira amor,
En el iris, en la bruma,
En el aroma, en la espuma,
En el nido y en la flor.

VI

No te anuncia el huracán,
Ni del trueno el alboroto,
Como el sordo terremoto
La aparición del volcán.
Tus pasos por do quier van,
Difundiendo la alegría,
Nuncios de luz y armonía;
Que sólo la bella aurora
Puede ser la precursora
Del astro que enciende el día.

VII

Cuando los cielos escalas
Llevas soles por joyel
Y te forman un dosel
Los ángeles con sus alas :
Los mundos te ofrecen galas,
Y tú los huellas triunfal,
Envuelto en leve cendal
Del color de los zafiros,
Y en músicas de suspiros
Y de liras de cristal.

VIII

Como en el yermo la palma,
Como el astro en el vacío,
Pones en la flor rocío
Y sentimiento en el alma.
Truecas la tormenta en calma
Y en dulce sonrisa el lloro,
Y llevando tu tesoro
Á donde el hombre el estrago,
Con flores de jaramago
El erial bordas de oro.

IX

Mas ¡ay! que mi fantasía
De pintarte forjó el sueño

Y no te alcanza en su empeño
Por ser humana y ser mía;
Que si á ti sus alas guía,
Y cual la nube ondulando
Altiva se va ensanchando
Y á grandes alturas sube,
Al fin, como sólo es nube,
Se va al subir disipando.

X

¿Y ante ti cuál no se abruma,
Si la de más poderío
Tan sólo encierra el vacío
Como el crespón de la espuma?
¡Qué el filósofo presuma
Alcanzar tu majestad!
¡Qué te niegue la impiedad!
El pensamiento atrevido,
Como en el aire el sonido,
Se pierde en tu inmensidad.

XI

Si alguien quiere tu creencia
Arrojar del pensamiento,
Eres tú el remordimiento
Y te lleva en la conciencia;
Con ansia busca en la ciencia
Cómo empañar tu corona,

Mas la ciencia no le abona,
Y entre dudas y entre asombros
Ve que deshecha en escombros
Su Babel se desmorona.

XII

En vano te envuelve en luz
Y te da pomposo nombre,
Cuanto de ti sabe el hombre
No alcanza á más de la Cruz;
Y si extiende su capuz
La noche en su corazón,
Que no busque salvación
En sus abstracciones fijo,
Que mire hacia el crucifijo;
Allí está la redención.

XIII

Tú, Dios, formaste, al crear
Del universo el palacio
Con un suspiro el espacio,
Con una lágrima el mar:
Y queriéndonos probar
Que quien te adora te alcanza,
Como señal de bonanza,
Has dibujado en el cielo
La aurora, que es el consuelo,
Y el iris, que es la esperanza.

XIV

Tu purísimo esplendor
El universo colora,
Como el beso de la aurora
Los pétalos de la flor;
Y si tu soplo creador
En el caos se derrama,
El mismo caos se inflama,
Y entre nubes y arreboles
Brotan estrellas y soles,
Como chispas de la llama.

XV

Así, cuando nada era,
Á tu voz jamás oída,
Tomó movimiento y vida
La naturaleza entera;
Surcó el río la pradera,
Dió la flor fragancia suma,
La luz disipó la bruma
Y tu aliento soberano
La ola hinchó en el Oceano
Y la coronó de espuma.

XVI

Mas con ser la suma esencia,
Es tu arrogancia humildad,

Tu riqueza caridad
Y tu justicia clemencia;
Pues quiso tu omnipotencia
Las flores por incensario,
El monte por santuario,
Por águilas golondrinas,
Por toda corona espinas,
Por todo trono el Calvario.

EL OTOÑO

Á MI QUERIDO AMIGO

MANUEL BENJUMED

El otoño es tristeza y agonía:
Todo en él languidece;
El luminar del día
Oblicuos rayos sin calor envía,
Se aparta del zenit y palidece.
En olvidado surco cae la hoja
Que sirvió de pomposa vestidura
Al árbol que de galas se despoja,
Siendo mudo esqueleto en la llanura;
La locuaz golondrina
Aterrida de frío
Á más benigno suelo se encamina;
El agua del torrente enturbia el río,
La brisa se hace cierzo, silba y ruge,
El ave calla, se marchita el fruto,
El mar enronquecido sordo muge

Y amenazante aterra;
La nube tiende por el cielo el luto
Y un sudario de nieve por la tierra,
Y en el monte desierto
Oye el pastor temblando la campana
De la ermita lejana
Con fúnebre clamor tocando á muerto.

II

En esta triste edad, la poesía
Como el ave nocturna huye del día,
Busca lo incierto, lo flotante y vago,
Se envuelve de la sombra en el misterio
Y ejerce sobre el alma el mismo imperio
Que el dolor, la ruïna y el estrago.
La que fuera otro tiempo poderosa
No anima, no entusiasma,
Y al espíritu abate, enerva ó pasma,
Que se ha trocado la celeste diosa
En pueril y ridículo fantasma.
¿Qué mucho que le aturda la armonía,
Que le cieguen las luces del estío
Y ensalce del otoño la atonía
Si éste corre parejas con su hastío?

III

Ya el árbol está seco, el monte cano,
El vapor de la tierra humedecida

Cual si fuese de tumba removida
Habla á los hombres de su fin cercano;
La luz que el sol en el ocaso vierte,
Por la nube perduzca reflejada,
La tierra tiñe de color de muerte...

. . . .

¿Di, cómo quieres encontrar belleza,
Generación menguada,
Donde todo es dolor, sombra y tristeza?

IV

¡Oh dulce primavera,
Renacimiento, luz, amor y vida,
Á cuyo soplo alfombran la pradera,
Por el cierzo invernal entumecida,
Lirios violados y purpúreas rosas;
Estación de las aves y las flores
En que hasta los gusanos roedores
Toman alas y se hacen mariposas!
¡Resplandeciente estío
En que la sangre como hinchado río
Con pletórico empuje se derrama
Por las venas azules,
Y no oscurecen blanquecinos tules
De la hoguera solar la ardiente llama;
El de auroras cuajadas de rocío,
El que llena las trojes hasta el colmo
Del fruto sazonado,
Y nos muestra la vid teniendo al olmo

Con retorcido pámpano abrazado!
Vosotros sois mi encanto y alegría,
Y al entibiarse vuestro santo fuego,
Cayendo en la atonía,
Como planta sin riego,
Languidece y desmaya el alma mía

V

Quiero, en un cielo azul, un sol radioso
Y que la sombra huyendo de sus llamas
Se ampare al pie del álamo frondoso,
En cuyo grueso tronco carcomido
La abeja haga su miel, y en cuyas ramas
El pardo ruiseñor fabrique el nido;
Que den vida al paisaje
El átomo en la atmósfera encendido,
La espuma que levanta el oleaje,
Los lúcidos colores
De múltiples insectos zumbadores
Y de las bellas aves el plumaje;
Escuchar de la alondra alegres trinos,
De los arroyos plácidos murmullos,
Amorosos arrullos
De tórtolas errantes por los pinos,
Y contemplar la rauda catarata
Por vertiente escabrosa despeñarse,
Romperse en hilos de bruñida plata
Y en lluvia de diamantes desatarse.
Que sólo alienta y vive la poesía

Donde la luz da formas y colores,
Y hay perfumes, y pájaros y flores,
Concertándose, en mágica armonía,
Nidos y besos, cánticos y amores.

Noviembre, 1877.

Á GIACINTA PEZZANA

I

NACISTE en la bellísima comarca,
Donde alcanzó Petrarca
Para su augusta sien el lauro eterno;
Donde Beatriz cruzóse en el camino
Del triste Gibelino,
Cantor del Paraíso y del Infierno.

II

Do pintó Miguel Ángel lo pasado,
Retorciéndose airado,
En la convulsa, mágica Sibila;
Y la cándida aurora en el Profeta,
Del porvenir atleta,
Que lleva algo de Dios en la pupila.

III

En un nido de dulces ruiseñores;
En la mansión de amores

Donde del arte se levanta el solio;
En la tierra que se alza el Vaticano,
El Norte del cristiano,
Y el templo de la gloria, el Capitolio.

IV

Italia, como España, sin fortuna,
Aunque del genio es cuna
Y de la historia corazón gigante,
Y eje del mundo y madre de la idea,
Condenada voltea
En los eternos círculos del Dante.

V

Allí también naturaleza santa
Eterno idilio canta,
Se templa el sol, el huracán se doma,
Brota el laurel, perfúmase el ambiente,
Es más clara la fuente
Y arrulla más amante la paloma.

VI

Así que mi nación de amor palpita
Por la tuya bendita,
Gran corazón de la latina raza;
Uniéndolas no sólo en maridaje
Amor; gloria, lenguaje
Y hasta la desventura las enlaza.

VII

Lloraba yo del arte el decaimiento,
Cuando tu dulce acento,
Vibrando como un arpa enamorada,
Llevó mi vista á ti fija y resuelta,
Y dejó mi alma envuelta
En la esplendente luz de tu mirada.

VIII

Ante mis ojos ensanchóse el mundo,
Al salir del profundo
Triste letargo que me hiciera guerra,
Como al tocar la cúspide del monte
Se ensancha el horizonte
Y se dilata á nuestros pies la tierra.

IX

Circuló entonces por el cuerpo mio
Del entusiasmo el frío;
Al magnético influjo de la artista
Latió mi corazón apresurado,
Y te admiré extasiado
Muda el habla y atónita la vista.

X

Y ni fuí de mí dueño, ni hallé calma:
Arrastrabas mi alma,

Lo mismo à la ventura que al quebranto;
Mi voluntad esclava te seguía,
Con tu risa reía
Y arrancábame lágrimas tu llanto.

XI

Y te vi dar del genio al pensamiento
Voz, forma, vida, aliento,
Por sobrehumano espíritu inspirada,
Y resolver el mágico problema
De encerrar un poema
En la actitud, el gesto ó la mirada.

XII

La súplica que tiembla congojosa
Como un ave medrosa,
El ¡ay! desgarrador que al alma apena;
La plegaria que busca lo infinito,
El destemplado grito
Del dolor ó la duda que enajena;

XIII

El habla del amor, que es un gorjeo
Ó angélico aleteo,
La balbuciente voz de la mentira,
La carcajada, el llanto y el gemido;
Todo humano sonido
Que halla un eco en las cuerdas de la lira,

XIV

Tu flexible garganta lo articula
Cual la alondra modula
Su dulce trino al remontarse al cielo;
Y el corazón, cuando tu acento vibra,
Queda herido en la fibra
Del espanto, el amor ó el desconsuelo.

XV

Porque tu genio á simular alcanza,
Lo mismo la esperanza,
Que dulces sueños en el alma evoca,
Que la pasión que fiera nos combate
Con el furioso embate
Del irritado mar contra la roca.

XVI

Y cuando tiendes á la altura el vuelo,
Como deja en el cielo,
Ráfaga luminosa, astro errabundo,
Te siguen, en tu curso de cometa,
El canto del poeta
Y la entusiasta admiración del mundo.

Diciembre 1877.

NAPOLEÓN

UN ESPAÑOL, UN FRANCÉS Y EL POETA

ESPAÑOL

Es sanguinario verdugo.

FRANCÉS

Héroe y gloria de la Francia.

ESPAÑOL

De ambición monstruo insaciable,
Que de su renombre en aras
Familias, pueblos, naciones
Destruye con furia insana.

FRANCÉS

Paladín altivo y fiero
De la honra y de la fama

De su nación, que á la Europa
Sujeta bajo su planta.

ESPAÑOL

Sus huellas, cual las de Atila
Marchitan, secan, devastan;
Un reguero de sepulcros
En la tierra las señala.

FRANCÉS

Brota el laurel de la gloria
En donde fija la planta,
Y el espíritu enervado
En bélico ardor se inflama
Al ser por el rayo herido
Que fulgura en su mirada.

ESPAÑOL

¿Qué deja sobre la tierra?
La ruïna, la matanza,
El incendio, los dolores,
Arroyos de sangre y lágrimas.

FRANCÉS

Hay muertes que dan la vida;
Purificadoras llamas
Que al producir el incendio

Iluminan y no abrasan;
Dolores que recio temple
Prestan á débiles almas;
Escombros que el sol calcina
Y cubre de musgo el agua,
Mejores que los palacios
En donde habita la infamia,
Como hay llanto que redime
Y sangre que al brotar salva.

ESPAÑOL

Todas las malas pasiones
Tienen asiento en su alma:
La ambición le aguijonea,
El orgullo le avasalla,
La soberbia le domina,
El egoísmo le inflama;
Es su justicia el capricho
Y su perdón la venganza;
Para medrar se precave,
Tiraniza cuando manda;
Pospone á su encumbramiento
La ventura de su patria,
Y nuevo Eróstrato impío,
Por gozar de eterna fama,
Vierte á torrentes la sangre,
Inmola la triste Francia
En las estepas de Rusia
Y de Iberia en las montañas,
Trueca en yermos los verjeles,

Los pueblos quema y arrasa,
Los imperios desmorona,
Las religiones profana,
Y apilando humanos restos,
Que con sangre y llanto amasa,
Los hace escabel del trono
Donde osado se levanta.
Allí el incendio le alumbra,
Su gloria el cañón proclama,
En vez de incienso le envuelve
El humo de las batallas,
Y contempla el mundo atónito
Su apoteosis satánica.
Hasta que al fin, ¡Dios es justo!
Muere lejos de su patria
Corroído por el cáncer
Que devora las entrañas,
Y por el remordimiento,
Terrible cáncer del alma.

FRANCÉS

En Córcega nace oscuro
Y su valor le agiganta,
Y en medio del semillero
De pasiones enconadas,
De una sociedad convulsa
Que furiosa se desata
Y á los crímenes se entrega
Y camina desbocada,
Como el sol rompe las nubes

Donde alienta la borrasca
Y el noto las barre airado
En la bóveda azulada,
Él los ánimos enfrena
Y las pasiones encauza;
En Austerlitz y Marengo
Da gloria eterna á su patria;
Al empuje formidable
De sus huestes entusiastas,
Atónita tiembla Europa,
El Islam pásmase en África,
Nobles príncipes y reyes
Sumisos besan sus plantas;
Los tronos se bambolean
Cuando fulmina su espada,
Por botín da á los soldados
Los reinos que vence y gana;
Esclaviza la fortuna;
La victoria le acompaña;
Díctale leyes al mundo,
Y cuando tal premio alcanza,
La infame traición le vence,
Y va á morir aquel águila
Á Santa Elena, una roca,
Como su mente, volcánica;
Entre dos inmensidades
Que con su grandeza igualan,
La del cielo que en su tumba
Rayos tropicales lanza,
Y la del mar, que, rugiendo,
Le entona gigante *hosanna*.

EL POETA

Ni semidiós, ni verdugo.
Es la poderosa máquina
Que ciegamente obedece
La voluntad Soberana.
Nace humilde y nace oscuro
Y Emperador se proclama
Para probar que es el genio
La primera aristocracia.
Es ambicioso, egoísta
Y tirano cuando manda,
Y al elevarse hasta el trono
Es al pueblo á quien levanta.
Entre horribles convulsiones
El derecho nace en Francia,
Porque todo alumbramiento
Dolor á la madre causa,
Y él lo lleva victorioso
Por la Europa consternada.
Como Atila y Alarico,
Al par que destroza y tala,
Á los pueblos enervados
De su postración levanta.
En el libro de la historia,
Por ley fatal impulsada,
Es una mano de hierro
Que escribe una nueva página
Y le abre la puerta al siglo
De la libertad humana

Merece, como tirano
Y usurpador, odio y saña,
Admiración como héroe,
Como genio lauro y palmas,
Olvido y perdón como hombre,
Y como ley soberana
De la historia, que Dios guía,
El amor de nuestras almas.

AL SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

EPÍSTOLA MORAL

Cuando un pueblo en los vicios se encenaga,
Enviado por Dios, surge el profeta
Que con el rayo y con la peste amaga,

Y la indomable perversión sujeta,
Como al indócil bruto con el freno
La vigorosa mano del atleta;

Que quien lleva los vicios en su seno,
Así como los brutos al castigo,
Sólo teme al relámpago y al trueno.

Tú eres poeta, como yo, y testigo
Del mal que á la virtud mina en su base
Y no debes llorar; canta conmigo,

Aunque el dolor tu corazón traspase,
Y sea nuestro canto un anatema,
Lluvia de fuego y huracán que arrase.

Ha de ser inmortal nuestro poema,
Que bien se expresa lo que bien se siente,
Y cuando la virtud es nuestro emblema,

Con la divina inspiración ardiente,
Como sagrada comunión del alma
Recibimos á Dios en nuestra mente.

Es hasta crimen el mirar con calma
Cómo el mal nos corroe y envenena,
Sabiendo que jamás logra la palma

El que se entrega al llanto y á la pena,
Y sí el que aplica con heroica mano
El hierro enrojecido á la gangrena.

¡Que ruede el mal desde la cumbre al llano,
Como el peñón por la centella herido;
Que huya á la luz del genio soberano,

Como al rayo de sol esclarecido,
La sombra corre á la caverna oscura
Donde el ave nocturna tiene el nido!

Así, ante Dios, Luzbel, que es la locura,
El odio y la soberbia, huyó al profundo,
Presa el alma de insólita pavura.

¿Es invencible el mal, y fué infecundo
El torrente de sangre que vertiera
En el Calvario el Redentor del mundo?

¡Ay! en el hondo afán que nos altera
Nos parece que al Tártaro lanzada
Será por Dios la humanidad entera.

Por viles apetitos impulsada,
Se precipita ciega en el abismo,
Sin levantar al cielo la mirada,

Enérvala fatal escepticismo.
Apagada su fe, fuerza divina
Que á los débiles lleva al heroismo,

Y del vicio en la copa cristalina
Bebe el veneno que traidor, callado
Entre misterio y sombras asesina.

¿Quién opone, al torrente desbordado
De la humana pasión, valla, ni coto,
Si al espíritu débil y angustiado

Agita fiero, cuando el cauce ha roto,
Como sacude la espantada tierra
La brusca convulsión del terremoto?

¿Y quién no desfallece en esta guerra,
Si al vislumbrar de lejos la esperanza,
Oscura nube el horizonte cierra,

Y á donde quiera que la planta avanza
Halla oculta la espina punzadora
Ó el lazo que le tiende la asechanza?

¿Quién al ver tanto mal no duda ó llora?
Feroz agita la incendiaria tea
En los campos la guerra asoladora,

Y en los ojos del hombre centellea
El odio vil, y del hermano el pecho
Busca el arma homicida en la pelea.

En ruinas todo está, todo deshecho:
Corrompida se vende la justicia,
La fuerza y el favor son el derecho,

La inocencia sucumbe á la malicia;
En tanto que en la plaza se alza el tajo
De Jesucristo el templo se desquicia;

El ocio vence al redentor trabajo,
Y ve el alma, transida de amargura,
El vicio arriba y la ignorancia abajo.

Para llegar el hombre hasta la altura
No vuela como el ave soberana,
Se arrastra cual reptil en la espesura,

Y convierte en infame cortesana
El lujo á la mujer, ángel bendito,
Mitad divina de la especie humana.

¡Poeta! combatamos el delito,
Y semejante nuestra voz al trueno
Retumbe en la extensión de lo infinito.

Todo vicio, aunque llegue al desenfreno,
Tiene alguna virtud que le combata,
Como tiene su antídoto el veneno;

Y si el bien es vencido, se desata
La cólera celeste y se desploma
Sobre el mal, como hirviente catarata,

Y llueve fuego en la procaz Sodoma,
Hace eriales de Nínive y Palmira
Y concentra los bárbaros en Roma.

Si nada ¡oh ciega humanidad! te inspira
El Cristo que en la cruz te abre los brazos
Y por tu amor en el tormento espira;

Si rotos ya de la virtud los lazos
Sin esperanza das al fatalismo
El triste corazón hecho pedazos;

¿Qué te aguarda, infeliz, sino el abismo?
Vuelve la vista á Dios, que Dios perdona
Y es su noble perdón otro bautismo.

Tú que buscas rastrero una corona,
Sabiendo que edificio mal labrado,
Del céfiro al soplar, se desmorona,

Con saciar tu ambición ¿qué habrás logrado
Si es el hombre un puñado de ceniza
Y el diamante carbón cristalizado?

Mujer que á tu hijo das madre postiza
Por conservar la efímera hermosura
Que provoca al placer ó escandaliza,

¿No ves que la belleza un soplo dura
Y que el hijo prolonga tu existencia
Y es tu sangre, tu ser, tu misma hechura?

Y tú que te entregaste á la licencia,
¿Puede ahogar el estruendo de la orgía
El grito acusador de la conciencia?

Imbécil muchedumbre, turba impía
Que del trabajo y la honradez al fruto
Ladras como famélica jauría,

Y la indomable condición del bruto
Tomas por libertad, por luz la hoguera
Y el mundo llenas de terror y luto;

Tirano que, en la sed que te exaspera
De dominar la tierra, airado clavas
En tus pueblos las garras de la fiera;

Juez al favor vendido, sacerdote
Que sacrílego manchas los altares,
¿Ya no teméis el vengador azote

De quien dió al firmamento luminares,
Lava al volcán, arenas al desierto
Y borrascosas olas á los mares?

Buscad el bien que de la vida es puerto
Y no os invadirá la podredumbre
Que devora insaciable cuanto ha muerto,

Ni caerá, como alud desde la cumbre
Sobre todo el que manche su memoria,
Rodando con inmensa pesadumbre
La maldición del cielo y de la historia.

31 diciembre 1877.

A MI QUERIDO AMIGO

NIÑO DE QUINCE AÑOS

JUAN ANTONIO CAVESTANY

CON MOTIVO DEL ESTRENO

DE SU MAGNÍFICO DRAMA

EL ESCLAVO DE SU CULPA

Ay! con cuánto furor, con cuánta pena
Miro sobre la escena
Donde vibró de Calderón la estrofa
Turba vil de procaces histriones
Con palabras y acciones
De lascivia, de escándalo y de mofa.

No es su burla, la burla que corrige
Y á los vicios aflige,
Ni el delicado juego del idioma;
Es el escarnio, el epigrama obsceno,
El torpe desenfreno
Que vengaron los bárbaros en Roma.

Se ha hecho indigno el poeta del Parnaso,
El cómico un payaso:
Entre los dos sus plácemes reparte
Un vulgo necio, y de diversos modos
Injurian entre todos
A la moral, á la razón y al arte.

Voy á buscar al patrio coliseo
El honesto recreo,
La escuela del honor y la cultura,
Y hallo la desnudez provocativa,
La sátira lasciva,
La danza muelle, el vicio y la locura.

Como para vengar bajeza tanta,
Osada se levanta
Con la espada flamígera desnuda
Otra escuela fatal que se extravía,
Pues le sirve de guía
La luz de fuego fatuo de la duda.

Y se goza en pintar desierto el cielo
Sin premio ni consuelo,
Ternura, honor, virtud, llantos y preces,
En erigir en Dios el fatalismo
Y con brutal cinismo
De la miseria en remover las heces.

Y el enervado público se inflama
Y alucinado llama
Virtud al mal, pasión al desenfreno.

Moralidad á la lascivia impura
Y genio á la locura
Armada del puñal y del veneno.

¿ Mas cruzo con el látigo estallante
Al grosero farsante
Que á gala tiene su procaz cinismo,
Ó al vulgo sin pudor que le tolera,
Y aplaude y vocifera
Excitado por torpe sensualismo?

¿ Dónde el Cervantes que con rudo azote
En un nuevo Quijote
Mate riendo la locura humana;
Dónde de Herrera el férvido entusiasmo,
De Quevedo el sarcasmo
Ó el formidable ariete de Quintana?

¿ Dónde el Sansón que el profanado templo,
Dejando eterno ejemplo,
Reduzca á polvo con hercúleos brazos,
Ó dónde el Cristo que al juglar inmundo
Arroje furibundo
De la mansión del arte á latigazos?

Lo ignoro; mas perdida la esperanza,
Virtud que á Dios avanza,
En mi labio la queja y el reproche
Y en el pecho la duda punzadora
Encuentro en ti la aurora
Que surge de las nieblas de la noche.

Quizás sea ilusión de mi cariño,
Pero al verte tan niño
Pisar con honra el español proscenio,
Al público sacar de su marasmo,
Excitar su entusiasmo
Con el poder magnético del genio,

Y ostentar el laurel sobre tu frente
Donde el sueño inocente
De la infancia feliz virgen anida,
Volver el arte á su grandeza he visto
Como á la voz de Cristo
Lázaro muerto retornó á la vida.

Diciembre, 1877.

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE POETA

D. GABRIEL GARCÍA TASSARA

LA POESÍA Y EL POETA

I

Ciega á los rayos de la luz del dia
La imbécil muchedumbre
Dice, Gabriel, que ha muerto la poesía,
Cual si pudiera el sol perder su lumbre,
Su canto el ave, el aura su gemido,
Su nieve la alta cumbre,
La flor su aroma y su calor el nido.

II

¿Acaso los instintos, las pasiones,
La fe y el amor tierno
Se han helado en los tristes corazones
Bajo la nieve de aterido invierno,

Y ya no tiene el corazón humano
El movimiento eterno
Y el ronco rebramar del Oceano?

III

¿Qué hay, pues, en el extático embeleso
De una dulce mirada?
¿Qué de la madre en el amante beso?
¿Qué en la trova que, oculta en la enramada,
Entona el ave al anunciar el día
La aurora sonrosada,
Sino belleza y celestial poesía?

IV

Existe en cuanto vive, en cuanto ha muerto
Sin que jamás sucumba.
Es pasmo en la grandeza del desierto,
Recuerdo en lo que ha sido ó se derrumba,
Fervor ante el altar del santuario,
Gran problema en la tumba,
Y doloroso drama en el calvario.

V

En tanto que los necios le hacen guerra,
El árbol carcomido
Bebe savia en el seno de la tierra,
La abeja hace su miel, el ave el nido;

En la noche, por verse en la laguna,
Asoma al monte erguido
El argentado disco de la luna;

VI

Sueñan las mariposas con las flores,
Con Dios los inocentes,
Las vírgenes con cándidos amores;
Arrostran por la gloria los valientes
Peligros mil en apartadas zonas,
Y al borde de las fuentes
Crece el laurel para tejer coronas.

VII

Tan grande es su valor que quien la niega
Ó la mira con mofa,
— No por maldad, por ignorancia ciega, —
Enmudece si el labio le apostrofa
Entonando el *Cantar de los cantares*
Ó tu viril estrofa
Rugiente cual las olas de los mares.

VIII

Un día llegará que, arrepentida,
Te aclame con anhelo
La sociedad ingrata que te olvida
Cómo á tu altura remontar el vuelo

La que es del goce terrenal esclava?
Tu reino está en el cielo,
Que el poeta empieza donde el hombre acaba!

IX

¡Su vida terrenal, lucha terrible!
Su sueño deseado
Á fuerza de ser grande es imposible;
La realidad le tiene encadenado,
Y aunque su mente lo infinito encierra
Se arrastra desalado
Sobre espinas y abrojos por la tierra.

X

¿Qué es en l mundo? Imagen del Quijote,
Virtud, gloria, heroísmo,
Siempre cayendo de la lanza al bote:
Locura, que es locura el idealismo,
¡Ay! en la tierra donde el premio alcanza
El grosero egoísmo,
Que representa al vulgo en Sancho Panza

XI

¡Triste poeta! si á la altura llega,
El huracán le azota,
La luz le abrasa, el resplandor le ciega;
Con fe persigue la verdad ignota,

Lucha impotente en la contienda ruda
Y al fin vacila, flota
Y rueda á los abismos de la duda.

XII

El no está donde vive; el ¡ay! profundo
Que le arranca su duelo
Parece que nos llega de otro mundo.
Y nunca encuentra á su dolor consuelo,
Porque es el malestar que su alma inquieta
La nostalgia del cielo;
Del cielo, que es la patria del poeta.

XIII

Le quema el mismo fuego que le inflama;
Sufrir es su destino
Al pintar las catástrofes del drama,
Los horribles tormentos de Ugolino,
Á Nerón, que es la hiena en el osario,
Al lascivo Tarquino
Ó á Dios, al mismo Dios en el Calvario.

XIV

Con ellos llora, ruge, cree, vacila,
Es débil, es atleta;
Sufre la convulsión de la Sibila;
Goza el místico arrobo del asceta;

Columbra la verdad en el delirio,
Locura de profeta,
Y ciñe la corona del martirio.

XV

Lleva, al par que en la frente la aureola,
En el alma el estrago,
¿Quién dijera que guarda la amapola
Que en los rastrojos mece el viento vago
En su encendido cáliz el veneno,
Y que es límpido el lago
Porque tiene en su fondo tanto cieno?

XVI

No envidiéis, no, su victoriosa palma;
La gana en una guerra
Que deja herida y desgarrada el alma.
¡Dichoso tú en la tumba que te encierra!
¡Ya tu cuerpo halló paz, tu alma consuelo!
¡Yo aun habito la tierra,
Pero mirando sin cesar al cielo!

10 abril, 1878.

Á S. A. R. LA INFANTA

DOÑA MERCEDES DE ORLEÁNS

CON MOTIVO DE SUS BODAS

De esmeraldas, diamantes y rubíes
Te ofrecerán espléndido atavío;
Y yo tan sólo lirios, alelíes,
Purpúreas rosas, campesinas flores
Aun bañadas de gotas de rocío,
Donde la luz se quiebra en más cambiantes,
Y vívidos colores
Que en ópalos, zafiros y diamantes.

En vez del esmaltado pebetero
Donde arde rica esencia, del romero
Que recogí en el monte y del tomillo
Te traigo un hacecillo,
Que te envuelva al arder en mil cendales
Perfumados y azules;
Que en medio de sus blandas espirales
Parecerás un ángel entre tules.

Y por ser aunque rica, muy pesada
Corona de oro de diamantes llena,
Traigo, para adornar tu sien nevada,
Una de verde mirto y de verbena
Por pastoriles manos fabricada.

Que la sonora trompa
Cante tu excelsitud y tu grandeza;
Yo, prescindiendo de la regia pompa,
En mi cantar sencillo,
Alabaré tu gracia y tu belleza,
Imitando en el tosco caramillo
El trino del pintado pajarillo
Que anida con su amada en la maleza.

Y en tanto que te diga mil primores
La muy pulida lira cortesana
Del trono, del poder y los honores,
Yo, la humilde aldeana,
Con ruda lengua te hablaré de amores;
Te diré lo que dice á la paloma
Al seguirla el pichón de loma en loma,
Lo que gime la ola en la ribera,
Lo que piensa la luna
De la mansa laguna
Donde su faz de plata reverbera;
Por qué el botón de oro
Abre la flor al beso de la aurora;
En dónde guarda el gnomo su tesoro;
Dónde nace la fuente bullidora;

Por qué busca el milano la alta sierra
Y el colorín pintado la espesura,
Y cómo, hinchada, rompe su clausura
La semilla en el seno de la tierra.

Y llegará mi voz hasta tu oído,
Blanda como el halago
Con que llega á la flor la onda del lago;
Más amante y más grata que el balido
De la tímida oveja,
Y más dulce y sentida que la queja
Que la paloma enamorada exhala
Batiendo triste y temblorosa el ala
Cuando su tierno amor el nido deja.

¡Y cantaré tu amor! Ama, querube;
El amor es la fuente de la vida,
Y todo á amar convida.
La creación es un cántico de amores
Que en cadencioso ritmo al cielo sube;
Ama la errante nube
El espacio en que flota y se dilata;
El espacio se enciende en mil fulgores
Á los besos del sol, que se retrata
Con amor en los lagos tembladores;
Á los lagos parece que se inclina
La ondulante colina
Para mirarse en líquidos espejos,
Y la estrella sus tímidos reflejos
Á otra estrella encamina
Que los suyos la manda desde lejos.

La crisálida se hace mariposa
Cuando el dardo de amor le aguijonea,
Sirviéndole de tálamo la rosa
Que en el erguido tallo se cimbrea;
Con retorcido pámpano se enlaza
La vid al olmo, que le presta arrimo
Y lasciva la abraza
Columpiando el dulcísimo racimo;
Es la cóncava gruta
Mansión de amores de la fiera hirsuta.
¿Pero, qué más, si hasta á las toscas piedras
De muros derruídos,
Amorosas se abrazan verdes yedras
Y van las aves á formar sus nidos?

¡Eres tan bella! Tiene tu mirada
Destellos del lucero de la tarde,
Sonrisas de la luz de la alborada,
Rayos del sol cuando en el zénit arde,
Según miras al triste acongojada,
Ó sueñas inocente
Ó sonríes de amor enajenada.
No cruzan por el cielo de tu frente
Las nubes borrascosas,
Sino esas nubecillas vagorosas
Que cuando toca el sol el horizonte
Se mecen en la cúspide del monte
Cual ramillete de carmíneas rosas.
Y será igual tu dicha á tu hermosura,
Si en el hogar sagrado
Cifras sólo tu bien y tu ventura;

Que es tanta su virtud que la amargura
Del triste corazón atribulado
Se trueca en él, en plácida dulzura.
¿Ser feliz quieres? Mira el avecilla
Con qué amoroso afán forma su nido:
El esparto, el granzón, la blanda arcilla
En el hueco del tronco carcomido
Une, enlaza y coloca
Trinando alegre y revolando loca;
Para dar á sus hijos blando lecho
Arráncase las plumas de su pecho
Que son todas sus galas;
¡Y después con qué gozo
De sus hijuelos mira el alborozo
É hinchándose los cubre con sus alas!

Ten de amor y virtud el alma henchida;
La virtud purifica los amores,
Y el amor es la esencia de la vida
Como la miel la esencia de las flores.

Sevilla, 1878.

LA POESÍA DEL HOGAR

A GRILO

CON MOTIVO DEL NACIMIENTO DE SU HIJA

MAGDALENA

I

Con respeto y amor tu hogar contemplo,
Que al encanto dulcísimo del nido
Une la augusta majestad del templo.

En él no atruena el mundanal ruïdo,
Ni el mefítico ambiente se respira
De este social pantano corrompido.

De tierna madre, que de amor delira
Por el ser de su ser, se escucha el canto,
Dulce como el acorde de tu lira,

Y el oprimido pecho se abre en tanto
Á un aire tibio y lleno del aroma
Que esparce en nubes el incienso santo.

Cual se esponja en el nido la paloma,
Las alas bate y cubre á su polluelo,
Que entre el plumaje la cabeza asoma,

Así Fuensanta, con amante anhelo,
De dicha tiembla, en su regazo hallando
Un ángel puro que bajó del cielo.

Ángel que al mundo despertó llorando,
Sintiendo la nostalgia de la gloria,
Y que, al tibio calor del seno blando,

Perdió en el primer sueño la memoria
De otra vida feliz, por ser con ella
Imposible esta vida transitoria.

Mas siempre deja en nuestras almas huella.
¿Quién no recuerda un sueño no soñado?
¡Ay, yo tengo recuerdos de una estrella!

II

Y tú, padre feliz, ¡cuán extasiado,
Cuán lleno de ternura y noble orgullo
Miras el ser á quien la vida has dado.

Agólpase á tus labios el murmullo
De la que fué olvidada tantos días,
Ternísima oración, á cuyo arrullo

En el regazo maternal dormías,
Y en sueños con los ángeles jugabas,
Y en un místico arrobo sonreías.

Si en la tierra algo célico buscabas,
Ya tienen realidad las ilusiones
Que en quiméricos sueños te forjabas;

Has visto que, del mundo en las pasiones,
Suele la misma mano que acaricia
Desgarrar nuestros tristes corazones,

Y buscas el encanto y la delicia
Del hijo tierno en la primer mirada,
Que en misterios del cielo nos inicia.

Cuando en su blanca cuna perfumada
Tu Magdalena en ti fija los ojos
Donde brilla la luz de una alborada,

¿No es cierto, di, que el mundo te da enojos,
Que cayendo en extático embeleso,
Están los tuyos por el llanto rojos,

Y que, de amor en el febril acceso,
Dieras hasta tu gloria de poeta,
Que vale un mundo, por lograr un beso?

III

Con invisibles lazos nos sujeta
El hijo á nuestro hogar; le da armonía,
Lo alumbra, lo perfume y lo completa.

Ante su faz, radiante de alegría,
Huye el dolor que nos devora y mata,
Como la sombra ante la luz del día.

Nuestra madre en su rostro se retrata;
Es de dos seres la divina esencia;
Nuestro ser que en el tiempo se dilata;

Nos habla como Dios en la conciencia;
Al par que á las virtudes nos convierte,
Nos toma por su augusta providencia,

Y nos presta el poder del hombre fuerte,
Que, haciendo un sacerdocio de la vida,
Aspira á hallar el cielo tras la muerte.

IV

Mira á tu Magdalena; está dormida:
En la flor de granado de su boca
Guarda la miel que al beso te convida,

Como al beso asímismo te provoca
El terciopelo de su faz nevada,
Que aromatiza al labio que lo toca.

Por la vena ligera y azulada
Que serpea en su frente de querube
Corre la sangre de tu esposa amada,

Con la que ardiendo á tu cerebro sube,
Para encender la luminosa idea,
Que surge como el rayo de la nube.

¿Qué fulgor en su cuna centellea?
¡Ah, los ojos abrió! Los labios mueve...
¡Quizás tu nombre en sueños balbucea!...

V

El nebuloso otoño vendrá en breve
Á aniquilar la herencia del estío,
Que el triste invierno enterrará en la nieve;

Y ya se finge el pensamiento mío
En tu modesto hogar risueña escena
En las noches de escarcha, y viento y frío.

Dormirá sonriendo Magdalena,
Tranquila, sin que cruce sombra alguna
Por su frente que envidia la azucena;

Fuensanta bordará junto á la cuna,
Y, anudado el suspiro en la garganta,
Bendecirá, al miraros, su fortuna.

Tú entonces, al pintar la escena santa,
Los ojos llevarás con embeleso
De la cuna á los ojos de Fuensanta,

Y uno y otro, de amor en un acceso,
Iréis hacia la cuna con vehemencia,
Y se verán fundidos en un beso
El *Genio,* la *Virtud* y la *Inocencia.*

Madrid, agosto del 78.

TEMPESTADES

Á MI QUERIDO AMIGO Y MAESTRO

EL INSIGNE POETA

DON MANUEL CAÑETE

I

Como produce estancamiento insano,
Si es duradera, la apacible calma,
Amo la tempestad embravecida,
Que esparce los efluvios de la vida
Al romper en los cielos ó en el alma.

II

El rugiente Oceano,
Cuando lo azotan roncos vendavales,
Se corona magnífico de espumas,
Cuaja en su seno perlas y corales
Y vida emana levantando brumas.

El pantano sereno,
Traidor oculto bajo verde lama,
Asilo es del reptil y forma el cieno,
Que, impalpable, mortífero veneno
Por la tranquila atmósfera derrama.

III

Cuando se tiende, como negro manto,
En el azul fluido,
Espesa nube, produciendo espanto,
Súbito el rayo rásgala encendido,
Resuena conmoción atronadora,
Y el nublado espantoso, estremecido,
En lluvia se deshace bienhechora.

IV

Cuando chocan las nubes en la mente,
Vibra y relampaguea,
Como rayo fulgente,
La luminosa idea,
Con voz de trueno la palabra brota,
Y el nublado iracundo
Va cayendo deshecho gota á gota
En lluvia de verdades sobre el mundo.

V

En el fondo del mal el bien palpita;
El ánimo enervado en los placeres
Cobra en la adversidad fuerza infinita,

Y en el laboratorio de los seres
Todo aquello que ha muerto resucita.
La tormenta es presagio de bonanza;
Del desengaño nace la experiencia;
De la duda la ciencia,
Y del triste infortunio la esperanza.
Un espinoso arbusto da la rosa;
Sale volando de la larva inerte,
Como una alada flor, la mariposa;
Brilla el iris en nube ennegrecida,
Y bullen en el seno de la muerte
Los gérmenes fecundos de la vida.

VI

La gloria es grande, si la lucha fuerte;
La estatua á golpe de cincel se labra;
La tierra con el hierro del arado,
Y el error viene á tierra desplomado
Al golpe inmaterial de la palabra.
El seno se desgarra al nacimiento;
La religión se prueba en el martirio;
La virtud es combate turbulento;
El genio tempestad, fiebre, delirio.
Al soplo del *simún* crecen las palmas;
Surgen de las borrascas las centellas,
Del incendio del caos las estrellas,
Y el amor del incendio de las almas!

Madrid, diciembre del 78.

Á LA INUNDACIÓN

DE LAS

PROVINCIAS DE LEVANTE

I

IDILIO

No acaba allí jamás la primavera :
El cierzo se entumece
Al dar en la cercana cordillera,
Y templado del sol en los fulgores,
Al llegar á los valles se adormece
Sobre un lecho de espigas y de flores.

Es aquel un jardín todo armonía :
Canta el jilguero en la floresta umbría,
La codorniz entre la mies granada,
Tierna arrulla la tórtola cuitada,
De pino en pino errante,
Y, al trémulo fulgor de las estrellas,

El ruiseñor amante
Entona sus dulcísimas querellas.

Descienden de las lomas por la falda
Formados en hileras, los olivos,
Las cepas retorciendo su guirnalda
Y de las mieses las movibles olas,
Un tiempo del color de la esmeralda,
De oro luego y cuajadas de amapolas.

En el lejano monte,
Que limita el clarísimo horizonte,
La trepadora cabra ramonea,
La vaca muge, bala el corderillo,
Y el céfiro que orea
La salvia, y el cantueso y el tomillo,
Baja lleno de aromas á la aldea.

De las altas montañas
Á la cañada umbrosa,
Donde crece la inculta zarza-rosa,
Entre juncias, y mimbres y espadañas,
Viene, sangrado por la acequia, el río :
Sauces, fresnos, acacias, cañizales
Sobre él extienden pabellón sombrío,
Retratándose al par en sus cristales,
Y él corre ledo y manso,
Y dibuja en el valle extraña greca,
Cubierto en el remanso
De verdes ovas y hojarasca seca.

Es la huerta murciana un paraiso
Que el agua del Segura fertiliza.
El arroz, que se cría en los pantanos,
Y la fresca hortaliza,
Se entremezclan con guindos y manzanos;
La morera sus hojas da á la oruga
Para que labre el hilo de la seda
Que adorna á la mujer que nos subyuga,
Y forman espesísima alameda,
Y almácigas frondosas y viveros,
Membrillos y granados á millares
Y naranjos y verdes limoneros,
Siempre llenos de frutos y azahares.

¡Oh, qué noches allí las del estío!
Rutilan, cual los astros en la altura,
Gusanillos de luz en la espesura,
Y al par que corre murmurando el río,
Tañe el huertano alegre la guitarra,
De su albergue al umbral, bajo la parra,
Cuajada de racimos y caireles,
Y canta, y nos recuerda al sarraceno,
Que en aquel valle ameno
Tuvo zambras, combates, y verjeles.

¿Quién goza del colono la ventura?
Tiene aire puro y estrellado cielo,
Aguas que rieguen el fecundo suelo,
Buen hogar, rico apero de labranza,
En la bodega y en la troj la hartura,
Un huerto, en el que cifra su esperanza,

Que su verdor retrata en el Segura,
Y no va más allá su pensamiento
De la mujer á quien rendido adora,
Murciana bella entre andaluza y mora,
De piel tostada por el sol y el viento,
De dulces labios rojos,
De talle que á la palma desafía,
Y de ojos negros, de rasgados ojos
Con más fuego que el sol de Andalucía.

II

ELEGÍA

Se han dormido en la huerta sin recelo.
Sueña el trabajador con sus labores,
La madre con el hijo, que es su anhelo;
La virgen con purísimos amores,
Y el niño con los ángeles del cielo.

¡Que horrible despertar! Sordo bramido
Se escucha lejos, y se acerca, y crece,
Y uniéndose del trueno al estampido,
Retumba con fragor tan furibundo,
Que á la atónita gente le parece
Que estalla el cielo y se desquicia el mundo.

Es ¡ay! que aquel nublado
Que el sol poniente coloró de grana,
Y que bendijo el hombre alborozado,

Diciendo alegre : « ¡ Lloverá mañana ! »,
En lluvia torrencial rompió en la altura,
Bajó á los montes y ensanchó al Segura,
Que se derrumba rápido hacia el llano.
¿ Quién contendrá su empuje soberano?
Por barrancos y ramblas se despeña,
Arrasa el robledal, salta la breña,
Llega el dique á romper, la vega inunda
Y es aluvión, torrente y catarata,
Que corre, y ruge, y atropella y mata
Con la fuerza iracunda
De turbulento mar que se desata.

¡ Qué horror ! ¡ qué lobreguez ! ¡ qué noche aquella !
En el valle, de un mar el desenfreno,
Y en el cielo, cerrado, ni una estrella;
¡ El rayo, que habla con la voz del trueno !
Ciega, desnuda, del hogar se lanza
Pavorida la triste muchedumbre;
Mas el torrente rebramando avanza,
Y muere quien no alcanza
El árbol, la colina ó la techumbre.
Pero no hay salvación; rebasa el río
La cumbre de la loma,
Arrastra el árbol con pujante brío,
Y al golpe cruel, con que el cimiento ataca,
El muro cede, el techo se desploma,
Y se hunde retemblando la barraca.

Halla el hombre las fuerzas del atleta,
Y lucha hasta morir. — ¡ Pobre hijo mío ! —

Clama la madre; al corazón aprieta
Al tierno niño, loca, desolada,
Y cuando ya donde pisar no tiene,
Y las aguas la cubren, ¡casi ahogada,
Sobre el río en sus brazos le sostiene!
Ve aquí el amante á la doncella hermosa
Hundirse en el hirviente remolino;
Allí luchan sin tino
El hijo por la madre cariñosa,
Y el triste esposo por la amada esposa;
Y el raudo torbellino
Arrollándolos pasa,
Y el árbol, y la casa,
El apero y la rueda del molino,
El ganado y mil seres miserables,
Todo, arrastrado en colosal balumba,
Corre á encontrar su tumba
Del mar en los abismos insondables.

En la comarca amena,
De alegres pueblos y sembrados llena,
El tremendo aluvión lo arrasa todo,
Tras sí dejando pestilente lodo,
Duros guijarros é infecunda arena.

Y alumbra, sonriente, la alborada,
Aquí el pueblo desierto,
Allá el cadáver yerto,
La huerta feracísima talada,
El hogar, tan amado, derruído,
Y á inmensa multitud que grita y nada,

Ó lucha y muere, ó corre desalada,
¡Ay, como el ave que perdió su nido!

III

CÁNTICO

¿Quién, comarca infeliz, tu triste suerte
En venturosa á convertir alcanza?
Ese lúgubre espectro que á ti avanza,
Es la miseria hermana de la muerte.
Pero no temas, no; cobra esperanza;
Mira la Caridad, cómo abandona,
Con un nimbo de estrellas por corona,
Su trono de la altura,
Y vuela á remediar tu desventura,
Trayendo entre sus manos un tesoro,
En el labio las mieles del consuelo,
Y llorando á la par que enjuga el lloro.

Más que tú triste, quien llorar no sabe,
Ni mitigar del desdichado el duelo:
Que el alma sin piedad, es como un ave
Sin alas ¡ay! para subir al cielo.

Pero, ¿qué corazón habrá tan duro,
Que en sollozos tristísimos no estalle?
¿Qué grito de rencor que no se acalle?
¿Qué mano tan cerrada,
Qué á ti no se abra y tienda

Con la piadosa ofrenda,
En raudales de lágrimas bañada?

Á tu horrible alarido,
Como á la voz de mágico conjuro,
Un eco en cada pecho ha respondido.
La discordia civil templa su saña;
É impulsada de un mismo sentimiento,
La nación en tu duelo te acompaña;
Que, ante el dolor, un solo pensamiento,
Un corazón tan sólo tiene España.

Nadie de lo que da forma inventario,
Ni en limites estrechos se sujeta:
Abierta tiene el arca el millonario;
Da el obrero su abrigo y su salario;
El alma, con sus versos, el poeta;
La mejor perla del joyel, la dama
— Perla que menos al lucir subyuga
Que las benditas que al llorar derrama; —
La ropa de sus hijos, tierna madre;
El huérfano hasta el lienzo donde enjuga
Las lágrimas que vierte por su padre:
Y llanto y caridad, todo lo mueve
Une palanca inmensa:
Poder, y voz, y luz, la noble prensa,
¡El Hércules del siglo diez y nueve!

Madrid, noviembre 1879.

Á MURILLO

I

Los dulces tonos con que apunta el día
Del campo florecido los colores,
Los vívidos cambiantes y fulgores
En que quiebra á la luz la pedrería,
Todo cuanto es matiz, destello ó brillo,
Hasta el sol de la hermosa Andalucía,
Resplandece en los lienzos de Murillo.

En ellos interpreta
El humano ó divino sentimiento,
Con la luz, con la fe, con el aliento
Del pintor, del cristiano y del poeta.

Los sórdidos afanes del impío;
Los místicos arrobos del asceta;
La profunda mirada del profeta
Buscando el porvenir en el vacío;
La santa caridad consoladora
Cayendo como lluvia de rocío

Sobre quien sufre y resignado implora;
La fe que ciega á lo infinito avanza;
El torvo mal que se arrepiente y llora;
El plácido soñar de la esperanza,
Todo trocóse en luz bajo la mano
Del pintor peregrino,
Que unió á lo sumo del talento humano
La célica intuición de lo divino.

II

Aquí Moisés, cuando de estéril roca
Hace brotar el agua cristalina
Y la insensata rebelión sofoca
De aquella plebe tornadiza y loca,
Que en un punto le ensalza, le acrimina,
Le bendice, le tiembla y le provoca.
Allá el Dios-Niño, débil, sonriente,
Sin otra majestad que la hermosura,
Tan sólo omnipotente
Por la gracia, el candor y la ternura;
Y los querubes que, entre luz fulgente
Y con la casta desnudez por galas,
Ascienden á la altura
Escudando á la Virgen con las alas.

III

Nadie, nadie cual él pintó á María,
La mística azucena,
La fuente del amor y la poesía;

La que las olas de la mar enfrena,
El poder de los rayos desafía
Y el huracán indómito encadena;
La que recuerda al alma extraviada
Los besos maternales
Y la oración dulcísima olvidada.
La que vierte el rocío en el sembrado
Y llena de racimos los parrales,
De espigas los trigales,
Y de flores innúmeras el prado;
La que, de blanca túnica vestida,
El manto azul al aire desplegado,
La cabellera en ondas esparcida,
Y en un cerco de soles la cabeza,
Lleva, al tender á lo infinito el vuelo,
En la frente nevada la pureza,
En los labios las mieles del consuelo,
En el pecho un tesoro de terneza,
Y en la mirada el esplendor del cielo.

IV

Pintaba lo ideal. Genio profundo,
Comprendía que el arte soberano
Es el que sueña; porque el sueño vano
Es la más grande realidad del mundo.
Lo ignoto, lo impalpable, lo invisible,
Son lo bello, lo fuerte y lo fecundo.
Llena el orbe la luz, que es intangible;
El aroma embriaga y envenena;
Sofoca el humo, y el sonido atruena;

La llama abrasa; el huracán es fuerte,
Y el mar al mundo de terrores llena
Si, irritado, en espumas se convierte.

Así el alma también. ¿Qué es lo sentido
Dónde está lo soñado?
¿Quién no prefiere el porvenir fingido
Á los recuerdos del placer gozado,
Y á la verdad de un bien ya conocido
La ilusión de un misterio idealizado?
Humo es la gloria; luz el pensamiento;
El bien, perfume; los recuerdos, bruma;
Nube la pena; la esperanza, viento;
Sombra la dicha, y la pasión, espuma.
¡Ay! que no es más, en suma,
Cuanto al mundo conmueve,
Y arrebata, y asombra,
Cuanto á los hombres, á lo grande mueve,
Que humo, viento, perfume, espuma y sombra.

V

Sueñe el artista, pues, con noble empeño:
El pensamiento humano,
Ni aun de las ciencias penetró en lo arcano
Sin las alas quiméricas del sueño.
Sueña Francklin, y atrae las centellas;
Sueña Wat, y el vapor se hace fecundo;
Sueña Newton, y fija las estrellas;
Sueña Colón, y se engrandece el mundo.

Madrid, 3 de abril de 1882.

Á LA MUERTE

DE

D. JOSÉ MORENO NIETO [1]

I

PASÓ por la sociedad
Con la pobreza por cruz,
La mente llena de luz
Y el corazón de bondad.
¡Cuántos hoy en orfandad!
Llora el artista al hermano,
La religión al cristiano,
La cátedra al profesor,
La tribuna al orador
Y la patria al ciudadano.

Nada que iguale al pesar
De este Centro del saber,

(1) Leída en la sesión solemne que, á la memoria de hombre tan estimable, se verificó en el Ateneo.

Que fué su amor, su placer,
Su templo, casi su hogar.
¿Quién le dejó de admirar
Y de amarle, si le oyó?
¿Quién del sabio no aprendió?
¡Cuánta ciencia que aquí brilla
Es fruto de la semilla
Que su palabra sembró!

¡Qué blasfema el ateismo!
¡Qué amenaza la anarquía!
¡Qué hunde en lodo á la poesía
El procaz naturalismo!
¡Qué maldice el pesimismo!
¡Qué todo es horror y duelo!...
¿Qué importa? Reine el consuelo.
Su voz, que al bien rinde palmas,
Va á caer sobre las almas
Como rocío del cielo.

Pálido y baja la frente,
Su habla surge armonïosa,
Sollozante y temblorosa
Como el raudal de una fuente.
Corre y se trueca en torrente,
Y en catarata y turbión;
Sus miradas rayos son;
Se crece, el recinto llena,
Y sacude la melena
Y ruge como el león.

Es que al buscar la verdad
En vigor trueca el desmayo,
Que la verdad, como el rayo,
Fulgura en la tempestad.
La zozobra desechad
Si tal vez abate el vuelo;
¡Aunque se incline hacia el suelo
La antorcha que el fuego inflama,
Se alzará siempre la llama
Buscando trémula el cielo!

Dejadle que se remonte
Aun más allá de la nube.
¡Cuánto más alto se sube,
Más se agranda el horizonte!
¡Dejadle que al sol afronte!
Sólo la ruindad traidora
Prefiere, pues bajo mora,
Lo que arraiga á lo que vuela,
El quieto mar que se hiela
Al que lucha y se evapora.

Su voz parece que estalla
En ese azul transparente,
Que es vía para el creyente,
Para el ateo muralla;
Y allí, en las alturas, halla,
No el grito de maldición,
Ni la sorda imprecación,
Ni la carcajada impía,

Sino la dulce armonía
Del himno y de la oración.

Su palabra no produce
Humo sólo y vano ruido,
Cual verde leño encendido
Que ni calienta ni luce.
Es amor que al bien induce,
Arte que obliga á admirar,
Ternura que hace llorar
Arranque que hace temer,
Persuasión que hace creer
Y ciencia que hace pensar.

II

Mas ¡ay! que todo es soñado,
Y al despertar siento el frío
Que hay en el nido vacío
Ó en el templo abandonado.
¡Cayó el atleta esforzado,
Luchando por lo ideal;
El que con fe celestial
Rompía la sombra espesa,
Como la luz atraviesa
Por el agua y el cristal!

¿Qué será aquí sin tu aliento
De la Fe, muriente brasa,
Que hoy no luce si no pasa
Por ella un soplo de viento?

Vivirá sólo un momento,
Cual planta que á germinar
Llega en impropio lugar
Y se agosta sin dar flor,
Falta de riego, calor
Y tierra donde arraigar.

¡Ay, cuánto nos arrebata,
Con tu vida, la fortuna,
Contigo desde la cuna,
Á más de ciega, insensata!
¡Oh, qué vida tan ingrata
Te hizo la infame vivir!
¡Tanto debiste sufrir
Y tanto á solas llorar,
Que tal vez al espirar
Te alegrabas de morir!

Arrastrándose subía
Á donde tú con las alas
La ineptitud, que tus galas
Te robaba y se vestía.
Tu virtud se detenía
Ante el logro cortesano,
Cual la fuente que en el llano
Embebe la linfa pura,
Por no perder su dulzura
En el cieno del pantano.

Artista, sufriste el yugo
De esa crítica grosera,

Que se vende cual ramera
Y azota como verdugo.
Con tu llanto amargó el jugo
Que te brindó en su festín;
De tu ciencia hizo botín,
Te llenó el alma de dudas,
Y te besó como Judas,
Y te hirió como Caín.

Combatías á la vez,
Amigo, con el ingrato,
Sabio, con el insensato,
Sencillo, con la doblez:
Te estrechaba la escasez
Y te mordía el rencor,
Y tú, entre tanto dolor,
Gozabas en perdonar,
En bendecir y en sembrar
Las semillas del amor.

III

En las horas de amargura,
¡Con qué afán recordarías
La niñez, las alegrías
De tu hogar de Extremadura!
¡La inocente travesura,
La infantil animación,
Del campo la seducción,
La ternura sobrehumana

De aquella madre cristiana
Que te formó el corazón!

Y después la edad hermosa,
Cuando, naciendo al amor,
El capullo se hace flor
Y la ninfa mariposa.
Edad para ti dichosa,
En que, abrasado en deseos,
Alternabas los recreos
Y fatigas del trabajo
Con excursiones al Tajo
Y amorosos devaneos.

En Toledo la Imperial
Tu corazón y tu mente
Bebieron con sed ardiente
En artístico raudal.
Que allí la ojiva ideal
Con la greca pompeyana;
Junto á la ninfa pagana
La bizantina escultura,
Y la arábiga escritura
Con la leyenda cristiana.

Ó bien, con ansia febril,
Te acosaban las memorias
De aquella ciudad de glorias,
Tan llorada por Boabdil.
De la que en Darro y Genil
Retratada al par se mira;

Donde aun la guzla suspira
Á compás del ruiseñor,
Y duerme amenazador
El volcán de Sierra-Elvira.

Allí, los cerros bermejos,
La Alhambra, el Generalife,
Donde agotó el alarife
Los mármoles y azulejos;
Allá la vega; más lejos
La nevada serranía;
Aquí la alameda umbría,
Pájaros, fuentes y flores,
¡Todo bañado en colores
Por el sol de Andalucía!

Y evocabas la era grata
En que hollaban los corceles
La cuesta de los Gomeles
Con herraduras de plata;
Y la dulce serenata
Que á la odalisca recrea,
Y da celos á la hebrea
Que mira al Abencerraje
Tras los pretiles de encaje
De la oriental azotea.

Ora aquel tiempo de luz
En que Isabel la inmortal
Atravesaba el Real
Rigiendo un potro andaluz.

Feliz tiempo, en que la Cruz,
De nuestra patria sostén,
Después de lograr el bien
De abrazar á España entera,
Buscó otro mundo en la esfera
Para abrazarlo también.

IV

Cuando en medio del dolor
Soñabas ¡ay! de esta suerte,
Vino callada la muerte
Á darte sueño mejor.
Se inclinó á ti con amor,
Y tú, sintiendo á la par
Algo de dicha y pesar,
Rompiste en dulce gemido,
Y te quedaste dormido
Para nunca despertar.

¿Cómo hallar la honda expresión
Que pinte nuestro quebranto,
Ciegos los ojos de llanto
Y nublada la razón?
¿Y cómo, si el corazón,
Avaro del sentimiento
Que le hace latir violento,
Lo guarda, cual si temiera
Que, al estallar, se perdiera
Como perfume en el viento?

Son las voces desgarradas
Propias de falsos afanes,
Nubarrones y huracanes
Sin las lluvias deseadas.
Las penas, al ser cantadas
Y dejar su cautiverio,
Pierden del alma el imperio;
Que el verdadero dolor
Oficia, como el amor,
En el altar del misterio.

¡Adiós! ¡adiós! ¿Con el mundo,
Qué porvenir se te cierra?
¡Cuando no es polvo la tierra,
Es peor, es barro inmundo!
De lo ignoto en lo profundo
Está el raudal del consuelo;
Y mitiga nuestro duelo
El saber que tienes alas,
Y que las tiendes y escalas
Las altitudes del Cielo.

Madrid, 4 de marzo de 1882.

EL TRABAJO

I

Cuando el *fiat* de la nada
Salir hizo el Universo,
Y á un soplo de Dios los seres
En la tierra aparecieron,

Á la fuerza poderosa
Del instinto obedeciendo,
El águila, al sol mirando,
Salvó las nubes de un vuelo;

Encrespada la melena,
Corrió el león al desierto,
El jabalí á la montaña,
Y la gamuza á los hielos;

El pez surcó el Oceano,
Perseguido y persiguiendo;
Púsose astuto el raposo
Bajo el zarzal en acecho;

La hormiga labró sus trojes
Y comenzó su acarreo;
La abeja voló zumbando
Hacia la flor del romero,

Y arrancándose la alondra
Sedosas plumas del pecho,
Bajo la grama hizo el nido
Y se alzó, cantando, al cielo.

II

Á poco, con limo blando
Fué modelado un ser nuevo,
Que por débil é ignorante,
Los demás escarnecieron.

Miró hacia el sol, deslumbróse;
Corrió, faltóle el aliento;
Probó un fruto, le halló amargo;
Fué hacia otros seres, le huyeron;

Bajó al llano, se hundió en lodo;
Subió al monte, le hirió el hielo;
Se guareció en una cueva,
Y las fieras le embistieron;

Hasta que, al cabo, rendido
Y espantado, cayó al suelo
Con el caos en la mente
Y la congoja en el pecho.

¡Oh, cómo entonces cambiara
Por los músculos de acero
Del tigre y de la pantera
Los de sus débiles miembros;

Por la hirsuta piel del oso,
La suya, que helaba el cierzo;
Su carrera fatigosa,
Por la rápida del ciervo,

Su inteligencia dormida,
Por el instinto certero,
Y sus brazos, por las alas
De los halcones soberbios!

III

Confuso y anonadado
Permaneció largo tiempo,
El suspiro en la garganta,
De llanto los ojos llenos

Y su faz entristecida,
Absorto, copiada viendo
De una fuente rumorosa
En el tembloroso espejo;

Cuando obligáronle, á un punto,
Á alzar la vista á los cielos
La fúlgida luz del rayo
Y el estampido del trueno.

Y al ver que los seres todos
Horrorizados huyeron,
En tanto que él contemplaba,
Alta la frente y sereno,

Cómo las nubes corrían
Impulsadas por el viento,
Y cómo se desgarraban
En pabellones de fuego,

Rompió en un grito salvaje
De entusiasmo y de contento;
Grito que fué la plegaria
Primera que oyó el Eterno.

IV

Ante el rayo despertóse
El humano pensamiento,
Ave audaz que á lo infinito
Se lanzó del primer vuelo.

Y, desde aquel punto, el hombre
Tuvo á los seres por siervos,
Por esclava la materia,
Y la inmensidad por templo.

Albergue buscó en la gruta,
Vistió su desnudo cuerpo,
Armóse y venció á la fiera,
Robó la lumbre al incendio.

Apacentó los rebaños,
La tienda alzó en los desiertos,
Amasó la blanda arcilla,
Tramó la red, forjó el hierro,

Y surcó las bravas olas
De los mares con el remo,
La tierra con el arado,
Y con la mente los cielos.

V

De entonces nada resiste
Á sus trabajos de Anteo,
Y á la verdad y á la dicha
Va de progreso en progreso.

Ayer mirando á la altura,
El campesino caldeo
Daba á los astros los nombres
De sus ganados y aperos;

El marino recorría
Los mares sin rumbo cierto,
Á merced del oleaje
Las corrientes y los vientos;

Una cordillera, un bosque
Enmarañado y espeso,
Eran muros que encerraban
Al hombre en límite estrecho;

Siendo su ciencia el absurdo,
Y su culto el sacrilegio,
Y la memoria su libro,
Y la fuerza su derecho.

Hoy mide y pesa los astros,
Conoce sus derroteros,
Analiza su materia
Y descubre sus misterios.

Con la brújula por guía,
Surca los mares soberbios
Tan seguro como el ave
La región del firmamento;

Mina las altas montañas
Con la pólvora y el hierro;
Salva el abismo con puentes;
Hace de un istmo un estrecho,

Y por un hilo de alambre
Trasmite su pensamiento,
Con la rapidez del rayo,
De un continente al opuesto.

VI

El trabajo es ley forzosa;
Todos los hombres obreros;
Éste que guía un rebaño,
Aquél que gobierna un pueblo;

Lo mismo el que ara la tierra
Que el que interroga á los cielos;
El que piensa, y el que imprime
En el libro el pensamiento.

¡Bendito el trabajo sea;
Fuente de paz y consuelo.
Nobleza de los humildes,
Y de los malvados freno!

Él dió á conocer á Newton
Las leyes del firmamento,
Y la carrera del globo
Al insigne Galileo;

Él dió á Guttenberg la idea
De inmortalizar el *verbo,*
Y entregó á Franklin el rayo,
Y á Colón un mundo nuevo;

Y él, en fin, prestando fuerza,
Constancia y luz á los genios,
Levantó las catedrales,
Dictóle estrofas á Homero,

Esculpió el mármol con Fidias,
Pulsó la lira de Orfeo,
Con Velázquez pintó al hombre,
Y con Murillo los cielos.

Madrid, junio de 1882.

CARTA JOCO-SERIA

AL EMINENTE POETA,
EGREGIO NOVELADOR,
Y ACADÉMICO PRECLARO
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

Aranjuez, corriendo el día
De tu santo y tu patrón,
Año ochenta y tres del siglo
De las luces y el vapor.

Aunque este romance afrente
Á los que al Cid Campeador
Hizo la homérica musa
Del noble pueblo español;

Convencido de que en prosa
Escribiría peor,
En verso y á vuela pluma
Voy á escribirte, Alarcón.

Y por no causarte enfado
Con el obligado « *Dios*
Te dé cien días cual éste, »
Haré de fe profesión.

Te abrazo de pensamiento;
No cual la hiedra, traidor,
Para robarte la savia
Y alcanzar tu elevación;

Que no ambiciono más gloria,
En mis ensueños de autor,
Que espejo ser de la tuya
Cual lo es la fuente del sol.

Y esto al decir, ni te adulo
Ni en ti busco adulador;
Que es humo, al cabo, el incienso
Que causa sofocación,

Y la miel de la lisonja,
La baba del caracol,
Que, al querer lustrar, marchita
Los pétalos de la flor.

Tú eres en el arte un astro
De vívida luz, y yo,
Luciérnaga que en la noche
Lanza tenue resplandor.

Cada huella de tu paso
Es inmortal inscripción,
Mientras que borra el olvido
Las huellas que dejo en pos.

Las cien trompas de la Fama
Tienen ya ronca la voz
De ir pregonando tu nombre
Del mundo por la extensión;

Mi nombre oscuro, hasta ahora
Otro eco no repitió
Que el de algún clarinetillo
Cascado y disfamador.

Tú marchas sobre la tierra
Con paso seguro; yo,
Inquieto como el azogue,
Voy de salto en tropezón.

Para combatir me faltan
Fuerza, constancia y valor;
Tú, en cambio, más rejo tienes
Y más puños que Sansón.

Yo soy avecilla muda;
Tú, canoro ruiseñor;
Sólo en no tener dinero
Nos parecemos los dos;

Mas ni en eso, ¡vive Cristo!
Que tan miserable estoy,
Que por muy poco que tengas,
Has de tener más que yo.

Mas no queriendo que digas
Que me pongo en lo peor,
Te haré de mis buenas prendas
Minuciosa relación.

Soy poeta; mas no ahueco.
Como otros muchos, la voz,
Queriendo pasar por cisne,
Siendo pobre moscardón;

Ni soy de aquellos que quitan
Al vuelo todo valor,
Y se arrastran por el fango
Para hallar la inspiración.

No busco prestado brillo
Para dar más resplandor,
Ni igualar pretendo al genio
Traspasando la razón.

No quito al hombre consuelos
Para aumentar su dolor,
Ni por mirar al enigma
Le vuelvo la espalda á Dios.

No soy de aquellos que atacan
Á su patria y religión,
Hijos viles que golpean
El pecho que les nutrió;

Ni de mis versos trasciende
El punzante mal olor
De aquellos que llevan muerto
En el pecho el corazón.

En más tengo al gusanillo
Que, echando de flor á flor
Tenues hebrillas de plata,
Se mece tranquilo al sol,

Que al animal sanguinario,
Ya reine como el león,
Ya tenga el vuelo incansable
Del águila ó del condor.

De cuanto existe, tan sólo
Del musgo envidioso estoy,
Y es porque tiene bastante
Para saciar su ambición,

Con un asiento en la peña,
Un soplo de aire al albor,
Una gota de rocío
Y una mirada del sol.

Son amar y ser amado
Mi ventura y mi ilusión:
Todo, amando, lo resuelvo,
Que las almas sin amor,

Aunque se precien de grandes
Y de levantadas, son
Como cielos sin estrellas,
Ó como altares sin Dios.

Con Él te queda, y Él haga,
Amigo del corazón,
Que en la Fama vivas tanto
Como en el olvido yo.

APUNTES DE NOCHE-BUENA

Á MI QUERIDO AMIGO

JUAN LÓPEZ VALDEMORO

I

EL INVIERNO

I

Tan sólo aquello que entristece ó daña
Con vida y fuerza en el invierno frío,
El ciprés, el abrojo y la cizaña.

Seco está el bosque y el nidal vacío,
La fuente pura convertida en hielo,
Muda la alondra, desbordado el río;

Y para colmo de tristeza y duelo,
El viento ruge, brama el Oceano,
Y en lluvia y rayos se desata el cielo.

II

Pero no haya temor que al aldeano
La fiera tempestad ate ó restriña;
Llueva ó granice, desparrama el grano,

Poda el verde olivar, cava la viña,
En la almazara prensa la aceituna
Ó ara de sol á sol en la campiña.

III

En las noches clarísimas de luna,
Rompiendo el hielo, al chapuzar osado,
Grazna el pato silvestre en la laguna,

Y de clima remoto y agostado,
De grullas llega innúmera bandada
Á saciar su apetito en el sembrado.

IV

¡Mas cuán triste la noche de nevada!
En vano entre las zarzas el raposo
Espera de la liebre la llegada.

Casi aterido el pájaro medroso,
Sobre la rama que abatió la nieve,
Rebúllese piando, sin reposo.

Ni el mismo buho, cazador aleve,
Que es de las sombras y la lluvia amante,
Su vieja encina á abandonar se atreve.

Ladra medroso el perro vigilante;
Borradas las veredas, se extravía
Y se hiela á la par el caminante,

Y hasta aquel que á cubierto desafía
De la noche el rigor, tristeza siente
Y espera ansioso que despunte el día.

V

¡Y despunta tan bello y sonriente!
Bajo el hielo, irisado por la aurora,
En los surcos revienta la simiente.

Tibia el aura, las nubes evapora,
Y al sacudir la nieve, la arboleda
Parece un almendral que se desflora.

La nevatilla corre en la vereda,
Y el mirlo de la iglesia en la espadaña,
De otras aves los cánticos remeda.

Á su guarida vuelve la alimaña,
Y el rebaño, al triscar, deshace el hielo
Y alegra con la esquila la montaña.

Suena del alba el toque de consuelo,
Que hace al hombre marchar á su tarea
Y á las palomas levantar el vuelo,

Y principia á humear la chimenea,
Y los campos se llenan de cantares
Y de gritos de júbilo la aldea.

VI

¡Cuánta dicha en los prósperos hogares,
Cuánto afán en la mísera buhardilla
Y cuántos cataclismos en los mares!

La bien oliente, resinosa astilla
Cruje lamida por la roja llama
Que chispeando se retuerce y brilla,

Y al incierto fulgor de la soflama,
La familia, entre tímida y gozosa,
La narración escucha de algún drama.

Concluída la plática sabrosa,
Ríndense el niño y el anciano al sueño,
Habla el galán con la doncella hermosa;

Y el gato, cerca del ardiente leño,
Con el pelo erizado, desafía
Al lebrel que, roncando junto al dueño,

Sale de su letárgica apatía
Y gruñe con furor, cuando las puertas
Hace crujir la tempestad bravía.

VII

En las calles medrosas y desiertas
En vano los mendigos desgraciados
Tienden para pedir las manos yertas.

Al volver á su hogar desesperados,
Encuentran entre harapos é inmundicia
Á sus hambrientos hijos casi helados,

Y dudando de Dios y su justicia,
Éste rompe á llorar, y aquél blasfema
Y la idea del crimen acaricia.

En tanto estudia el sabio algún problema,
Y fiebre inspiradora dicta al vate
Las estrofas rotundas de un poema.

En el regio palacio del magnate
La riqueza, la luz y la armonía,
Á las pasiones sirven de acicate;

Y en los vicios buscando la alegría,
La loca juventud con ansia apura
Los amargos placeres de la orgía.

VIII

Rompe la tempestad. ¡Con qué amargura
Se acuerda de su hogar el marinero
Que los mares recorre á la ventura!

— «¿Qué de la vieja madre que venero,
Y qué de la hermosísima doncella,
Que me aguarda anhelante, si yo muero?» —

Así el infortunado se querella
Atónito mirando el oleaje
Y el fúlgido zig-zag de la centella.

Y es tanto de las olas el coraje,
Que hasta el mismo alcatraz que en ellas vive
Busca amparo del buque en el cordaje.

No hay quien la furia de la mar esquive;
Al débil barco con su fuerza abruma
Y el marino á la muerte se apercibe.

Ya alza la nave como leve pluma
Á la región del firmamento mismo
Sobre montañas de hervidora espuma,

Ya implacable en su fiero despotismo,
La vuelca, la destroza, la anonada,
Y la sume en el fondo del abismo.

. . . .

Al primer resplandor de la alborada,
Aun aferrado rígido á un madero,
Á merced de las olas sobrenada
El cadáver del triste marinero.

II

EL NACIMIENTO

La tarde de Navidad,
Un niño, envuelto en andrajos,
Corría con ansiedad
Por trochas y por atajos
Camino de la ciudad.

Pero la noche cerró
De repente tan oscura,
Que en el monte se perdió,
Y medroso, á la ventura,
Caminando prosiguió.

Cuando ya desfallecía,
Una luz que vió á lo lejos
Le infundió más alegría
Que los rosados reflejos
Que anuncian el nuevo día.

En ella fijos los ojos,
Por el llanto acerbo rojos,
Aligeró el paso breve
Por entre zarzas y abrojos
Que iba bordando la nieve.

Y después de caminar
Tan veloz como su anhelo,
En una casa fué á dar,
Y el triste creyó llegar
Á los umbrales del cielo.

De la casa en lo interior
Resonaban á la vez
La zambomba, el almirez,
La guitarra y el tambor.

Y olvidando sus pesares
Absorto quedóse, oyendo
El descomunal estruendo
De músicas y cantares.

Cuando de tal abstracción
El hambre le hizo salir,
Empinóse para asir
De la puerta el aldabón.

Mas no lo pudo alcanzar,
Y llamó con débil mano.
Hasta que notó que en vano
Se fatigaba en llamar.

Dentro el bullicio aumentó,
Y el niño, yerto de frio,
Llorando y falto de brio,
En el umbral se sentó.

———

No lejos de la anchurosa
Chimenea de campana,
Donde está colgado al humo
Lo mejor de la matanza

Levántase el Nacimiento
De tanto bullicio causa,
Sobre mesas y tarimas
Y orlado de verdes ramas.

¡Cuánto lujo y artificio!
¡Qué obra tan bella y tan magna!
¡Hasta al mismo Churriguera
Envidia y pasmo causara!

La guardia civil asoma
Á las torres almenadas

Del castillo, donde Herodes
Tocar á degüello manda.

Junto á San José y la Virgen
Que van pidiendo posada,
Vende fósforos un niño
Y un tren de viajeros pasa.

Al lado de un pretoriano
Está un pastor de la Alcarria,
Y un oso blanco á la sombra
De una palmera africana.

Aquí arroyuelos de vidrio
Donde las manolas lavan,
Y allí una iglesia que tiene
Cascabeles por campanas.

Por las veredas angostas
De una altísima montaña,
Hecha de corcho pintado
Y de papeles de estraza,

Con los jibosos camellos,
Los tres Reyes magos bajan
Precedidos de una estrella
Rabuda de hoja de lata.

No muy lejos, los pastores,
Que están de cena, se espantan

Viéndose venir encima
Un ángel de luengas alas;

Y camino del pesebre,
Donde echado sobre paja
Y entre flores y candelas
El Niño de Dios descansa,

Todos los seres del mundo
En tropel revuelto marchan,
Desde el elefante al gallo,
Desde el labriego al monarca.

En torno del Nacimiento
¡Qué estrepitosa algazara!
Viejos, mozos y rapaces
Todos ríen, todos cantan.

Á poco viene la cena,
El vino añejo se escancia,
Y á los cantares suceden
Gritos, y risas, y chanzas.

Tras de la sopa de almendras
Y la rica besugada,
Sírvese el pavo relleno
De aceitunas y de pasas:

Y el mazapán y el hojaldre
Siguen á las empanadas,

Y el turrón y la jalea
Á las nueces y castañas.

Hierve el mosto en los cerebros,
Y se rompe toda traba;
Enamóranse los mozos,
Hasta los ancianos bailan,

Y los traviesos rapaces
Á porfía y con tal gana
Alborotan, que parece
Que se está hundiendo la casa.

Y no termina el estruendc
De la jubilosa zambra
Hasta que asoma en Oriente
La primera luz del alba.

¿Qué en tanto del inocente
Que afuera cayó rendido?
Escuchando aquel ruïdo,
Aturdióse, y lentamente
Se fué quedando dormido.

Entonces creyó soñar
Que cada copo nevado,
Que iba cayendo á su lado,

Se trocaba en el manjar
Ó en el juguete anhelado,

Y que, descorrido el velo
De las nubes, le invitaba
Su madre á subir al cielo,
Y que á ella, en rápido vuelo,
Alegre se remontaba.

. . . .
. . . .

Al lucir el nuevo día,
De la casa en el umbral,
El cadáver se veía
De un niño, que sonreía,
En éxtasis celestial.

III

LA NOCHE-BUENA DE LOS LOBOS

La noche es oscura y fría :
Baja el lobo de la sierra
Cauteloso olfateando
Y al viento dada la oreja.

Cual fuegos fatuos relucen
Sus ojos en las tinieblas,

Y con paso no sentido
Al callado redil llega.

Descuidados los pastores
La Natividad celebran,
Y el perro deja la guarda
Atraído por la cena.

De pronto tristes balidos
Á los pastores despiertan.
Que ¡al lobo! gritan y azuzan
Los perros contra la fiera.

Pero tarde: llega el lobo
Á su cubil con la presa,
Y tiéndese hijadeante
Clavando la zarpa en ella.

En una casa mezquina
De entrada oscura y estrecha,
Sobre un mostrador echado
Está un hombre de faz seca.

Ojo avizor, oído atento,
Como el lobo cuando acecha,
Todos los sentidos pone
De su tugurio en la puerta.

Ábrese, al fin, lentamente,
Y una pobre mujer entra,
Que la manta de su lecho
En manos del hombre deja.

— « Esta noche tendré frio
-- Dice al bajar la escalera, —
Mas los hijos de mi alma
Cenarán, que es Noche-Buena. » —

Aun más desgraciado el pobre
Que las tímidas ovejas,
No tiene contra los lobos
Ni perros que le defiendan.

IV

LOS SUEÑOS

Ya el nacimiento del niño
La familia festejó.
Todos duermen, todos sueñan;
¿Mas cuáles sus sueños son?

Junto al pecho de su madre
El niño sueña con Dios,
Y ella sueña que le nutre
Con su propio corazón.

Sueña el rapaz con sus juegos,
La doncella con su amor,
El padre con los fantasmas
Brillantes de la ambición,

Y el abuelo, como el niño,
En Dios sueña con fervor;
¡Que es toda la vida un sueño
Que empieza y termina en Dios!

V

LA FELICIDAD Y LAS ESTACIONES

Para ser feliz — decía
Á sus nietos una anciana, —
Es preciso que el invierno
Jamás penetre en la casa;

Que el verano esté en los trojes,
El otoño en las tinajas,
Y la alegre primavera
En el interior del alma.

VI

EN LA CÁRCEL

Tendido en el duro suelo
De un húmedo calabozo,

Duerme un criminal, tan malo
Como ſeroz es su rostro.

De guitarras y zambombas
Despiértale al alboroto,
Y — « ¡Madrecita del alma! » —
Dice, rompiendo en sollozos.

VII

UN ALMA EN EL MAR

¿Por qué mientras todos brindan
Cantando y riendo al par,
Aquella mujer hermosa
Tan triste y callada está?

Es ¡ay! que la Noche-Buena
Es noche de tempestad,
Y el hijo de sus entrañas
Los mares cruzando va.

VIII

EL EXPÓSITO

De un grandísimo edificio
En una sala muy grande,

Desvelados en sus lechos
Están doscientos rapaces.

¡Cuánto dieran por unirse
Á los que van por la calle
Entonando villancicos
Y haciendo sonar el parche!

Mas ¡ay! que de aquella casa,
Cuartel, hospital y cárcel,
Salir no pueden, so pena
De ser víctimas del hambre.

Un niño de pocos años,
Cuyas mejillas de ángel
Á voces están pidiendo
Las caricias de una madre,

Incorpórase en el lecho
Para escuchar los cantares,
Pero un celador que llega
Le reprende con coraje.

Y el niño tiembla de miedo
Al ver tan duro semblante,
Y llora y dice: — « ¡Dios mío,
Por qué no tenemos padres? »

IX

FIN DE AÑO

¡Oh cuánto nombre de grandeza vana,
Que se creyó inmortal, desvanecido
Al extinguirse el último tañido
Con que anunció la muerte la campana!

¡Cuánto magnate de hoy, polvo mañana,
Que barrerá la mano del olvido,
Como barre el *simún* embravecido
Las huellas de perdida caravana!

¡Qué gloria, qué poder que no sucumba?
Cuanto más alto el muro, menos fuerte
Y con mayor estruendo se derrumba.

Todo al fin en cenizas se convierte,
Y á todos deja iguales en la tumba
El nivel del olvido y de la muerte.

LEYENDAS



EL TROVADOR

Á MI QUERIDO AMIGO

FRANCISCO ÁLVAREZ Y ARANDA

I

Natura.

ARROGANTE, esbelto, airoso,
Rosado y blanco el color,
Los ojos azul de cielo
Y tan vivos como el sol,
La cabellera ondulante
Acariciando el jubón
Y rubia cual las espigas
Que el seco julio tostó,
Pendiente el hierro del cinto,
En el bonete el airón
Y el laúd tañendo ufano,
Errante va el trovador,

De monasterio en castillo,
Entonando su canción.
Se ignora quien fué su madre;
No se sabe si nació
Como Venus de la espuma
Ó cual Minerva de un Dios,
Muy niño, huérfano y solo
En el mundo se encontró
Sin más caudal que su acento
Y su ardiente inspiración;
De un laúd abandonado
Las dulces cuerdas hirió,
Le acariciaron las Musas
Y al vibrar su clara voz,
La oropéndola, el jilguero,
La alondra y el ruiseñor
Oyeron mudos y absortos
Su peregrina canción.
Desde entonces vaga errante,
Llueva, truene ó luzca el sol,
Entonando cantilenas
De esta suerte el trovador.

« Tierra sagrada,
Madre querida
Tòdo la encierras
Calor y vida,
Ricos metales,
Aguas sonoras
Y las semillas
Germinadoras.

En los bochornos
Del seco estío
La sed apagas
Del labio mío;
Me ofreces frutos,
Y me das flores
Para la reina
De mis amores;
¡Ay! y en muriendo,
Tu seno abriendo
Con santo amor,
Caerás piadosa
Sobre la fosa
Del trovador.

» Son mis hermanas
Las golondrinas
Cual yo cantoras
Y peregrinas,
Y mis maestros
Los ruiseñores,
Como yo libres,
También cantores.
Á amar aprendo
De la paloma,
Que va arrullando
De loma en loma;
Me da sus sombras
El bosque umbrío,
Su miel la abeja,
Su linfa el río,

Su voz el viento
Y el alma siento
Llena de amor
Por la natura,
La amada pura
Del trovador.

» Resuenan juntos
En mis cantares,
Fieros rugidos
De roncos mares;
Notas perdidas,
Rumores vagos
De secas hojas
Y ocultos lagos,
Gemidos sordos,
Tiernos arrullos,
Suspiros tristes,
Dulces murmullos,
Trinos alegres,
Ayes, lamentos
De aves y selvas,
Ondas y vientos;
Que la natura,
Mi amada pura,
Mi tierno amor
Es quien me inspira,
Y ella es la lira
Del trovador. »

II

Patria.

A las puertas de un castillo
Cantando el bardo llegó,
Y los pajes y escuderos
De la señorial mansión
El rastrillo levantaron
Para dar paso al cantor,
Á quien llevaron gozosos
Hasta un gótico salón.
De jabalí todo un cuarto
Volteaba el asador,
Ardiendo en la chimenea,
Enteros de dos en dos,
Los olivos y chaparros
De los bosques del señor.
El gato arisco mayaba,
Graznaba el montés halcón,
Y los sabuesos gruñían
Del vivo fuego al calor.
En los muros denegridos,
Entre blasón y blasón,
Se veían huecas trompas,
El venablo matador,
La alabarda, la armadura
Reluciente como el sol,
La silla del noble bruto,
Y del jabalí feroz
Y del ciervo, las cabezas

Disecadas sin primor.
En luenga mesa de roble
Blanco lienzo se tendió;
Y apetitosa cocina,
Rancio vino de color,
Sendos platos y ancha copa,
Lindo paje colocó
En ella, cuando acercóse
El poderoso señor
Del castillo, que ceñudo
Á la mesa se sentó,
Diciéndole al bardo — « canta
Los timbres de mi blasón,
De mis famosos abuelos
La nobleza y el valor,
Y de mi patria las glorias
Que, más altas, las de Dios. » —

« En tu escudo se miran
León y castillo,
Eres señor de haciendas,
De horca y cuchillo:
Entre cabezas moras
Se halla este mote:
« Del infiel islamita
Soy el azote. »
Tiene un pendón glorioso
Y una caldera,
Que dicen que levantas
Gente guerrera,
Ostentando asimismo

La cruz divina
Que llevaron tus padres
Á Palestina.
Tu estirpe noble
Tiene el tiempo y la fuerza
De añoso roble.

» El pecho revestido
De férrea cota,
Llevando en la cimera
Blanca garzota,
Al cinto la tajante
Bruñida espada,
Y en la diestra nervuda
Fuerte ferrada,
De la tierra que pisas
Conquistadores
Fueron tus valerosos
Progenitores,
Y del bruto enfrenando
Los escarceos,
En los juegos de cañas
Y en los torneos,
Honor y gloria
Dejaron en sus hijos
Y en nuestra historia.

» Fué la patria bendita
De tus mayores,
Valladar á los fuertes
Conquistadores.

Las águilas romanas,
La media luna,
No alcanzaron en ella
Victoria alguna.
Aquí el hombre es valiente,
La mujer bella,
Da la flor más aroma,
Más luz la estrella,
Por eso sus llanuras
Y sus montañas,
Sus feudales castillos
Y sus cabañas,
Recorre amante,
Cantando dulces trovas
El bardo errante. »

III

Fides.

Alejóse del castillo
El inspirado cantor,
Y á una abadía cercana
Sus pasos encaminó.
Hizo sonar de la puerta
El gigantesco aldabón
Y del claustro en las crujías
El eco se prolongó.
— Dios venga con vos, hermano, —
Dijo el lego que le abrió,
Á lo que el bardo repuso :

— Que guarde esta casa Dios. —
Y replicóle el buen lego :
— ¿Hermano, sois trovador?
Pues venios á la huerta,
Allí están de recreación
Los hermanos, y podréis
Cantar las glorias de Dios. —
Y siguiendo lentamente
Sus pasos el trovador,
Los corredores del claustro
Admirado atravesó.
Que eran de admirar los vidrios
De diferente color
De la gótica ventana
Que en la ojiva se perdió,
Los pintados azulejos,
El sonoro surtidor,
Los frutos y bellas flores
De rica vegetación,
Los lienzos representando
La vida del fundador,
Y de un ángulo en la altura
Y en cruz tosca, á nuestro Dios
Como si abrazar quisiera
Para ofrecer el perdón.
En la huerta penetraron,
Donde se hallaba el prior
En su breviario leyendo,
Sentado de cara al sol,
Y al ver al bardo le dijo :
— Canta, hermano trovador,

Nuestra fe y á nuestra madre
La santa Iglesia de Dios. —
La comunidad se hallaba
En completa dispersión,
Y al estremecer el aire
Del bardo la dulce voz,
Cual se acerca á la colmena
El enjambre en confusión,
Fueron llegando los monjes
Donde se hallaba el cantor.

« Como el sol á las sombras,
Llegó el Mesías
Ahuyentando las ciegas
Idolatrías,
Y en la diestra de Jove
Se apagó el rayo
Y salió el oprimido
De su desmayo.
¿Qué importaron las fieras
Persecuciones,
De impíos Diocleciamos
Y de Nerones?
¿Quién vence la fe heroica
Del alma humana?
Al fin, tras los martirios,
La grey cristiana,
Alzó su solio
Desde las catacumbas
Al Capitolio.

Esa fe que os ha hecho
  Dejar el mundo
Y que á mí me ha llevado
  Siempre errabundo,
Labra las catedrales
  Y monasterios,
Hace vibrar las cuerdas
  De los salterios,
Inspira las salmodias
  De los profetas
Y los cantos profanos
  De los poetas,
Y antes que abandonarla,
  Morir prefieren
Los buenos de la tierra,
  Que cuando mueren,
  Ven un querube
Que viene por sus almas
  En blanca nube.

¡Salve, Iglesia que guardas
  Ciencias y artes,
Que extiendes tus raíces
  Por todas partes,
Y sigues la doctrina
  De la paloma,
Que arrulla en los Concilios
  Y anida en Roma!
Tienes la Santa Virgen
  Pura, inocente,
Que aplasta la cabeza

De la serpiente,
La caridad que anuda
Con fuertes lazos
Y la Cruz que extendiendo
Sus santos brazos
Cobija el mundo,
Como una madre llena
De amor profundo.

IV

Amor.

El peregrino incansable
Del monasterio salió,
Llevando las bendiciones
Del venerable prior.
Y sin temer la inclemencia
Del furibundo aquilón,
Ni las sombras de la noche
Que al pecho infunden pavor,
Hasta llegar á las rejas
De un palacio caminó,
Y convulso, tembloroso
(Que hace temblar el amor),
Con acento enternecido
De aquesta suerte cantó.

Viene á entonarte
Su serenata
El triste bardo,
Mujer ingrata.

Sé que por pobre
¡Ay! no me quieres.
¡Funesto achaque
De las mujeres!
Yo te prometo,
Si al fin me amas
Y con favores
Mi amor inflamas,
Dejar mis cantos,
Ir á la guerra,
Y conquistarte
Toda la tierra,
En los combates
Y en los torneos
Colores tuyos
Siempre vestir.
En ese dia
¡Ay! de alegría
Voy á morir.

¿Pero no escuchas
Mi serenata?
Es amor vida
Y amor me mata.
Como ave amante
Sal al reclamo;
Mira, ángel mio,
Que yo te amo
Como la umbría
Los ruiseñores,
Como la abeja

Las gayas flores,
Como á la Virgen,
Nuestro tesoro,
Los querubines
Del almo coro;
Que eres mi encanto,
Mi vida entera...
¿Pero no sales?
¿Quieres que muera?
Sal, que te espera
Tu tierno amor.
  Fresco capullo,
Sal al arrullo
  Del trovador.

  Mas ¡ay! ¡no escuchas
Mi serenata!
Adiós por siempre,
Mujer ingrata;
Adiós, encanto
Del alma mía,
Preciada rosa
De Alejandría,
Fúlgida estrella,
Blanca paloma,
Lirio del valle,
Fragante poma,
Búcaro lleno
De frescas flores,
Reina encantada
De los amores,

Espejo puro
Que á Dios refleja,
Por siempre el bardo
De ti se aleja.
Hoy al albor,
Tenlo por cierto,
Habrá ya muerto
Tu trovador.

V

Dolor.

Una impía carcajada
Á la trova respondió
Y helada quedó en las venas
La sangre del trovador;
Que con fuerza el laúd sonoro
Apretó á su corazón
Y entre breñas y jarales
Por los montes se perdió;
Hasta que al cabo rendido
Á la fiebre y al dolor,
En los duros peñascales
Casi exánime cayó.
Era más de media noche,
Helaba el cierzo traidor,
Densa nube los fulgores
De los astros ocultó,
Al dilatarse en el cielo
Como fúnebre crespón,
Y congelada en la altura,

Copos de nieve lanzó,
Que trocaron en sudario
La capa del trovador,
Quien los miembros ateridos
Y perdida la razón,
El silencio de la noche
Con un canto interrumpió,
Que las fieras de los montes
Escucharon con pavor.

Me hallé, al venir al mundo,
Huérfano y solo,
Lo recorrí cantando
De polo á polo,
Sin encontrar consuelo,
Calor ni abrigo
En brazos de la amada
Ni del amigo.
¡Oh! qué horrible amargura
Vivir cantando
Á tiempo que está el alma
Triste llorando!
Nadie adivina
Que aguda espina,
Vivo dolor
Turban la calma,
Hieren el alma
Del trovador.

Mujer siempre difícil
Á mi deseo;

Madre no conocida
Pero á quien veo
Retratada en la fuente
Donde me miro,
Recibid mi angustiado
Postrer suspiro!
¡Y tú, Dios de los cielos
Y de la tierra,
Si muero en este trance
Mis ojos cierra,
Y si cumplida
No fué la vida
De tu cantor,
Tu enojo calma,
Y acoge el alma
Del trovador!!

VI

Mors.

En los ecos de los montes
Fué apagándose la voz,
Un suspiro oyóse á poco
Parecido á un estertor,
Después una nota aguda
Que el laúd triste lanzó,
Y por último, tan sólo
El rugir del aquilón.

. . . .

. . . .

Cuando la aurora rosada

Al horizonte asomó
Estaba yerto el cadáver
Del mísero trovador,
Que aun el laúd apretaba
Con ahinco al corazón,
Y en sus labios azulados
La sonrisa se encontró
De quien espira en la nieve
Ó muere en gracia de Dios.
Una blanca nubecilla,
Á la salida del sol
De aquel tronco inanimado
Á los cielos ascendió.
. . . .
. . . .
¿Quién sabe si en ella iría
El alma del trovador?

Enero, 1878.

TEODOMIRO

ó

LA CUEVA DEL CRISTO

DEDICATORIA

Á MI PUEBLO

I

QUÉ más fortuna
Que nacer español, oir en la cuna
El clamor de la mar alborotada,
Y abrir los ojos á la luz del día
Donde halle la mirada
Un cielo con el sol de Andalucía?

II.

II

Jamás olvido
El modesto lugar donde he nacido :
De Trafalgar las olas arrullaron
De mis primeros sueños la honda calma,
Y después despertaron
Rugiendo á las pasiones de mi alma.

III

¡Con qué cariño
Recuerdo aquella edad en que era niño!
El consejo amoroso de mi padre
Poniendo freno á mi imprudencia loca;
Los besos de mi madre
Brotando entre plegarias de su boca;

IV

Los tan pueriles
Como dichosos sueños infantiles;
El hondo afán, el íntimo alborozo
Con que el juguete ansiado recibía;
La pena y el sollozo
Si entre mis torpes manos se rompía;

V

Y mi amor luego
Tan puro y tan ardiente como el fuego

Que guardó la Vestal en los altares,
Afluyen á mi mente, en la presencia
De los bellos lugares
Testigos de mi dicha y mi inocencia.

VI

¡Se quieren tanto
Á esos testigos del placer y el llanto
De aquella edad que tan ligera pasa!
Un recuerdo nos trae á la memoria
Cada enser de la casa;
Cada árbol del jardín sabe una historia!

VII

¡Fuí sorprendido
En aquel murallón cogiendo un nido!
¡Allá mi buena madre me arrullaba!
!Aquí lloré de amor amarga cuita!
¡Allí siempre la hallaba!
¡Fué en esta reja mi primera cita!

VIII

¡Qué alegre acento
El de aquella campana del convento,
Que de mi pueblo se alza en la alta loma,
Cuando repica por su Virgen bella!
¡Ni en San Pedro de Roma
Hay campana que suene como aquélla!

IX

Toda amargura
Se templa recordando la ventura
Que se gozara allí : y aunque se vea
El aldeano en medio de la Corte,
Mirará hacia la aldea
Cual la aguja imantada mira al Norte.

X

Hoy, pueblo mío,
Á ti el acorde de mi lira envío,
Que si pintara mi pasión, tuviera
El cadencioso ritmo del « *te amo* »
Que entona la parlera
Ave gentil volando hacia el reclamo.

XI

En mi poesía
No encontrarás la luz del medio día
Que ciega con sus vívidos fulgores,
Ni el capuz de la noche aterradora ;
Pero sí los albores
Y los matices suaves de la aurora.

XII

Jamás del vicio
Canté la seducción ni el maleficio.

No hay belleza en el mal. Toda poesía
Sin esperanza, amor, ni noble anhelo,
Es voz sin melodía,
Es un paisaje donde falta el cielo.

XIII

Verásme en guerra
Continua con el mal, que ni me aterra,
Ni de mi corazón ni de mi mente
Los indomables ímpetus mitiga.
El mal es la serpiente
Que sólo muerde el pecho que la abriga.

XIV

Si la amargura
Me lleva hasta dudar, miro á la altura,
La inmensidad estático contemplo,
Y mi espíritu en Dios se reconcentra :
Lo infinito es el templo
Donde siempe y más pronto á Dios se encuentra.

XV

No quiero glorias
Si he de ganarlas removiendo escorias.
Prefiero á todo triunfo, á toda palma,
Á ver mi nombre en pórfido ó granito,
Que la hija de mi alma
Lea sin rubor lo que su padre ha escrito.

I

MERGABLO *

En el declive de un monte
Á la orilla del Atlántico
Y entre cármenes floridos,
Se halla la bella Mergablo.

Tiene á su espalda viñedos
Que sedujeran á Baco,
Y á su frente las montañas
Del continente africano;

Montañas que, cuando Febo
Las colora en el ocaso
De gualda y rojo, parecen
Nubes preñadas de rayos.

* Antiguo nombre de Conil.

Defiéndela una muralla
Natural, cortada á tajo
Por Dios mismo, á donde viene
Á estrellarse el Oceano,

Que corre allí impetüoso
Á unirse al Mediterráneo,
Desde que Hércules le abriera
Entre Abila y Calpe paso.

Allí del mar fresca brisa
Templa el ardor del verano,
Y siempre es azul el cielo,
Como siempre verde el prado

Las fuentes murmuran dulces
Entonan las aves cánticos,
Destilan mieles los frutos,
El laurel crece lozano,

Y el aliento de los Dioses,
Limoneros y naranjos
Exhalan en un ambiente
Tan puro como diáfano.

¡Qué mucho que Tariq, vuelto,
Á Tánger desde Mergablo,

Dijera á Muza : « Allá enfrente
» Se halla aquel edén soñado
» por el profeta Mahoma,
» Y es preciso conquistarlo.

» Es más fértil que la Siria,
» Tan rico como Damasco,
» Y, cual los de Hegiaz, sus frutos
» Son de dulces y lozanos.

» De flores, como en la India,
» Vestidos se hallan los campos,
» Y la palma del desierto
» Crece al lado del naranjo.

» Tiene minas cual Catay,
» Y es su clima más templado
» Que el de Yemen; paraíso
» Que Allah riega con su mano.

» Dejemos, Muza, el desierto
» Eternamente abrasado,
» Donde el simoun nos azota,
» Donde fuego respiramos,

» Donde el rugir de las fieras
» Tenemos por todo cántico ;
» Y busquemos en España
» Gloria, riqueza y regalo.

» Sube á la cumbre del monte;
» Frente tienes á Mergablo,
» Que á describirla no alcanza
» El rico idioma que hablamos,

» De allí vengo; por hermosa
» *Lugar de placer* (1) la llamo,
» Y ha de llevar ese nombre
» Cuando la haya conquistado. »

Por hermosa, siempre ha sido
Tentación de los extraños
La comarca de este pueblo,
Erigido por los Bástulos.

En los tiempos de la fábula,
Vino á reñir á sus campos
Con Gerión, á quien dió muerte,
El Hércules esforzado.

Aun se conservan las huellas
Titánicas de sus pasos,
Y corren aguas de azufre
Donde halló tumba el tirano

---

(1) Conil en árabe significa lugar de placer.

En ella dejó el Fenicio,
De oro ó de bronce dorado,
La columna de Temístocles,
Gran protector de sus naos,

Y misteriosos sepulcros
En la alta roca tallados,
Que fueron después despojos
De los hijos de Cartago.

Hízola Roma su esclava,
Y á la llegada del Vándalo
Soterró en ella tesoros
Que hoy descubre el corvo arado.

Y cuando de paz gozaba
Del Visigodo en las manos,
Por traición y cobardía
Vino á ser presa del Afro,

Que habitaba aquellos montes
Que parecen, alumbrados
Por la luz del sol poniente,
Nubes preñadas de rayos.

II

CLODOSVINDA

Sobre romanos cimientos
De murallas en ruinas,
Alzó en Mergablo un castillo
El duque de Andalucía.

Parece visto por fuera
Tosca muralla granítica,
Y palacio delicioso
Si su interior se examina.

En él Teodomiro el duque
Habita con Clodosvinda,
Que si encanta por lo bella,
Por lo bondadosa hechiza.

Huérfana, al morir sus padres
La dejaron por egida

Al conde Julián, que al verla
Sin amparo, y bella, y rica,
Quiso trocar en esposa
La que fuera su pupila;

Y lo hubiera conseguido
Si más reinara Witiza,
Pues valido de ser rey
Y tío de Clodosvinda,

La entregara á aquel villano,
Que pagarle le ofrecía
Tal favor con las riquezas
De la desgraciada niña.

Mas Rodrigo, cuando supo
Del Conde la traza indigna,
La casó con Teodomiro,
Á quien ella prefería;

Y al África marchó el Conde
Lleno de rencor y envidia,
Jurando venganza al Rey,
Al Duque y á Clodosvinda.

Él fué quien hizo rebeldes
Á los hijos de Witiza,
Y él quien indujo á los árabes
Á pasar á Andalucía:

Que el hombre vil y menguado
Por vengarse sacrifica,
Sin escrúpulo, honra y patria,
Y religión y familia.

Era de Abril una noche
Oscura, callada y fría,
De esas que al pecho más fuerte
Y valeroso intimidan;

En que el rumor de las hojas
Que mueve la blanca brisa
O el murmullo de las fuentes,
Tan gratos durante el día,

Se antojan al hombre tímido,
Rumores, burlescas risas,
Ó suspiros melancólicos
De seres de extraña vida.

Era sábado, á la hora
En que las brujas malignas
Á su maldito aquelarre
Presurosas se encaminan;

Y en que al conjuro sacrílego
Ó á la maldición impía,
Surge Luzbel de las sombras
Y á los mortales fascina.

En el muro de Levante
De la fortaleza altiva,
Bajo un arco mal trazado
De tosca mampostería,

En las tinieblas envuelto,
Más que se ve, se adivina
El delicado contorno
De la hermosa Clodosvinda.

Al pie de aquella ventana
Lleva tres mortales días,
Alimentándose sólo
De su esperanza bendita,

Sin beber más que las lágrimas
Que ruedan por sus mejillas;
Sin más sueño que los sueños
De su loca fantasía.

En la aurora, al horizonte
Lleva impaciente la vista,
Resistiendo como el águila
Del sol la llama vivísima :

Llega la noche, y aun sigue
Su vista en Oriente fija,
Y cuando espesan las sombras
Escucha con ansia viva.

Ve un jinete ; « es él que llega. »
Algo escucha ; « es él que arriba : »
Y nace nueva esperanza
De la esperanza perdida.

Hay abonadas razones
Para que tanto se aflija
Y con tanta inquietud vele
La muy triste Clodosvinda.

Teodomiro partió ha tiempo
Con cuanta gente tenía,
En son de guerra, hacia Calpe,
Y es de temer por su vida :

Que Teodomiro es valiente,
Y al entablarse la liza
Es su espada la primera
Que se encuentra en sangre tinta,

Y su pecho el más expuesto
Á la saeta enemiga:
Que el más valiente en la guerra
Es siempre quien más peligra.

Corren siniestros rumores
En Mergablo; quien afirma
Que el Conde se ha rebelado
Con los hijos de Witiza;

Quien que se halla Teodomiro
En el África vecina
De los árabes vengando
Las pasadas tropelías;

Y los hombres más sesudos,
Llenos de temor, se inclinan
Á que Tariq haya vuelto
Á España en son de conquista.

Y estos rumores, que el vulgo
Agranda en su cobardía,
Son aceros que traspasan
El pecho de Clodosvinda.

Ante un gran reclinatorio
Cae la triste de rodillas;
Con sus brazos torneados
Rodea la Cruz bendita,

Y esta súplica hace á Cristo
Con voz que llora y suspira,
Que, más que oración, parece
Angélica melodía :

« Dios del cielo y de la tierra,
» Que desde la Cruz me miras;
» Haz que el hombre á quien adoro
» Llegue á mis brazos con vida.

» Si á mis brazos no lo tornas,
» Resignación no me pidas;
» Que loca habré de volverme
» Si el dolor no me asesina.

» Bien sé que tú resignado
» Sufriste mayores cuitas;
» Tú eras fuerte, yo soy débil,
» Y tú Dios, y yo una niña.

» Tú sabes, Redentor mío,
» Que él es vida de mi vida,
» Que no hallándome á su lado
» No me hallo conmigo misma;

» Que mis ojos ven tan sólo
» Lo que en los ojos de él miran,
» Y que es su dolor mi muerte,
» Y mi gloria su sonrisa.

» Y ¿lo creerás, Jesús mio?
» Si su presencia me anima,
» Hallo el mundo tan hermoso
» Cuanto es intensa mi dicha,

» Y hasta Tú, ser inmutable,
» Te agrandas ante mi vista,
» Y con un amor te adora
» Más profundo el alma mía.

» En Ti espero, que tú eres
» Misericordia infinita,
» Y abandonar no pudieras
» Á la triste Clodosvinda.

» Si su muerte ya en el cielo
» Por tu designio está escrita,
» Únenos, Dios, en la muerte
» Cual nos uniste en la vida. »

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

La luna en Oriente asoma
Y á la joven ilumina,
Que, abrazada al pie del Cristo,
Al sueño queda rendida.

III

TRAICIÓN Y VENGANZA

Es el conde Julián hombre malvado:
Como Witiza, de quien fué valido
Por sensuales placeres depravado
La conciencia ha perdido
Del honor y el deber, y ya, sin freno,
Escápase, cual potro desbocado,
Por la senda fatal del desenfreno.

Dado un paso en el vicio,
Se rueda rebotando al precipicio.
En la dorada copa de la orgía
El tósigo se bebe
Que amortigua la luz del pensamiento;
Trocado en sensación el sentimiento,
Se hace brutal, aleve,
Como la fiera, el hombre;

La conciencia sucumbe al apetito;
Se mira en la justicia sólo un nombre;
La barbarie conduce hasta el delito,
La duda á ser ateo,
Y se termina, al fin, cual Prometeo,
Criminal y en el potro del precito.

Así el conde Julián compró en la orgía
Con todas sus riquezas el veneno
Que paso á paso al mal le arrastraría.
Ya pobre y sin honor, vivió engañando;
Como traidor, cobarde fué en la lidia;
Creyó justicia el proceder nefando;
Le hizo rebelde rencorosa envidia;
Falto de sentimiento y de esperanza,
Tuvo por todo amor el sensualismo,
Por Dios el fatalismo,
Por norte la venganza,
Y, presa el alma de mortales dudas,
Terminó su carrera maldecida
Con el crimen de Judas:
Vendió á la madre que le dió la vida.

¡Misterio inescrutable del destino!
¡Un hombre sin conciencia
Lanzar una nación al torbellino!
¿Por qué no ataja siempre en su camino
Al crimen la divina Providencia?

Marcha al África el Conde,
Y en vez de hallar barrera

Que se oponga á su indómita carrera,
La voluble fortuna
Hace causa común con la injusticia,
Y le entrega, propicia,
Á los soldados de la media luna,
Á cuyo empuje y bárbaro denuedo
El trono prepotente se desquicia
De Leovigildo, Wamba y Recaredo.

Mas no sólo Julián causa el estrago:
Todo se confabula
Para lanzar la patria en el abismo.
No el antiguo heroísmo
Anima al pueblo godo; hoy emula
Con Roma en liviandades y en cinismo,
Sustituye la púrpura á la malla
Y, de miedo, al entrar en la batalla
En sus venas la sangre se coagula.

La espada del guerrero la ha mellado
El golpe del cayado
Del Obispo, que ya el sayal no viste,
Ni, cual Jesús, predica la pobreza
Y lo vano de todos los poderes;
Anhela el mando, de oro se reviste,
Se enfanga condicioso en la riqueza
Y dase á los ilícitos placeres.

Rebelde, como siempre, la nobleza
En bandos se divide, se amotina,
Y sobre su cabeza,

Débil el trono, el rayo no fulmina,
¿Qué falta? La traición, la mecha ardiente
Que prenda fuego á la cargada mina.
Y lo prende del Conde la venganza,
Y el hijo de Mahoma
Penetra en nuestro suelo á semejanza
De las hordas vandálicas en Roma.

Mas no es la ruina de la triste España
Lo que el Conde apetece:
Su enardecida saña,
Que con el tiempo y la distancia crece,
Es contra el Rey, y el Duque y Clodosvinda,
Á quienes juró ver ante sus ojos
Retorciéndose en brazos de la muerte.
Si deja en esta lucha, por despojos,
En manos del alarbe las naciones,
¿Qué le importa, si venga sus enojos?
El egoísmo, rey de las pasiones,
Á esta maldita máxima se aferra:
« Que yo me salve y húndase la tierra. »

En las costas del África vecina
El Conde meditaba
Llevar á la ruina
Á los seres que odiaba,
Y subiendo á la cúspide de un monte,
Que á su vista ensanchaba el horizonte,
Á la bella Mergablo descubría,
Y así, con lengua réproba, decía:

« ¿No he de lograr la dicha que ambiciono,
» Mergablo, asilo de la bella impía?
» No he de saciar mi encono
» Ajustando á tu cuello férreo yugo,
» Tus hijas entregando al vilipendio,
» Tus hombres al verdugo
» Y tus ricos palacios al incendio?
» Has de morir como murió Cartago:
» El fuerte altivo que al contrario arredra
» Caerá piedra por piedra,
» Y hablarán de tu estrago
» En el muro granítico la hiedra,
» Y en el campo, hecho erial, el jaramago.

» No te valdrá ser linda
» Ni ampararte en murada fortaleza,
» Ingrata, más que hermosa, Clodosvinda;
» Abatirá tu indómita cabeza
» Golpe fiero, implacable;
» Mas antes has de ver al miserable
» Que me robó tu amor, á tus pies muerto,
» Y de grado ó por fuerza serás mía:
» Sólo después, el hijo del desierto,
» Para que yo me goce en tu agonía,
» Lentamente hundirá, con golpe incierto,
» En tu mórbido seno la gumía.

» Y tú, sensual Rodrigo,
» Que los goces apuras
» De vida sibarítica en Toledo,

» Sin que fantasma tétrica del miedo
» Te anuncie las cercanas desventuras;
» Que me hiciste el ultraje
» De acusarme de escándalo y licencia,
» Cuando el libertinaje
» Te salpica de lodo la conciencia;
» La venganza colérica del Conde
» Te irá á buscar en donde
» Te entregas al placer de la pereza,
» Y te presta el amor dulce beleño,
» Y al despertar de tu profundo sueño
» Te hallarás sin corona y sin cabeza. »

É induce á Muza á conquistar la España;
Éste escucha sus pérfidos consejos,
Y anhela codicioso
El edén delicioso
Sujetar al tiránico dominio
De los Califas, avanzar más lejos
Con su indómita hueste en son de guerra,
Y cumplir del Profeta el vaticinio
De conquistar para su Dios la tierra.

Y al turbulento piélago confía
Su fanático ejército, mandado
Por Tariq el intrépido, y guiado
Del Conde por la infame alevosía.

¡Y sufrieron el peso de sus naos
Las indomables olas del Estrecho

En cuyo fondo se revuelve el caos!
¡Y el huracán bravío
No las llevó, furioso, á la rompiente!
¡Ay! sin fuerza ni brío
Dobló la ola su frente,
Y el huracán trocado en brisa suave
Hinchó la blanca vela de la nave
Y la trajó á la orilla blandamente!

IV

EL MENSAJERO

A los muros del castillo
Se acerca un jinete, á tiempo
Que cae Clodosvinda bella
Al pie del Santo Madero.

De un árbol ata su potro,
Que queda piafando inquieto,
Levantando con el casco
Nubes de polvo del suelo.

De alta cruz y vivos ojos,
Ancha nariz y ancho pecho,
Fina oreja y finos cabos,
Larga crin y corvo cuello,

Bien á las claras pregona
Que tiene por sangre fuego,

Que es su descanso el trabajo
Y que corre como el viento.

Oculta el jinete el rostro
Entre el embozo y el hierro;
Mas su larga cabellera
Y sus lujosos arreos

Demuestran á todas luces
Que es godo y es caballero,
Como su andar no muy firme
Da señales de que es viejo.

Viste loriga escamosa,
Calzones de piel de ciervo,
Y espada y cuchillo cuelgan
De su cinturón de cuero.

Deja en el árbol la pica,
Junto al potro del Desierto,
Y embrazado el fuerte escudo
Y apercibido el acero,

Con paso al principio tardo
Y después pronto, aunque trémulo,
Se acerca al castillo, llama
Y responden los de adentro :

SOLDADO

¿Quién eres?

MENSAJERO

De Teodomiro
Un soldado mensajero.

SOLDADO

Pues da tu mensaje.

MENSAJERO

Sólo
A su mujer darlo puedo.

SOLDADO

No es posible en el castillo
Penetrar.

MENSAJERO

Pues el secreto
Me llevaré, porque nadie
Mas que ella puede saberlo.

SOLDADO

¿Tanto es grave?

MENSAJERO

Mucho importa.

SOLDADO

¿Vienes solo?

MENSAJERO

Solo vengo.

SOLDADO

¿Quién lo asegura?

MENSAJERO

¿Tu vista
Anubla quizás el miedo?

SOLDADO

¡El miedo! No lo conozco
Cuando lidio en campo abierto;
Pero mucho las traiciones
Y las emboscadas temo.

MENSAJERO

¿Eres loco? ¿Qué pudiera
Uno solo contra ciento?

SOLDADO

¿Y cómo nos acreditas
Ser del Duque mensajero?

MENSAJERO

Con su anillo.

SOLDADO

Buena seña.

MENSAJERO

Pues le traigo justo al dedo.

SOLDADO

Haré saber tu llegada
Á Clodosvinda.

MENSAJERO

¡Mil truenos!
Corre apriesa, que urge mucho.

SOLDADO

Espera, que á poco vuelvo.

Aun Clodosvinda se encuentra
Al pie del Sagrado Leño,
Al cansancio y á la fiebre
Rendida más que durmiendo.

La vigilia y sus pesares
La dañaran mucho menos
Que los cuadros pavorosos
Que le representa el sueño.

Ya cree ver á Teodomiro
Á sus pies pálido y yerto,
Borbotándole espumosa
La roja sangre del pecho;

Ya que el Conde la persigue
Desenvainado el acero,
Ó que la cercan fantasmas
Tan grandes como su miedo.

Y á esta ocasión, fuertes golpes
De alguno que llama inquieto
Á la puerta, salir le hacen,
Con sobresalto, del sueño.

La nueva le dan, y al punto,
Hace entrar al mensajero
Que, recatándose el rostro,
Penetra en el aposento.

CLODOSVINDA

¿Dónde está mi Teodomiro?
Descúbrete y habla presto.

MENSAJERO

Necesito hablarte á solas.

CLODOSVINDA

¿Y por qué tanto misterio?

MENSAJERO

Él lo quiere.

CLODOSVINDA

¿Pero vive?
Contesta, porque me muero.
¿Vive?

MENSAJERO

Sí.

CLODOSVINDA

¡Gracias, Dios mío!
¿Y viene tras ti?

MENSAJERO

No puedo
Sino á solas...

CLODOSVINDA

Salid todos.
Ahora dime tu secreto.

Temblando está Clodosvinda
Al par de esperanza y miedo;
Que aunque ha sabido que vive,
No augura bien de su dueño,

Y á intervalos se suceden
En sus agitados miembros
La crispatura nerviosa
Y el postrado decaimiento.

En tanto, el desconocido
La mira absorto en silencio,
Y sus ojos inyectados
Centellean tras el hierro,

Y palpitando vivísimo
Bajo el enmoldado peto
Su corazón, se adelanta
Hacia Clodosvinda trémulo,
Y así dice :

MENSAJERO

Estamos solos :
Mira, pues, al mensajero.

CLODOSVINDA

¡El conde Julián!

MENSAJERO

El mismo.

CLODOSVINDA

¡Socorro!

MENSAJERO

Calla, ó bien presto
Ese corazón menguado
Será vaina de mi acero.

CLODOSVINDA

¿Qué quieres de mí?

MENSAJERO

Vengarme.

CLODOSVINDA

Mas, dime, ¿qué mal te he hecho?

MENSAJERO

¡Infame! ¿me lo preguntas?
¿Pues á quién sino á ti debo
Las desgracias de mi vida,
Que, más que vida, es infierno?

CLODOSVINDA

¿Yo?

MENSAJERO

¡Tú!

CLODOSVINDA

¡Piedad!

MENSAJERO

¿La tuviste
De mí alguna vez? Veneno
En vez de sangre circula
Por las venas de mi cuerpo;
Que el odio, el odio ha nacido
Donde sembraste el desprecio.
Escucha, escucha, á tu amante
Has de ver muy pronto muerto;
Tú serás mía esta noche,
Y estos ricos aposentos
Los convertirá en cenizas
Mañana mismo el incendio.

CLODOSVINDA

¿Que dices?

MENSAJERO

Vendí la patria
Á los hijos del Desierto.
Mañana...

CLODOSVINDA

¡Dios te maldiga!

MENSAJERO

Mañana, sí, en nuestro suelo
Caerán cual nuevo diluvio,
Y el trono de Recaredo
Rodará y con él Rodrigo.

CLODOSVINDA

¡No ha de permitirlo el cielo!

MENSAJERO

Cual en mis brazos te entrega
Vencido por el infierno.

CLODOSVINDA

¿No hay quien me acorra?

MENSAJERO

Estos muros
Guardan muy bien los secretos.

CLODOSVINDA

¡Socorro!

MENSAJERO

Llama; es en vano.
Te responderá el silencio.

CLODOSVINDA

¡Teodomiro, ven y sálvame!

MENSAJERO

Teodomiro está bien lejos.

¿Ves este anillo? Entrególo
Esta noche á un mensajero,
Diciéndole: « Á Clodosvinda,
Que me espere allá en el cielo. »
Yo le arrebaté el anillo
Después que le tuve muerto,
Y de talismán me sirve,
Pues con él hasta ti llego.

CLODOSVINDA

¡De ti me amparo, Dios mío!

MENSAJERO

¿Qué me importa el sacrilegio?
¡Te arrancaré de los brazos
De Jesús!

CLODOSVINDA

¡Mi Dios!

MENSAJERO

¡Infierno!

En aquel instante mismo
Atronó el callado viento
El sonido de la *ordea*
De Teodomiro el guerrero.

«¡Él es! ¡él es! ¡Dios lo envía!»
Ella exclama; y á este tiempo
Su cuchillo blande el Conde,
Y «¡Cuando llegue habrás muerto!»

Dice furioso; y se escuchan
Un fuerte golpe, un lamento,
El ruido de una persona
Que se desploma en el suelo;

Una puerta que rechina
Y los pasos de un guerrero,
Que poco á poco se apagan,
Quedando todo en silencio.

V

LA CARTA

Jamás creyó Teodomiro
Que el árabe le venciera,
Y por eso recibiera
Desengaño tan cruel
Viendo sus huestes bizarras
Huyendo despavoridas
Á las fieras embestidas
De los hijos de Ismael.

En Mellaria refugióse
Con los restos de su gente
Dispuesto al día siguiente
Nuevo combate á empeñar,
Y jurando por el Cristo
De la Cueva milagroso,
Que ha de salir victorioso
Ó en la contienda espirar.

Á la lucha se apercibe,
Presta brío al que se abate
Empleando el acicate
De la gloria y del botín;
Recluta gente á destajo,
Á los valientes hostiga
Y con dureza castiga
Al cobarde y al malsín.

Mas ¡ay! que un presentimiento
Tenaz en su mente fijo,
Le causa dolor prolijo
Y le lleva hasta á dudar
Del valor de sus soldados,
De sí mismo, y de su suerte;
El espectro de la muerte
Ve hacia su patria avanzar.

Al par que anima á los suyos,
Un ciego terror le pasma
Al contemplar un fantasma
De aspecto horrible y feroz
Que le presenta el delirio
Con mirada que flamea,
En una mano la tea
Y en la otra mano la hoz.

Y que avanza, corre, ruge,
Incendia, tala, aniquila,
Y á su empuje todo oscila,
Todo rueda en confusión;

Familia, hogar, patria, trono,
Todo cruje, se desprende
Y en torbellino desciende
Del abismo á la mansión.

Y « no me atajas — murmura. —
Visión loca, en mi camino
Lucharé contra el destino
Y lucharé hasta morir,
Y cumpliré como bueno
Con mi patria hasta la muerte; »
Y púsose de esta suerte
Al rey Rodrigo á escribir :

« Si no engaña un tenaz presentimiento
Á quien tiene tranquila la conciencia,
Esta carta será mi testamento.

» Señor : al no acorrer con diligencia
Á los pueblos que abarca mi ducado
Bien pronto perderán su independencia.

» Ha aparecido aquí, como un nublado,
Gente extraña del África venida,
Y avanza cual torrente desbordado.

» Me opuse á su feroz acometida,
Y cediendo á su empuje incontrastable,
Rota mi gente, se entregó á la huída.

» Mañana mismo lucharé indomable,
Y os juro por mi nombre hallar la muerte
Si alcanzar la victoria no me es dable.

» No temo su furor, temo á la suerte,
Que, cual mujer voluble y tornadiza,
Á quien menos debiera se convierte.

» Venid, señor, venid presto á la liza,
Y buena gente á su bandera aporte,
Que enemigo cruel nos hostiliza.

» ¿De dó viene? ¿quién es y cuál su norte?
Lo ignoro: mas si el hierro no le ataja
Atropellando llegará á la Corte;

» Y ¡ay si entonces la patria se desgaja,
Como el monte al vaivén del terremoto,
Y entre escombros el trono se amortaja!

» Venid á la barbarie á poner coto,
Ó iremos á su impulso por la tierra
Como nube empujada por el Noto.

» Nunca vi tales hombres ni tal guerra:
Atacan en tropel y sin concierto,
Y moviendo un estrépito que aterra,

» Mil se levantan donde alguno ha muerto.
¿Cómo entregar al filo de la espada
Ese turbión de fieras del Desierto?

» Penetraron en Calpe la murada
Sin catapulta, tolenón, ni ariete,
Sólo por el incendio y la escalada.

» Va el infante desnudo, va el jinete,
Bajo blanca y flotante vestidura
Ocultando el bruñido coselete;

» Y sus gritos, su negra catadura
Y el rudo golpe de su corvo acero
Infunden en los nuestros gran pavura.

» ¡Ay cuánto de vencerlos desespero!
Á los placeres dado el pueblo godo
En muelle se ha trocado de guerrero.

» Ya que voy á morir, lo diré todo.
Forma la perla el agua que se agita,
El agua que se estanca forma el lodo.

» El corazón de un pueblo sibarita
Ni vuelve por la gloria de su raza,
Ni de entusiasmo bélico palpita,

» Y nuestro pueblo débil ya no embraza
Con vigor el escudo defensivo,
Y el ruginoso acero le embaraza.

» Prefiere ser humilde á ser altivo;
Medra, como el raposo, por la intriga,
Y se vende al oficio lucrativo;

» Enervado, la lucha le fatiga,
Y se arreboza en clámide de seda,
En vez de revestirse la loriga.

» Y de esta suerte hacia el abismo rueda
Sin encontrar la vigorosa mano
Que en su camino detenerle pueda.

» ¡Oh si volviese al tiempo, ya lejano,
En que hambriento y desnudo acometía
Como un lobo al ejército romano!

» Al mirar su presente cobardía,
Tal furor me arrebata, que quisiera
Volverlo á aquella condición bravía;

» Que el cobarde en esclavo degenera,
Y es la resignación más vejatoria
Que el instinto salvaje de la fiera.

» Bárbaros, sí, mas héroes y con gloria
Vinimos de Tartaria hasta el Vesubio
Á ceñir el laurel de la victoria.

» ¡Cuántos veces del Vístula al Danubio
Bajamos contra Roma disoluta
Con la indomable fuerza del diluvio!

» Con la espada por Dios, la piel hirsuta
De la fiera polar por todo fausto,
Por todo templo la escondida gruta

» Donde al Dios se ofrecía en holocausto
La cabeza cortada al enemigo
En la revuelta del combate infausto;

» Nuestra raza brutal trajo consigo
Á Europa, por los vicios depravada,
La regeneración con el castigo

» Sueño á veces que miro congregada
Bajo el árbol sagrado su asamblea,
Y que á la voz profética é inspirada

» Del implacable Odín, á la pelea,
Cumpliendo ciega su misión divina,
Se lanza con bravura gigantea.

» ¡Cómo á sus pies con cólera leonina
Del acero tajante al golpe rudo
Montones de cadáveres hacina!

» Ni el peto le resiste ni el escudo;
Divide y rompe, como el rayo hiciera,
El redoblado arnés su hierro agudo.

» Recogida la larga cabellera,
Enastado en el palo de una pica
Un cráneo de caballo por bandera,

» Y al ronco són del cuerno, que duplica
Su valor en la lucha, llega á Roma
Como una tempestad que purifica;

» Y ayudando del vicio á la carcoma
Que lenta la minó, cede á su empuje
La antigua sociedad y se desploma.

» ¿Qué raza que á la nuestra sobrepuje?
Cuando recuerdo su brillante historia
Y hoy miro su abyección, mi pecho ruge.

» ¿Qué resta de su brío y de su gloria?
Humo y aire, no más; un sueño incierto,
Porque sólo es un sueño la memoria.

» Hoy circula, merced á torpe ingerto,
Por nuestras venas la ponzoña insana
De aquel imperio gangrenado y muerto,

» Cuando reniego de mi fe cristiana,
Tan sólo por haberla recibido
De aquella impura sociedad romana.

» ¡Que me perdone Dios si le he ofendido!
El dolor y la cólera me ciegan
Hasta el punto de haberme enloquecido.

» Á mis ojos las lágrimas se niegan.
Ante una tempestad embravecida
Yo soy de los que rugen y no ruegan.

» Si oís decir que mi hueste fué vencida,
No preguntéis, Señor, cual fué mi suerte.
Ántes que ser esclavo, ser suicida;
Si no muero en la lid, me daré muerte. »

VI

ENTREVISTA Y CITA

Teodomiro el valeroso
Con acerado acicate,
Las secas ijadas bate
De un alazán vigoroso;

Que aun siendo la noche oscura,
Como es muy claro su instinto,
Veloz cruza el laberinto
De la intrincada espesura.

Lleva el noble caballero
Puesto en la cuja el lanzón;
Pendiente del cinturón
El largo y bruñido acero;

La abundosa cabellera
Bajo el casco recogida;

Floja del potro la brida,
Porque apriete en la carrera;

Ceñida al pecho la malla,
Y el escudo tresdoblado
Al fuerte brazo ajustado
Como al entrar en batalla.

Su mirada centellea
Cual la de fiera felina;
Cuanto más presto camina,
Más al caballo espolea.

Pasa como una visión,
Y cualquier que le encontrara,
De seguro le juzgara
Fantástica aparición.

Que de la noche en la sombra
Hallar tan feroz guerrero
Y oir el choque de su acero,
Al más intrépido asombra.

Á más que, hereje ó cristiano,
Todo mortal, califica
Aquello que no se explica,
Ó teme, de sobrehumano.

Pero ¿por qué Teodomiro,
Hombre de tan raro empuje

Que habla y parece que ruge,
Abre su labio al suspiro,

Y es el sollozo el idioma
De su pecho acongojado
Y á su párpado inyectado
Ardiente lágrima asoma?

Es que á su esposa hechicera
Adora con vivo ardor,
Y es sabido que el amor
Trueca en cordero á la fiera.

Es que teme por la vida
De aquella mujer hermosa,
Y una sospecha horrorosa
Lleva en el pecho escondida.

Envióla un mensajero
Con su anillo por señal,
Y se lo encontró mortal
Del camino en el sendero;

Diciendo que hombre ó diablo,
Por el anillo robarle,
Á traición quiso matarle
Arrojándole un venablo.

« ¡ Ay si un oculto enemigo
Á Clodosvinda llegara

Y su seno mancillara! »
— Iba diciendo consigo; —

« Y, ¡ay si por mísera suerte
Hallo mi bien, mi tesoro,
Al ángel á quien adoro,
En los brazos de la muerte! »

Y á este punto otro guerrero,
De todas armas armado,
Pasó corriendo á su lado
Aun más que el viento ligero.

Y le hizo temblar cobarde,
Porque al pasar le gritó :
« Vienes cuando vuelvo yo.
Teodomiro, llegas tarde. »

Herido por mortal presentimiento,
Desesperado, loco,
Llega, al fin, Teodomiro al aposento
Donde, postrada en tierra,
Aun la mujer á quien adora yace,
Y viéndola se aterra,
Y él, que no llora, en llanto se deshace.

Intenta hablar y permanece mudo,
Que echa el dolor á su garganta un nudo;
Quiere alzar á la víctima del suelo,
Y lleno de temor á ella no avanza;

Que, en medio de su duelo,
De que aun le reste vida
Conserva la esperanza,
Y no la quiere ver desvanecida.

Por largo tiempo inmóvil permanece;
Su terror se acrecienta,
Y, cual yerto cadáver, palidece.
Halla fuerzas al fin, corre á abrazarla
La besa con pasión, y, loco, intenta
Con sus besos ardientes reanimarla.

¡Cuánta fué la alegría
Del triste Teodomiro!
De Clodosvinda el corazón latía,
Y prorumpió su labio en un suspiro.

La cuchilla del Conde se veía
De la bendita cruz al pie clavada:
Aquella cruz salvó á la desdichada,
En su terror, no supo donde hería
El Conde vil, y muerta la creía
Porque cayera al suelo desmayada.

Abrazáronse, y unidos de esta suerte
Los felices amantes, olvidaron
Los tristísimos días que pasaron,
Y el porvenir también, que era la muerte.

Encendió en viva luz amor divino
Sus almas venturosas,

Que en ciego torbellino
Una en torno de otra revolaron,
Cual locas mariposas,
Y en éxtasis divino se besaron.

Mas ¡ay! que la ventura
Llega, luce, fulgura,
Deleita y embriaga,
Y, como fuego fatuo, sólo dura
Un instante y se apaga.

Es ¡ay! la onda del río,
Que, ensanchándose, corre hacia la orilla
En busca de la muerte;
Rápida exhalación que un punto brilla
Y en el espacio en nada se convierte;
Nube que ondula, asciende y se dilata
Para desvanecerse en el vacío,
Ó gota cristalina de rocío
Que se evapora cuando al sol retrata.

Tiene la misma vida de la rosa,
Que nace, reina y muere en solo un día;
Como á la mariposa
Le aparecen las alas
Cuando le acecha ya la muerte impía;
Como el crespón de espuma ostenta galas
Que un suspiro del céfiro deshace;
Se evapora lo mismo que un perfume,
Y el fuego que la enciende cuando nac
Es incendio voraz que la consume.

TEODOMIRO

Por fuerza habré de partir.

CLODOSVINDA

¿Y me vas á abandonar?

TEODOMIRO

Mi deber he de cumplir.

CLODOSVINDA

¡Y tu deber no es amar?

TEODOMIRO

Es ó vencer ó morir.

CLODOSVINDA

¿Quién te lo exige?

TEODOMIRO

El honor.

CLODOSVINDA

¡Á una frase sin valor
La ventura posponer!

TEODOMIRO

Entre el amor y el deber...

CLODOSVINDA

Lo primero es el amor.

TEODOMIRO

¿Y la patria?

CLOSDOVINDA

¿Y mi quebranto?

TEODOMIRO

El defenderla me toca.

CLODOSVINDA

¿Y qué será de mí en tanto?

TEODOMIRO

¡Clodosvinda!

CLODOSVINDA

Cae mi llanto
Sobre un corazón de roca.

TEODOMIRO

No me quites la firmeza
De que tanto necesito;
Si cometiese el delito
Que me indica tu flaqueza,
Del mundo fuera maldito.
Y si en aras del amor
Sacrificara el honor,
Clodosvinda, no me amaras,
Ántes bien te avergonzaras
Del cobarde y del traidor.

CLODOSVINDA

Yo te amo, débil ó fuerte.
¿Á qué buscar en la guerra

Mi desventura y tu muerte,
Si aun nos ofrece la suerte
Vida feliz en la tierra?
Tú eres el ser de mi ser,
El alma del alma mía;
¿Qué sin ti de mí sería?
Si te llegase á perder,
Teodomiro, moriría.
¿Sabes tú lo que es amar?

TEODOMIRO

Es hacer del pecho altar,
Colocar en él un ser
Y *en él sólo compendiar*
Del universo el valer.
Es vivir la vida ajena
Al par que la propia vida,
Sintiendo la sacudida
De otra alma de amores llena
En la nuestra engrandecida.
Alcanzar en nuestro anhelo
La plenitud del vivir,
Y, hallando mezquino el suelo,
Ansiar lo eterno y morir
Para encontrarlo en el cielo.

CLODOSVINDA

¡Bendito tu noble amor!
Marcha y cumple con tu honor;
Mas antes dame la muerte,
Y en el cielo, de esta suerte,
Nos amaremos mejor.

TEODOMIRO

Yo también tu amor bendigo.

CLODOSVINDA

Yo quiero hallar á ti unida
La muerte; Dios me es testigo
De que amo sólo la vida
Si he de gozarla contigo.

TEODOMIRO

¿Valor no te faltará
Para morir?

CLODOSVINDA

Lo has de ver:
Mi pecho desnudo está;
Hiere.

TEODOMIRO

¿Yo herir?

CLODOSVINDA

Amor da
Heroísmo á la mujer.

TEODOMIRO

Ve á la Cueva donde el mar,
En la roca al golpear,
De un Cristo se hizo escultor,
Que en ella te iré á buscar

Ó vencido ó vencedor.
Y si al tender su capuz
La noche, no estoy allí...
Entonces... reza por mí
Postrada al pie de la Cruz,
Y... haz lo que quieras de ti.

VII

LA BATALLA

Todo es confusión, bullicio,
Á la venida del alba
En los campos que se extienden
Entre Assidonia y Mellaria.

Las huestes godas de un lado,
Del otro las africanas,
Apréstanse presurosas
Á reñir cruenta batalla.

Forman los godos en orden
Fuerte centro y grandes alas;
Se apelotonan los árabes
En medio de una explanada;

El sol asoma en Oriente,
Y, cual si al sol se esperara,

De ambos campos á los cielos
Mil clamores se levantan.

Y se mezclan y confunden,
Con los gritos de venganza,
Del atambor los redobles
Y los choques de las armas.

Relincha el caballo indómito,
Se encabrita ó fiero piafa;
Hace sonar el soldado
Contra el escudo la espada,

Y añafiles y trompetas
Sonidos bélicos lanzan,
Y asordan como el estruendo
De gigante catarata,

Que rugiente se despeña
De la altísima montaña,
Estrellándose en las rocas
Con estrépito que espanta.

¡Qué espectáculo! Allí brillan
Las entretejidas mallas,
Los bruñidos coseletes,
Las flamígeras espadas.

Allá del árabe ondulan,
Como las mieses, las lanzas
Que llevan crines flotantes
Pendientes de la moharra,

Y el *pendón* y la *jineta*
Y la *bandera* y la *raya,*
Ondeando se retuercen
Ó se despliegan y ensanchan.

Aquí una legión de godos
Por vereda angosta marcha,
Serpeando entre las breñas
Como culebra de plata.

Acá los jinetes árabes
Se arremolinan ó espacian,
Y ondean sus albornoces,
Y brillan sus cimitarras.

Van á defender los godos
Su fe, su vida, su patria,
Y á vengar los atropellos
De las hordas musulmanas.

Éstas, por el fanatismo
De su religión cegadas,
Van á conquistar la tierra
Como el Profeta ordenara.

Quiere empezar atacando
Teodomiro, la batalla,
Y reuniendo á sus caudillos
De aquesta suerte les habla :

«Condes, Gardingos, Tiufados :
De vencer la hora es llegada

Á los fieros invasores
Que la traición trajo á España.

»Sois godos; que no olvidéis
Á lo que obliga la raza.
¿Quién que de godo se precie
Da al enemigo la espalda?

»Si vencidos, ¿qué os espera?
La muerte, peor, la infamia:
Si vencedores, la gloria,
La bendición de la patria.

»Caigamos sobre esas fieras
Cual tromba que se desata.
¡Sus! guerreros, al combate,
Que Dios guía nuestras armas!»

Y cual rápido torrente
Que rueda por la montaña,
Con ímpetu irresistible
Al árabe se abalanzan.

Al choque ceja el contrario,
Se aterroriza, se pasma;
Pero vuelve á la contienda
Con nuevo empuje y más rabia.

Al fin entrambos ejércitos
Forman una sola masa,
Y cuerpo á cuerpo una lucha
Sangrienta y feroz se entabla.

Sujeta el infante godo
Con los garfios de la lanza
Al enemigo desnudo,
Y con la segur le acaba;

Del acero al fuerte golpe
El escudo se quebranta,
Se hunde la cota en el pecho
Y el casco en pedazos salta.

Siega allí cuello robusto
Damasquina cimitarra;
Allá el *escramo* se rompe
Al rebotar en la malla.

Arrecia el combate, aumentan
El estruendo y la matanza;
Y es nube de polvo el aire
Y el suelo sangrienta charca.

Se ven hombres y caballos,
De la muerte entre las ansias,
Removerse confundidos
Y golpearse con rabia;

Y ruedan cimeras rotas,
Turbantes, gumías, corazas
Y miembros ensangrentados
Sobre las mieses lozanas.

Ya lleva la mejor parte
Teodomiro en la batalla;

Mougheith-al-Roumi ha caído
Muerto al golpe de su espada:

Mas á este punto un jinete
Aparece en la montaña:
Es Tariq; los musulmanes
Á su vista se entusiasman,

Y cierran con nuevo arrojo
Contra las fuerzas mermadas
De Teodomiro, moviendo
Estrepitosa algazara.

Tiene Tariq negros ojos
De penetrante mirada,
Rostro enjuto y atezado
Y rubia y sedosa barba.

Alto y nervudo, maneja
Como un Hércules la lanza,
Y nadie en valor le excede,
Cual nadie en fuerzas le iguala.

Lleva rojos borceguíes,
Blanco alquicel, fina malla,
Gran turbante sobre el casco,
Damasquina cimitarra,

Y castiga los ijares
De una hermosa yegua blanca,
Que en el combate escarcea
De igual suerte que en la zambra.

Observa Tariq la lucha,
Á los suyos se adelanta,
Y gesticulando fiero
Con vibrante voz exclama:

« ¡Oh muslimes, vencedores
» De Almagreb, dueños del África,
» Frente tenéis la victoria,
» Y el mar, la muerte á la espalda!

» Las naves donde vinisteis
» Serán presa de las llamas.
» Ved, ya lo son, esas nubes
» Son humo que al arder lanzan.

« ¿Queréis morir, ó queréis
» Conquistar la hermosa España?
» ¡El profeta nos ayuda!
» ¡Guallah! ¡mis valientes! ¡Guallah! »

Y arremetiendo el primero,
Va al empuje de su lanza
Arrollando al enemigo,
Que desfallece y desmaya.

Teodomiro que lo viera,
Hacia él intrépido avanza,
Y una lucha de Titanes
Entre ambos héroes se traba.

Los golpes abrumadores
Los fuertes escudos paran,

Y los aceros fulminan,
Y uno al otro no aventaja.

Mas llega un traidor infame
De Teodomiro á la espalda,
Y le da tremendo golpe
En la cabeza, á mansalva,

Y á Tariq grita:—«¡Á Mergablo
Ó á Conil, cual tú la llamas,
Y al mismo tiempo se cumplan
Tus sueños y mi venganza!»

Era el Conde: Teodomiro
Cayó á tierra, y desbandadas
Las huestes godas huyeron
De las hordas africanas

VIII

EN LA CUEVA

CUÁNTAS veces, oh mar, contigo á solas
En el cendal envuelto de la bruma
He contemplado tus hinchadas olas
Deshacerse en espuma
Al estrellarse en el peñasco ingente
Con cólera bravía!
Así la duda impía,
Que todo lo atropella,
Llega rugiendo á combatir la mente,
Y furiosa se estrella
Contra el escudo de la fe potente.

¡Qué hermoso siempre estás! Ora salvaje
Te desbordes tremendo,
Asordando el estruendo
Que levanta tu indómito oleaje;
Ora cuando tu furia no desatas,

Cristalino palacio,
Inmensidad movible que retratas
La inmensidad inmóvil del espacio!

Riza el viento tus olas con violencia,
Pero tu fondo permanece en calma;
Imágen de mi alma
Combatida por dudas y pesares,
Que no alteran la paz de mi conciencia,
Tranquila como el fondo de los mares.

¡Con qué placer siguiera al pez dorado
En tu insondable seno,
Que es palacio encantado
De mil riquezas y misterios lleno;
Y llegara á tus bosques de corales
Y viera á las Ondinas
Bulliciosas jugando en los umbrales
De sus grutas de conchas nacarinas!

Como blanco topacio
Llega el sol á través de tus cristales
Á las regiones hondas
Donde el Tritón fabrica su palacio
De madréporas bellas,
Tan cuajadas de estrellas
Como en noche clarísima el espacio.
Allí se trueca el férvido oleaje
En apacibles ondas
Que mueven de las algas el ramaje
Y dulces besan las marinas frondas,

Y en la noche tus senos misteriosos
Y tus tranquilas aguas transparentes,
Cruzan estelas mil fosforescentes
De millares de peces luminosos.

¡Oh mar, inmenso mar! te amo, te admiro,
Tu bravura me presta fortaleza
Y en tus sublimes cánticos me inspiro;
Y hoy te envío de lejos con tristeza,
En mi canto, nostálgico suspiro!

Allí donde de Juno el promontorio (1)
Se encuentra socavado
Por los golpes del mar embravecido,
En las rocas un Cristo se ve alzado
Por las rugientes olas esculpido.
Eterna sombra enluta
El fondo inaccesible de la gruta,
Donde, si la tormenta se desata,
Penetra el mar bravío
Vertiéndose lo inmenso en lo vacío
Con el fragor de rauda catarata.
Amenaza la cóncava techumbre

(1) Antiguo nombre del cabo de Trafalgar. Taraf-al-ghar significa en árabe promontorio de la caverna.

Caer con espantosa pesadumbre;
Llega del sol allí la luz bendita
Como medrosa lumbre
No bastante á irisar la estalactita
Que eternamente llora,
Y con estruendo todo son retumba,
Pues tiene aquella cueva aterradora
La vacuidad sonante de la tumba.

De pie en la roca donde el Cristo se alza,
Arrebozada en blanca vestidura,
Imagen del dolor y la amargura,
Espera Clodosvinda,
Sin que al cansancio ni al pesar se rinda,
Al hombre que es su bien y su ventura.

¡Qué cuadro! ¡qué fantástica figura!
Entra el mar en los huecos
De los duros peñascos, espumoso,
Y repiten mil ecos
Su estrépito fragoso;
Allá, lejos, la nube se arrebola
Con la postrera claridad del día;
La eterna noche de la cueva oscura
Aun se hace más sombría :
Avanza sordamente la marca,
Y con más furia cada nueva ola
El peñascal golpea :
En la medrosa entrada
Del abismo, que abriera el oleaje,
Se ve la cruz sagrada

Por las olas de espuma salpicada
Que la entonan un cántico salvaje,
Y al lado de la cruz á Clodosvinda,
Que, cuando su flotante vestidura
La fresca brisa azota,
Se creyera una blanca gavïota
Aleteando para alzar el vuelo
Á lo azul de la altura,
Que es para el ave y la mujer el cielo.

Tiende la noche su enlutado manto;
Á la cita no acude Teodomiro,
Y la triste mujer prorumpe en llanto
Que entrecorta el histérico suspiro.

Mas súbito se asombra
Y su dolor se trueca en mudo espanto.
Hiende la espesa sombra
Insólito fulgor de roja llama;
De la cueva la cóncava techumbre
Parece que se inflama
Y que arde en viva lumbre
Que en el abismo oscuro se derrama;
En medio el mar flamea
Rojo volcán flotante y luminoso,
Que va hendiendo las olas presuroso,
Al empuje veloz de la marea;
Y otro le sigue rápido, humeante,
Y otro más, y otro más, y veinte, y ciento,
Como si roto el eje de diamante
Del alto firmamento,

Las estrellas se hubiesen desplomado
En aquel mismo instante
Sobre el profundo mar alborotado.

Eran las naves de Tariq que ardían,
Las olas con furor las arrastraban;
Más, al correr, sus llamas se encendían,
Con pavoroso estrépito estallaban
Y en el abismo súbito se hundían.

Del incendio la llama fulgurante
En la rota armadura reverbera
De un hombre con el rostro ensangrentado,
Que ansioso, jadeante,
Se arrastra por las peñas desalado.

En llegar persevera
De la alta cruz á la escarpada roca,
Y al fin logra subir. Como una loca
Á él llega Clodosvinda; el triste quiere
Entre sus brazos encontrar consuelo,
Y al abrazarla se desploma al suelo,
La mira con pasión, suspira, y muere.

Arrasados en lágrimas los ojos,
Con arrebato que en locura raya
Abraza aquellos míseros despojos
Clodosvinda infeliz; después, inerte
La deja el estupor, y se desmaya,
Quizás también herida por la muerte.

Sigue el incendio, crece la marea,
Sube, sube, golpea
Los cadáveres ya, y ¡ oh cataclismo!
Una inmensa oleada se adelanta,
De su lecho de piedra los levanta
Y rodando los lleva hasta el abismo.

Y tienen los amantes lo ignorado
Por honda sepultura;
Por ardiente capilla
La cueva en cuyo techo abovedado
Todo un incendio se refleja y brilla;
Por antorchas cien naves incendiadas,
Por catafalco rocas escarpadas,
Por defensa la cruz donde Dios muere,
Y por responso el ronco miserere
De las olas del mar alborotadas.

Sevilla, Junio del 78.

LA NIÑA DE GÓMEZ ARIAS

Á MI QUERIDO AMIGO Y MAESTRO
DON ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL

I

Á DÓNDE irá, caballero
En su yegua jerezana,
Tan de noche y de camino,
El mancebo Gómez Arias?

No á buena parte de juro,
Cuando el semblante recata,
Recela de quien le mira
Y todo le sobresalta.

Recelo engendra el delito,
Busca sombra la asechanza;
Que la virtud no huye el rostro,
Ni teme conciencia honrada.

Va el mozo tan preocupado,
Que consigo á solas habla,
Abre el labio á la sonrisa,
Frunce el ceño, jura ó canta,

Como si á un tiempo en su mente
Recio combate libraran
El placer y la amargura,
La cólera y la esperanza.

Hidalgo de poca hacienda,
Aunque de ilustre prosapia,
Estima en poco el linaje,
Y la hacienda estima en nada;

Que á la par honra y fortuna
En burdeles despilfarra,
Y ahoga escrúpulos en vino
Y pesadumbres en zambras.

El ayer le importa un bledo,
Jamás piensa en el mañana,
Cifra en los dados su suerte,
Y su derecho en la espada.

No hay, sin él, motín, querella,
Francachela, ronda ó danza,
Ni reja, garito ó barrio
Que no cuente sus hazañas;

Y con bravos y rufianes,
Y mozas de rompe y rasga,
Sin miedo á Dios ni al demonio
Bebe y riñe, triunfa y gasta.

Pero pródigo, de ingenio
Y de apostura bizarra,
Dulce en el mirar, y dulce,
Más que la miel, en el habla,

Moza en quien fija los ojos
En red de amor enmaraña,
Y el afán que en seducirla,
Pone luego en olvidarla.

De Córdoba á corto trecho,
En sus cristales retrata
Guadalquivir, un castillo
Que tiene honores de alcázar.

Cual su tesoro el avaro,
Don Juan de Leiva en él guarda
Una niña, cual no hay otra,
Ni andaluza, ni africana.

Viudo, viejo y maltratado
Del hierro en muchas batallas,
La dulce paz del retiro
Busca al fin de su jornada;

Y allí vive, la memoria
Puesta siempre en sus campañas,
En doña Luz su amor todo,
Y en el cielo su esperanza.

———

Doña Luz frisa en los quince,
Y niña de cuerpo y de alma,
Más bien que rosa es capullo,
Y más bien que un sol, el alba.

Es como un junco flexible,
Cual ramo de sauce lánguida,
Tímida cual la violeta,
Y cual la azucena pálida.

Tiene los ojos muy negros,
Mucha luz en la mirada,
Ondulante cabellera,
Que puesta de pie le arrastra;

Su ronrisa es una aurora,
Y hay música en sus palabras;
Alondra que lo que dice,
Más que lo dice, lo canta.

¡Pobre niña! No hace mucho
Que juegos, risas y danzas
Eran su vida, que hoy forman
Suspiros, miedos y lágrimas.

Conoció en mal hora á un hombre,
Y perdió ventura y calma;
Que amor suele herir los pechos
Con flechas envenenadas.

¡Qué soñar con el que adora,
Y qué sufrir cuando tarda,
Y qué temer cuando llega,
Y qué llorar si se marcha!

Acude al rezo, y el nombre
De su amante el rezo acaba;
Que ya no sabe la lengua
Pronunciar otra palabra.

La hostiga el remordimiento,
Que á su viejo padre engaña,
« No he de verlo más, lo juro »,
Se dice cada mañana,

Y antes que llegue la noche
Lo espera desesperada
En el alféizar calado
De la morisca ventana.

Un día que el torpe amante
Quiere atrevido besarla,
Como flor que inclina el viento,
Da en sus brazos desmayada;

Y el vil, con carga tan dulce,
La vieja pared escala,
En la noble yegua monta,
Espuelas pica y escapa;

Y parece de tal guisa,
Salvando montes y zanjas,
Á la luz de las estrellas,
Demonio que lleva un alma.

II

No tiene rival Sevilla
En hermosura y grandeza,
Y es tan gloriosa en las armas
Como inmortal en las letras.

Un Dios echa sus cimientos,
La hace fuerte Julio César,
La gana el moro y la adorna,
Un Santo la recupera,

Y don Pedro de Castilla,
Con sus justicias acerbas
Y sus dulces amoríos,
De tradiciones la siembra.

De mármoles y azulejos
Ricos palacios ostenta
Y gallardos alminares,
Donde la Cruz señorea.

Allí las columnas de Hércules,
Allí la Giralda esbelta,
Y el Alcázar primoroso,
Y la Catedral inmensa.

Rica, noble y muy cristiana,
No hay calle sin lonja abierta,
Ni casa sin un escudo,
Ni barrio sin una iglesia.

Los naranjos la embalsaman
Á la par que la hermosean,
Y Guadalquivir la arrulla,
Y la retrata y la besa.

Brotan flores en sus fuentes,
Y sus fuentes donde quiera,
Y de las flores en torno
Mariposillas y abejas.

Los campos que la circundan
De frutos sus trojes llenan,
Y entonan á la sultana
Dulcísimas cantinelas

La codorniz en las mieses,
El jilguero en la alameda,
La tórtola en los olivos,
Y el ruiseñor en la selva.

Allí no hay nube en el cielo,
Ni crece abrojo en la tierra,
Ni el huracán troncha el árbol,
Ni la nieve el fruto seca.

Blandos céfiros susurran
En constante primavera,
Y el suelo es plantel de flores,
Y el firmamento de estrellas.

Hay de San Pedro en el barrio
Una casa solariega,
El patio como una plaza,
El jardín como una huerta,

El zaguán como una calle,
La alta torre con almenas,
La puerta cual la de un templo,
Y el blasón sobre la puerta.

En aquella casa vive,
Si es vida morir de pena,
Doña Luz, la niña hermosa
Del noble don Juan de Leiva.

Como no entiende de infamias
La angelical inocencia,
Doña Luz tan sólo mide
Su pesar y no su afrenta;

Pero que llore y que rece
Le dice una voz secreta,
Y cual una mártir llora,
Y cual una santa reza.

El infame Gómez Arias
Cien mil historias le cuenta,
Y le jura ser su esposo
Ante Dios y ante la tierra.

Y la niña, que le quiere,
Ningún engaño recela,
Pero está triste, muy triste,
Y del color de la cera.

Planta que crece viciosa
Á su peso se doblega;
Que es el fuego que la anima,
El incendio que la seca.

Las amorosas pasiones
Que el apetito alimenta,
El desvío las enciende
Y la posesión las hiela.

No así las pasiones puras;
Como el cariño es su esencia,
El logro y el tiempo añaden
Más combustible á la hoguera.

Lo que ayer tanto anhelaba,
Hoy Gómez Arias desdeña;
Ya de la niña se aburre,
Le enoja cuando se queja,

Le cansa si le acaricia,
Si llora le desespera,
Y halla fealdad su hermosura,
Y necedad su inocencia.

Y doña Luz corresponde
Á la esquivez con finezas,
Cada día más amante,
Más inocente y más tierna.

Pierde el mancebo jugando
Lo que de bienes le resta,
Y cuando todo lo pierde,
Excepto querida y yegua,

Con ambas parte una noche,
Buscando bosques y sierras,
Y camina hasta encontrarse
De Benamejí á las puertas.

Al alcaide de la plaza
Manda recado que venga,
Y el alcaide, noble moro,
Sale al campo á darle audiencia.

De doña Luz se retiran,
Que está viendo que le entrega
Á su amante el sarraceno
De oro una bolsa repleta.

Oye al alcaide que dice:
«Ya es mía la nazarena»;
Ve á Gómez Arias que parte,
Al alcaide que se acerca,

Y dando un grito, que haría
Estremecerse á las piedras,
Como herida por el rayo,
Viene rodando por tierra.

III

Quien camina sin reparo
Por la pendiente del vicio,
Al cabo se precipita
Del crimen en el abismo.

Y no hay fiera como el hombre
Que la conciencia ha perdido,
Porque pone el pensamiento
En ayuda del instinto.

Cuanto más inteligente
El criminal, más inicuo;
Satanás es tan malvado
Porque fué casi divino.

¿Quién imaginar pudiera
Que un hidalgo bien nacido,
En esa edad generosa
Del amor y el heroísmo,

Cometiese desalmado
Un crimen tan inaudito
Como vender á una niña
Tras de haberla seducido?

La fiera mata, no vende;
Pero el hombre es más impío.
¡Siempre por *treinta dineros*
Habrá un Judás para un Cristo!

Y en tanto que Gómez Arias,
En el burdel y el garito,
Gasta el precio de la venta,
¿Qué habrá de la niña sido?

La llevó aquel golpe horrible
De la muerte al borde mismo:
Y al verla morir de pena
Y desordenado el juicio,

En lástima se trocaron
Del moro los apetitos,
Y de piedad llena el alma,
Volverla á su padre quiso.

Pero á este tiempo, la reina
Más grande que el mundo ha visto,
El sol de la hispana historia,
La abuela de Carlos quinto,

Á Benamejí se acerca,
Y después de corto sitio,
La rinde, y toma; y rescata
Á los míseros cautivos.

———

Años, desdichas y achaques,
Aun abatir no han podido
Del noble don Juan de Leiva
Los caballerescos bríos.

Va Isabel contra Granada,
Y fuera bien fementido
Hidalgo que tal empresa
Mirase desde el retiro.

Ahogando dentro del pecho
Sus penas, cuelga del cinto
El acero toledano,
Á luchar apercibido.

De la nobleza de Córdoba
Como hidalgo más antiguo,
Le hacen alcalde, y el cargo
Lleva como fuerte y digno.

¡Qué alegría la del viejo
Al hallar su ángel perdido,
Y qué angustia al encontrarlo
En la infamia y el ludibrio!

El pesar y la vergüenza
Lo hubiesen muerto de fijo,
Á no llamarlo á la vida
De la venganza los gritos.

———

Obedeciendo al reclamo
De un poder desconocido,
Allí acude el delincuente
Donde cometió el delito.

¿Es ceguedad del culpado?
¿Es la fuerza del destino?
Parece que el crimen tiene
Conciencia y busca el castigo.

Á Córdoba en son de guerra
Fué Gómez Arias solícito,
Más que el campo de batalla,
Buscando campo á sus vicios:

Pero habiendo acuchillado
Á otro mozo en desafío,
De la nobleza al alcalde
Lo sometieron al juicio.

Al verlo don Juan de Leiva,
Fué á matarle decidido;
Pero ¿cómo darle muerte
Dejando el agravio vivo?

De Isabel se echó á las plantas,
Diciendo: « Justicia pido. »
Y le respondió la Reina:
«La he de hacer mañana mismo.»

IV

La gran catedral cristiana,
Que ayer fué mezquita mora,
Por mandato de la Reina,
Hoy luce sus galas todas.

Cubren los muros del templo
Cortinas de felpa roja,
El pavimento alcatifas,
Y pabellones las bóvedas.

Ricos flameros de plata
Esparcen nubes de aroma,
Que en el crucero sombrío
Se pierden en leves ondas.

Los retablos entallados
Con labores caprichosas;
Los vivísimos esmaltes
Que las arcadas decoran;

Las preseas de los santos
Cuajadas de fino aljófar,
Á la luz de los blandones
Color, bulto y brillo toman.

En el ancho presbiterio,
Bajo un dosel con corona,
Se alza un sitial blasonado
De prolija labor gótica,

Y dos blandos almohadones
De terciopelo, con borlas
Y flecos de oro, descansan
Sobre granadina alfom

Entre ciriales y cruces
De plata y bruñido azófar,
Prestes, abades y obispos
En el presbiterio asoman,

Y á poco Isabel primera,
Como el sol esplendorosa,
El imperio en la mirada
Y la sonrisa en la boca.

Lleva un rico brial de seda
Azul celeste, con blondas
Y recamos de oro y plata,
Que el blasón de España forman;

Pendiente del albo cuello,
Que da envidia á la paloma,
Los collares de las órdenes,
Que son sus preciadas joyas,

Y sobre la frente altiva
El encaje de la toca,
Sujeto con la diadema,
Que es en su frente aureola.

Magnates y ricos homes,
Pajes y damas hermosas,
Letrados y capitanes
En derredor se colocan;

Y soldados, labradores,
Mercaderes de las lonjas,
Frailes, sopistas, mendigos
Invaden las naves todas.

El arnés, el sayo burdo,
La cuera, la oscura loba,
El sombrero de alas luengas,
El almete con garzota,

Arcabuces, alabardas,
Estandartes, banderolas,
Galas, insignias, libreas,
Cascos, plumas, randas, cotas,

En revuelto torbellino
Se confunden, se amontonan,
Se agitan, lucen, ondulan,
Y reverberan y flotan.

Ante el dosel de la Reina,
Severa la faz rugosa
Y severo el continente,
El de Leiva puesto toma.

Doña Luz está á su lado,
Muy pálida, temblorosa,
De blanca seda vestida
Y echada al rostro la toca;

Y Gómez Arias, que viste
Raso blanco que oro borda,
Y birrete de velludo
También blanco y pluma roja,

En el pomo del estoque
La siniestra mano apoya,
Y por el templo pasea
La mirada desdeñosa.

Del órgano dulcemente
Se escapa un raudal de notas;
Las campanas en la altura
Parecen tocar á gloria,

Y estos clamores, unidos
Á las preces y salmodias,
Llenan las naves del templo
Y hacen retemblar sus bóvedas.

Á Gómez Arias la niña
La blanca mano abandona;
Y apenas del sacramento
Termina la ceremonia,

Cuando alzándose la Reina,
Dice con voz imperiosa:
«¡Ballesteros: Gómez Arias
Vaya al punto á la picota!

Madrid, Julio del 79.

EL ÚLTIMO BESO

AL EMINENTE PINTOR SEVILLANO
DON JOSÉ VILLEGAS

INTRODUCCIÓN

Cuando el pasar me acongoja,
Ó la duda me atormenta,
Ó en mi corazón la envidia
Hiel escupe y le envenena,

En vez de romper en llanto,
En invectivas ó en quejas,
Me refugio en mis memorias
Ó en mis sueños de poeta.

Triste hallando lo presente
Y lo porvenir con nieblas,
Lo pasado ante mi vista
Luminoso se presenta,

Y al conjuro de mis labios
Resucita la edad bella
De la fe, del heroísmo,
Del amor y de la guerra.

Tórnanse bravos los montes,
Enmaráñanse las selvas,
Los castillos se levantan,
Las abadías se pueblan,

Y vuelvo á ver un retablo
En cada oscura calleja,
Un escudo en cada casa
Y una cruz en cada senda.

Se incorporan los guerreros
Sobre sus lechos de piedra,
El brazo dan á sus damas,
Que el sepulcro también dejan,

Y la mano en el acero
Y echada atrás la cabeza,
Se pierden por las crujías
Resonando las espuelas.

Aquí el pobre peregrino,
Allí el abad que guerrea,
Acá un rey que se tonsura,
Allá un obispo que reina.

Ora asisto á los torneos,
Y descifro las empresas,
Y conozco á los galanes
Por los colores que llevan;

Ora presencio un concilio,
Una asonada plebeya,
Una zambra de agarenos
Ó un combate entre galeras.

El señor de horca y cuchillo,
Que de igual suerte bravea,
Y destruye, y roba y mata,
Que enamora, canta y reza,

Viene á la par á mi mente
Que la tapada doncella
Del tiempo de los Felipes
Con rodrigón, paje ó dueña.

Y mezclo con los cruzados,
Los que en Italia pelean,
Los que descubren las Indias
Y los que á Granada cercan;

Que edades, pueblos, costumbres,
Á un tiempo á mi mente llegan,
Corren, pasan, tornan, brillan,
Se confunden y dispersan;

Encantado panorama
Que me alivia de mis penas,
Y me aturde, me fascina,
Me arrebata y me embelesa.

I

TOROS Y CAÑAS

Todo en la ciudad es fiesta,
Regocijo y algazara,
Y ecos de guzlas, clarines,
Atabales y dulzainas.

Verdes juncias y romero
Alfombran calles y plazas,
En terrados y alminares
Hay banderas desplegadas,

Y colgaduras de seda
Con rapacejos, y franjas.
Y bordados y divisas
Engalanando las casas.

En apretados cordones
Y en tropel las gentes ganan,
Luciendo vistosos trajes,
La plaza de Vivarambla,

Donde moros y cristianos,
El hierro trocado en galas,
Hoy con júbilo celebran
Fiestas de toros y cañas.

Tal se llenan los andamios
Que crujen bajo la carga,
Y en los altos miradores,
Azoteas y ventanas

Ó en riquísimos estrados
De telas adamascadas,
Venciendo al sol, se presentan
Las huríes africanas.

Cuadro de tal hermosura
Jamás se ha visto en Granada,
Tan famosa por el brillo
De sus torneos y zambras.

El cielo sin una nube,
Templado el sol, tibia el aura
Que se impregna del aroma
De las flores y del ámbar;

En huecos y graderías
La multitud apiñada,
Vestida de mil colores
Que la luz aviva y cambia;

Los rostros todos alegres,
Las aposturas gallardas;
Tal la escena, que no hay pluma
Ni pincel para pintarla.

Los hombres lucen emblemas
En capellares y adargas,
En bonetes y turbantes,
En plumas, joyas y mangas;

Y las damas terciopelos,
Y tafetanes y gasas,
Recamos de pedrería,
Volantes, vivos y randas.

Aquí flotan alquiceles
Guarnecidos de esmeraldas,
Y las tocas, y albornoces
Y los lazos de las bandas;

Allá los ojos deslumbran
Del oro el reflejo gualda,
El brillo de los diamantes
Y el fulgor de las miradas.

Junto á negros de Etiopia,
Los beduinos de Arabia;
Con turcos y marroquíes,
Los moros de la Alpujarra;

Al lado del sibarita
El guerrillero almogávar;
Y entre libres andaluzas
Hermosas griegas esclavas.

Y á tal cuadro que el sentido
Deleita, suspende y pasma,
Se junta el loco concierto
Del aire de las sonatas,

El relincho de los potros,
El redoble de las cajas,
Y requiebros, y suspiros,
Y gritos y carcajadas.

Suena el clarín, y el concurso
Como por ensalmo calla
Y lleva ansioso la vista
Á las brillantes escuadras,

Que salen de pronto al cerco
Tan lujosas y bizarras,
Que hacen prorrumpir á todos
En vítores y alabanzas.

Miden y parten los jueces
El sol, el campo y las armas,
Y ordénanse las cuadrillas,
Y frente á frente se paran.

Rigiendo va la moruna
El arrogante Abenaya,
Jinete en potro morcillo
Con la crin desmelenada.

Membrudo, la tez curtida,
Rubia y sedosa la barba,
Apretado el entrecejo,
Altanera la mirada,

Abierto al desdén el labio,
Y duras la voz y el habla,
Todo en el moro es firmeza,
Gallardía y arrogancia.

Lleva en leonado bonete
Plumas negras y moradas,
Como indicando tristezas
Y marchitas esperanzas;

Capellar y toca azules
Con que sus celos delata,
Marlota color de sangre
Que lo es también de venganza,

Y en el adarga esta letra
Entre hierros y guirnaldas :
« He de ser correspondido
Por fuerza si no de gracia. »

Todos le auguran el lauro,
Que es de león su pujanza,
Y muy señor, aunque fiero,
De sí mismo y de las armas;

Pero en la tierra andaluza
No goza de menos fama
El denodado caudillo
De la cuadrilla cristiana.

Mozo, y esbelto y forzudo,
La cabellera castaña,
Trigueño y los ojos pardos
Que acarician ó amenazan,

Con la sonrisa enamora,
Y seduce con la gracia,
Y rinde su cortesía,
Y su altivez avasalla.

Viste, en señal de agasajo,
De los moros á la usanza,
Pero defiende su pecho
Con la cruz de Calatrava.

Verdes, porque mucho espera,
Lleva el bonete y la manga,
Y asimismo la marlota
De oro y piedras recamada.

El capellar amarillo
Y por cifra en el adarga
Un pájaro y este mote :
« Tan libre como mi alma. »

Más con la voz que con hierro
Rige una yegua alazana
Que el jaez lleva cuajado
De campanillas de plata;

De tal sangre y tan airosa,
Que si el jinete la para,
Sacude la crin, relincha,
Se encabrita, bufa y piafa,

Y, al andar, encorva el cuello,
De espuma el pretal se mancha,
Y en vivo tropel las manos
Hasta la cincha levanta.

Hacen señal los clarines,
Pífanos, trompas y cajas,
Y veloces como el viento
Se arremeten las escuadras.

Corren, huyen, se revuelven
Y unas con otras se traban,
Y todo es estruendo, y polvo,
Y confusión y algazara.

Más bien que juego, parece
Que se riñe una batalla,
Tal ofenderse procuran
Hierro haciendo de las cañas.

Con una hirió el castellano
Al arrogante Abenaya,
Mas no se le vió la sangre
Por llevar marlota grana;

Y en tanto que se repone
Del golpe que le malpara,
Ve descender una toca
Del estrado de su dama,

Y que el joven nazareno,
Al correr de su alazana,
La recoge de la arena
Y se la pone por banda.

Correr quisiera á vengarse;
Mas gritando « ¡ Aparta, aparta! »
Los jueces dan fin al juego
Y echan un toro á la plaza.

Colorado, cervigudo,
Negras y agudas las astas,
Hosca y fruncida la frente,
La luenga cola enroscada,

Finos y cortos los remos
Y los ojos como brasas;
Jamás vió tan brava fiera,
Guadalquivir en sus aguas.

Ligera sale, y embiste,
Y atropella y desbarata;
Y párase, y desafía,
Y babea, y bufa y brama.

Los cobardes se retiran,
Los valientes se recatan,
El concurso se impacienta
Y el toro la arena escarba.

Al ver tal, el caballero
De la cruz de Calatrava,
Toma un rejón y á la fiera
Sereno y pausado marcha.

Acállase el vocerío,
Tiemblan medrosas las damas,
Mírale el toro suspenso
Y la multitud pasmada.

La fiera atrás se retira
Para acrecer su pujanza,
Tuerce la cola, y embiste
Ciega y bufando de rabia.

Por tres veces acomete,
Otras tres se ve burlada,
Y rompe en un alarido
La muchedumbre otras tantas;

Hasta que al fin el mancebo
El hierro agudo le clava,
Quiebra el rejón, y da el toro
En la arena ensangrentada.

Ensordece el vocerío
Con que celebran su hazaña;
Las hermosas le saludan,
Los caballeros le aclaman;

Pero el mozo no desea
Más premio que una mirada
De aquella hurí de los cielos
De cuya toca hizo banda.

Mas ¡ay! la ve sin sentido
En los brazos de Abenaya,
Que furioso, con el puño
Y la vista le amenaza.

Entonces se enciende en ira,
En vivos celos se abrasa,
Palidece, ruge, ciega,
Y herida de muerte el alma,

Espolea los ijares
De su yegua jerezana,
Que, partiendo como un rayo,
Fuera del coso le saca.

II

DON JUAN

Como es don Juan de Henestrosa
Noble, pródigo, arrogante
Y tan fiero en la pelea
Como jovial en las paces,

Estímanle los valientes,
Y le temen los cobardes,
Le agasajan los buscones
Y le respetan los grandes.

Si atrás se tira el birrete,
Y el embozo se deshace
Que ocultan la frente altiva
Y la apostura del talle,

Y en alguien clava los ojos,
Acariciando el montante,
Que apenas brilla desnudo
Cuando se ve tinto en sangre,

Si es hombre, la vista baja,
Ó de miedo ó de coraje,
Y si es mujer, la fascina,
Como la serpiente al ave.

En tiempo de paz, la emprende
Con los dados y los naipes,
Ó se enreda en amoríos
Que mueren apenas nacen;

Y es el rey de los festines,
Pues todos los cuentos sabe,
Hace hablar á la vihuela
Y canta mejor que un ángel.

Y á tanto su fama llega
Que es su entrada en las ciudades
Regocijo de hosteleros,
Terror de rondas y alcaldes,

Recelo de los maridos,
Escándalo de las madres,
Alegría de las mozas
Y rabia de los galanes.

Mas no haya temor alguno
De que sus blasones manche,
Los placeres le afeminen
Ó los vicios le avillanen;

Que si mocedad y bríos
Le punzan como acicates,
Refrénanle su hidalguía
Y el recuerdo de su padre.

Remontaba éste buen viejo
Á los godos su linaje,
Era conde de Castilla,
Señor de varios lugares,

Fiel súbdito de sus reyes,
Altivo con sus iguales,
Paternal con sus vasallos,
Y tan duro en los combates,

Que una vez que cayó herido,
Tal se aferró á su estandarte,
Que para de él desasirle
Fué necesario mancarle.

Bien presto su hijo dió pruebas
De proceder de tal sangre :
Niño aún, domaba un potro
Con un cordel por rendaje;

Mozo, una lanza rompía
Sólo al blandirla en el aire,
Y no eran diez enemigos
Para vencerle bastante.

De su arrojo y sus hazañas
Lleva en el pecho señales
Y en su blasón, al que lustre
Y nuevos timbres añade;

Pues dos pueblos fronterizos
Que ganó á los musulmanes,
El monarca generoso
En feudo vino á otorgarle.

Tal es don Juan de Henestrosa
Ó tal era; pues hoy trae
Los ojos enrojecidos,
Desencajado el semblante,

La color amarillenta,
Sin aliño alguno el traje,
El alma llena de sueños
Y el pecho de roncos ayes.

Ya no asoman á sus labios
Las risas ni los cantares;
De las gentes se recata,
Huye de plazas y calles,

Le dan horror las mujeres,
Enojos las amistades,
El vino melancolía,
Amargura los solaces,

Y ama del templo y del campo
Las augustas soledades,
Donde evoca las plegarias
Aprendidas de su madre.

Y es que ama por vez primera
Y á una nueva vida nace
De goces desconocidos,
De recónditos afanes,

De celosos arrebatos,
De ternuras inefables,
De tristezas infinitas
Y de sueños celestiales.

———

De reposada ventura
No goza desde la tarde
En que por banda á su pecho
Ciñó la toca de encajes,

Y ni un punto borrar puede
De su memoria la imagen
Angélica de la dama
Del caudillo Abencerraje.

Y de éste el ceño recuerda,
Y se apercibe á vengarse,
Y le atormentan los celos,
Y se enciende en iras tales,

Que á no venir el recuerdo
De la odalisca á templarle,
Á su rival diera muerte
Ó acabara por matarse.

———

Como el amor puede mucho
Y el dinero mucho vale,
Hasta lo imposible vencen
Cuando llegan á juntarse.

Dinero y amor por armas,
Lucharon los dos amantes
Hasta que al fin consiguieron
Á solas verse y hablarse.

Y riesgos dando al olvido,
Engañaron sus pesares
Con amorosas promesas
Y sueños irrealizables.

En sus amores pensando,
Don Juan se hallaba una tarde
Al pie de la forteleza
Que defiende sus lugares,

Cuando vió llegar al moro
Confidente de sus planes,
El cual le entregó una carta
Y partió con un mensaje.

Sólo aquélla contenía
Esta lacónica frase :
« Venid, don Juan, esta noche
El último beso á darme. »

El placer de ser citado,
Hizo á don Juan no fijarse
En aquel *último beso*
Que después le heló la sangre.

— « ¿Por qué el último? » — se dijo,
Y presa de mil afanes,
Mandó ensillar su caballo,
Se armó de disfraz y pase,

Y camino de Granada,
Poniendo el corcel á escape,
Más veloz que una saeta,
Se perdió entre los jarales.

III

GULNARA

El poderoso Abenaya,
Del rey favorito y deudo,
Á orillas del Darro tiene
Un alcázar tan soberbio.

Que envidia la misma Alhambra
Sus mármoles y arabescos,
Esmaltes y entalladuras,
Techumbres y pavimentos.

Mas si en artesones de oro,
Atauriques pintorescos,
Y resaltadas cornisas
Son ricos los aposentos,

Nada iguala los jardines,
Que al alcázar forman cerco
Con sus fuentes de mosaicos,
Kioscos y baños turquescos,

Albercas y surtidores,
Arrïates de azulejos,
Laberintos de arrayanes
Y bosques de limoneros.

En una noche de estío
De esas de dulce misterio,
En que al amor y al reposo
Convidan al mismo tiempo,

Del ruiseñor las querellas,
De las flores el incienso,
Las miradas de los astros
Y los suspiros del viento,

Gulnara espera á su amante,
Perdida la mente en sueños,
En un pabellón morisco
De enredaderas cubierto.

Echada está en alcatifas
Y almohadones damascenos;
Lleva brial de seda jalde,
De perlas bordado el velo,

Ajorcas de filigrana,
Sandalias persas de cuero,
Y un abanico de plumas
De pájaros del desierto.

Ya á una blanca margarita
Pide nuevas de su dueño;
Ya las hojas de una rosa
En su frente va rompiendo,

Rosa que, con ser su hermana,
Tiene amarguísimos celos
Del color de sus mejillas
Y el aroma de su aliento.

Una red de sirgo y perlas
Aprisiona sus cabellos,
Que si fueran desatados
Arrastraran por el suelo;

Y al mirar, abrasarían
Sus rasgados ojos negros,
Si las sedosas pestañas
No templasen sus destellos.

Rojos y húmedos los labios
Y á la sonrisa entreabiertos,
Cuando los cierra, parece
Que van á estallar en besos;

Y si sueña con amores
Toma su mórbido seno
Del ala de la paloma
El vivo estremecimiento.

Tiene el candor de la niña,
De la mujer el despejo,
De una reina la arrogancia
Y de heroina el denuedo.

Si la miran, se sonroja
Cual brasa que aviva el viento;
Si la ofenden, ruje altiva
Ó abruma con su desprecio;

Y su corazón se mueve
Á todos los sentimientos,
Á los que surgen del mundo
Y á los que bajan del cielo,

Como junco de ribera
Al que estremecen á un tiempo
La brisa que va volando
Y el agua que va corriendo.

Mantiénenla aquella noche
En vivo desasosiego
Las ansias de quien espera,
De ser vista los recelos

Y la lucha desastrosa
Para todo amante pecho
Entre la razón helada
Y el ardor de los deseos.

Oyó pasos á este punto
Y presa de loco anhelo,
Para abrazar á su amante
Alzábase del asiento;

Cuando se vió frente á frente
De Abenaya que, sereno
Y con los brazos cruzados,
La contemplaba en silencio.

Pasaron de aquesta suerte
Instantes que siglos fueron,
Hasta que así el moro dijo
Ronco y turbado el acento :

A. — Ha mucho, mujer ingrata
Que debiera haberte muerto,
Porque á mí no me matasen
Deshonra, vergüenza y celos;

Mas la esperanza maldita,
Árbol en flor nunca seco,
Me detenía y cien veces
Volví á la vaina el acero;

Porque cien veces me dije :
« ¡ Secóse el árbol; matemos! »
Y al irte á matar sentía
Que echaba retoños nuevos.

Murió al cabo mi esperanza,
Y hora es ya...
G. — Mata; más miedo
Te ha de causar el matarme
Que á mí la muerte que anhelo.

A. — ¡ Me desafías! ¿No sabes
Que quizás hoy te aborrezco
Tanto ó más que te amé siempre?

G. — ¡ Bendito aborrecimiento
Que me libra de la infamia
De tu amor!
A. — ¿ Qué has dicho, cielos?

¿ Has olvidado quién eres?
¿ De dónde, sino del cieno,
Te saqué para elevarte
Á la altura en que te he puesto?

¿Qué de ti sin mis favores?
De harén en mercado yendo,
Sólo abyección encontraras
En vez de mis nobles hechos.

G. —¿Si noble, por qué me arrojas
Como un ultraje sangriento
Al rostro, las deventuras
Que á tu infame raza debo?

¿Qué yo quién era? Una niña
Por un pirata perverso
Arrebatada á su madre,
Vendida en extraño suelo,

Y educada en la molicie
De los tuyos, para luego
Servir de pasto á sus vicios
Y más tarde á tus deseos.

A. —¿Y cómo hasta aquí viviste
Sin avergonzarte de ello?
G. — Porque nunca amé, y hoy amo
Con delirio á...
A. — Calla presto;

Nada digas; no le nombres;
Mira que estoy más sediento
De su sangre, que de lluvia
Las arenas del desierto.

¡También morirá á mis manos!
G. — ¡Á traición! Tú eres de aquellos
Que rugen como leones
Y se espantan como ciervos.

A. — Si no esperara vengarme,
Vil esclava, en tu tormento,
Sin lengua te hubieras visto
Con que acabar tal denuesto.

¿Cómo, al pronunciar mi nombre?...
G. — Tu nombre, tirano fiero,
No lo pronuncio, lo escupo
Como si fuera veneno.

A. — ¿Pero, esclava miserable,
Qué maleficio te han hecho
Para que así me aborrezcas?
Mas ¡ay! todo lo comprendo;

El vil, subido á la altura,
Hácese ingrato y soberbio.
Te amé bien y quien bien ama
Halla desdenes por premio.

G. — ¿Amor tú? Calla y no manches
Ese nombre con tu aliento.
¿Es amor el apetito?
¿Lo es acaso el desenfreno?

¿Se compra el ser que se ama?
¿Para conquistar mi pecho,
Hiciste más que comprarme
Y tomarlo como dueño?

Pero nunca he sido tuya.
¿Acaso soy yo mi cuerpo?
El alma la guardo virgen
Y tan pura como el cielo.

A. — Mira tú si te habré amado,
Que aun mi deshonra sabiendo
Y tus amores, venía
Á perdonarte dispuesto,

Si el beso que has prometido
Á ese infame nazareno
Lo ponías en mis labios
Abrasados por los celos.

Pero tu muerte has querido
Y la del mal caballero
Que tu cariño me roba
Y enloquece tu cerebro.

Sí, perjura, ya el malvado
Que os servía de tercero,

Acabó con sus traiciones
Por mi mano misma muerto;

Y esperan al de Henestrosa
Para hacerle prisionero
Ó matarle, diez feroces
Bandidos alpujarreños.

G. — ¡Por Dios santo! que no muera...
Yo, Abenaya, te prometo...
A. — ¿Pero no ves que le matas
Con estarle defendiendo?

G. — ¡Villano!
A. — ¿No oyes?
G. — ¡Dios mío!
A. — ¡Ayes y choques de aceros!
G. — ¡Él es!
A. — Es él, ¡oh venganza
Que dulce me estás sabiendo!

G. — ¡Pues toma, traidor, y baja
Á gozarla á los infiernos!
Y al decir estas razones,
Un puñal saca del pecho,

Lo esgrime contra Abenaya
Que se desploma en el suelo,
Y — «¡D. Juan! ¡D. Juan!» — gritando,

Su voz se pierde á lo lejos
Unida al dulce murmullo
Del agua que va corriendo,
Del ruiseñor á las quejas
Y á los suspiros del viento.

EL BESO

Del alcázar peregrino
En un anchuroso patio,
Está en cojines y alfombras
Abenaya recostado.

Inerte, lívido, mudo
Y en la herida entrambas manos,
Porque afuera con la sangre
El alma no se abra paso.

Contrasta su horrible aspecto
Con las bellezas y encantos
De aquel lugar, que parece
Por las hadas fabricado.

En él, de jaspe los suelos,
De filigrana los arcos
Sostenidos por columnas
Delgadísimas de mármol,

Los zócalos de azulejos
Diminutos y esmaltados,
De oro y azur las techumbres
Y las fuentes de alabastro.

Al sol que ya se avecina,
Saludan regocijados,
En jaulas de plata presos,
Cien pajarillos extraños;

Y todo en torno convida
Al deleite y al regalo
Céfiro, fuentes y flores,
Aromas, luces y cantos.

Vense al pie de una columna
Puesta un hacha sobre un tajo,
En la columna una argolla,
En el centro de ésta un clavo;

Y en tales objetos, fijos
Los ojos desencajados
De Abenaya, la llegada
De sus víctimas ansiando.

En esto voces se escuchan
Y vivo tropel de pasos,
Y aparecen los amantes
Entre feroces soldados.

Él, las ropas en jirones,
Por diez heridas sangrando,
Sereno, mudo, arrogante
Y atrás sujetos los brazos;

Ella, aunque altiva y resuelta,
Con los ojos escaldados
De llorar la triste suerte
Del hombre á quien ama tanto.

Á una señal de Abenaya,
Á don Juan llevan al tajo;
Y exclama Gulnara á gritos;
— « Don Juan, con mi amor os mato,

Cuando jurádome había,
Por veros libre de daños,
Matarme, tras de haber puesto
Un ósculo en vuestros labios! » —

Los verdugos, que pendientes
De estas voces se quedaron,
De don Juan después asieron,
Quien dijo así á los sicarios :

— Viles, mirad como mueren
Los valientes castellanos; —
Y á Gulnara : — ¡ Amada mía,
Allá, en el cielo te aguardo! —

Ni aun mirar quiso á Abenaya,
Por despreciarle; oró un rato,
Bajó el cuello, se oyó un golpe
Y cayó descabezado.

Rompió Gulnara en un grito
Y la acometió un desmayo;
Mas también de un golpe solo
La cabeza le cortaron;

Y asiendo los asesinos
De las cabezas de entrambos,
Por las rizas cabelleras,
Las suspendieron del clavo.

Las dos cabezas entonces,
Negra sangre destilando,
Turbio el cristal de los ojos
Y emblanquecidos los labios,

Volviéronse frente á frente,
Miráronse con espanto,
Rompieron en un gemido
Y en un beso se juntaron.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Helóse la sangre en todos,
Y Abenaya horrorizado
Á tierra vínose muerto
Como herido por un rayo.

Madrid, 1883.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

PARÍS. — TIP. GARNIER HERMANOS.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 04 15 004 4